



# PEONES HEROICOS

EL SARGENTO CABRAL Y EL GAUCHO RIVERA.  
DE SAN LORENZO A MALVINAS

CARLOS DEL FRADE

El Sargento Cabral y el Gaucho Rivero

**PEONES HEROICOS.**

A 200 años del combate de San Lorenzo y 180 de la  
reconquista de Malvinas.

Carlos del Frade.

Rosario, julio de 2012.

*“...el gaucho argentino está comprometido con su tierra, casado con sus problemas y divorciado de sus riquezas...”.*

*Roberto Fontanarrosa.*

# **INDICE**

**\*Prólogo**

**\*Capítulo 1**  
**Palabras**

**\*Capítulo 2**  
**La negritud en nosotros**

**\*Capítulo 3**  
**La tierra sin mal**

**\*Capítulo 4**  
**El imperio**

**\*Capítulo 5**  
**La vuelta del Sargento**

**\*Capítulo 6**  
**Corrientes**

**\*Capítulo 7**  
**Las banderas**

**\*Capítulo 8**  
**Una primera biografía de Cabral**

**\*Capítulo 9**  
**Cabral, peón heroico**

**\*Capítulo 10**  
**Hechos**

**\*Capítulo 11**  
**Belgrano, Artigas y San Martín**

**\*Capítulo 12**  
**Rivero, tercer milenio**

**\*Capítulo 13**  
**Entre Ríos**

**\*Capítulo 14**  
**Rivero y las mayorías anónimas**

**\*Capítulo 15**  
**Cabral, Rivero y Malvinas**

**\*Epílogo**

**\*Apéndices**

**\*Entrevistas realizadas.**

**\*Bibliografía consultada**

## Prólogo

*En 2013 se cumplirán doscientos y ciento ochenta años, respectivamente, del compromiso de dos peones que se jugaron enteros por la libertad y la soberanía de la Argentina.*

*Juan Bautista Cabral, nacido en Saladas, provincia de Corrientes, y que terminó sus días para que siguieran andando los sueños representados por José de San Martín en el combate de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, era uno de ellos.*

*Y el otro peón, Antonio Rivero, nacido en los pagos del Montiel, provincia de Entre Ríos, protagonizó el 26 de agosto de 1833 la toma por asalto de las casas de Puerto Soledad y las embarcaciones inglesas en las islas Malvinas. Izaron la bandera de Belgrano y gobernaron hasta el 7 de enero de 1834.*

*Cabral y Rivero, no solamente fueron soldados heroicos como dice la famosa Marcha de San Lorenzo, sino también peones heroicos.*

*Recordar sus días es saludar la dignidad cotidiana de los miles y miles de peones que en todos los rincones del país siguen luchando por la libertad, la igualdad y la dignidad.*

*Dos historias individuales que, en realidad, son colectivas.*

*Cabral tiene varias identidades en su propio ser: esclavo, negro, peón, soldado e integrante de las tierras guaraníes que venían peleando por la libertad desde mucho antes que él naciera.*

*Rivero, por su parte, es el reflejo de la tierra que se conmovió con la epopeya artiguista, donde se declaró la independencia por primera vez, el 29 de junio de 1815, en Arroyo de la China –hoy Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos-; y también sintetiza la obstinada resistencia de las mayorías a las distintas invasiones del imperio más poderoso del siglo diecinueve como fue el inglés.*

*Sus nombres no solamente son convocados desde los aniversarios que se cumplirán en 2013, sino desde el mismo presente.*

*Las relaciones internacionales con los países africanos del tercer milenio reactualizan la impronta negra en la identidad argentina, al mismo tiempo que las siempre conflictivas vinculaciones con Gran Bretaña en torno a las islas Malvinas sugieren revisar, una y otra vez, aquella historia donde aparece el gaucho Rivero.*

*Sus propias existencias, que van desde 1789 a 1845, están atravesadas por poderosos acontecimientos que marcaron la crónica social, política, económica y cultural de Argentina y los demás países de América del Sur.*

*Muchos fantasmas se mueven junto a Cabral y Rivero: los negros esclavos, las luchas guaraníes, las revueltas de los comuneros correntinos, la revolución de mayo, el proyecto artiguista, la epopeya sanmartiniana, los tiempos de la llamada anarquía, el*

*rosismo y las permanentes intenciones de las potencias europeas por adueñarse de estas tierras.*

*También hay una deliberada forma de construir olvido y ninguneo sobre ambos personajes de esta investigación periodística.*

*Porque Cabral y Rivero son hombres de abajo y no conviene que se sepa y mucho menos que se intente imitar el compromiso por ideales superiores de los que forman parte de los que son más en estos arrabales del mundo.*

*Por eso no es casualidad que la Academia Nacional de Historia haya coincidido en la descalificación sobre Rivero que hacen los ingleses. El relato histórico es funcional a las minorías que quieren controlar el presente. De allí que construyen, de manera permanente, el pasado.*

*El objetivo político de la falsificación histórica es hacernos creer que para dejar una marca en el tiempo hay que ser un superhéroe, un hombre superior, un elegido; nunca uno más, un habitante del mar del pueblo.*

*De tal forma, los comunes, los millones, jamás sienten que son capaces de hacer la historia y apenas tienen derecho a rendir culto a las miles de estatuas vacías de sentimientos y proyectos políticos que se esparcen por toda la fenomenal geografía de la Argentina.*

*Ocultar la historia de los héroes populares es imponer la resignación: ustedes, los que más son, apenas están invitados a ser meros espectadores del juego de las minorías. Como en la cancha de fútbol. Siempre del otro lado de la raya de cal, siempre del otro lado del alambrado, del otro lado de la fosa, siendo espectadores, nunca protagonistas.*

*Sin embargo, Cabral y Rivero demuestran que las hijas y los hijos del pueblo, los ninguneados de siempre, también pueden ser héroes y generar admiración y, fundamentalmente, producir ganas de imitarlos. Por eso terminan siendo peligrosos. No sea cosa que se difundan las vidas de dos tipos que se jugaron por entero por aquello que creían. A ver si todavía los que hoy forman parte de las mayorías se les ocurre pelear en serio por lograr la felicidad para que no sea solamente el privilegio de unos pocos.*

*Este trabajo se basa en la recopilación de testimonios y documentos tomados en Saladas, provincia de Corrientes, donde nació Cabral; Concepción del Uruguay, donde lo hizo Rivero; San Lorenzo; la Vuelta de Obligado; Buenos Aires; Punta Quebracho; Rosario; Santa Fe y algunos lugares de la Patagonia.*

*Palabras que viajan desde el presente hacia el pasado para encontrar allí una clave que permita saber que la pelea por un proyecto propio todavía necesita de nosotros, el mismo compromiso que tuvieron dos hombres simples, como Cabral y Rivero.*

*Este trabajo es un viaje individual y colectivo.*

*Una crónica social, económica y política que también sugiere otros puntos de vistas para pensar la historia argentina en función del presente y, en especial, de cara a nuestros pibes.*

*La Argentina debe ser algo más que la camiseta de la selección de fútbol.*

*Debe ser el sentido que explica el por qué del presente para cada uno de nuestras chicas y nuestros chicos.*

*Hay un mandato, una huella que explica por qué cuesta tanto hacer realidad nuestros sueños en estas pampas.*

*Y esa explicación está en la historia oculta, mentida, tapada, tergiversada que evita construir puentes entre el ayer y el hoy.*

*El sentido de las vidas individuales está en el sentido de la vida colectiva.*

*Ese por qué son los sueños colectivos inconclusos.*

*Somos lo que soñamos.*

*El asunto es saber qué fue lo que soñaron los primeros que decidieron inventar la Argentina y jugarse enteros por lograrlo.*

*La historia sirve para darle sentido a nuestras vidas individuales.*

*Porque cuando se vive sin sentido, se mata o se muere sin sentido, tal como lo prueban las páginas policiales de los diarios de estos tiempos.*

*Es necesario recuperar ese sentido.*

*Y en esa recuperación, el orgullo de sabernos parte de las mayorías.*

*Porque desde ese vientre fecundo nacieron dos tipos fenomenales que no dudaron en pelear por palabras que los enamoraron hasta el final: libertad, pueblo e independencia.*

*Vocablos que hoy no parecen decir mucho.*

*Por estas urgencias, este libro.*

*Cabral y Rivero, peones heroicos, dos tipos que desde abajo nos vienen a decir que las mayorías podemos ser protagonistas de un tiempo donde la felicidad sea patrimonio de todos y no solamente de las minorías.*

*Carlos del Frade*

*Rosario, julio de 2012.*

## Capítulo 1

### Palabras

*-Al abordar la historia de las clases populares del período colonial o del siglo XIX no es raro decir que se hace la historia de los olvidados, los que no fueron incluidos en las miradas sobre el pasado. Ello es en cierta medida correcto: salvo algunos personajes populares que llegaron a ser celebrados en la historia patriótica por haber realizado hazañas militares en la Guerra de la Independencia, como el sargento Cabral, el tamborcito de Tacuarí, el negro Falucho o los tres sargentos de Tambo Nuevo –y también el gaucho Rivero que se rebeló contra los ocupantes británicos de las Malvinas en 1833-, las clases populares ocuparon un lugar poco relevante en la mayoría de las narraciones de historia argentina que circulaban socialmente. La historia escolar las recuperaba solamente en las celebraciones de efemérides –el 25 de mayo y el 9 de julio- donde solían aparecer como modo de mostrar que los momentos fundacionales de la nación habían implicado positivamente a toda la sociedad...-explica Gabriel Di Meglio en su libro “Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880”.*

La palabra peón se relaciona con pie, según dice el diccionario etimológico. Y pie surge en el año 1140 en el idioma castellano. Del latín pedis. Sin embargo, el mismo estudio sostiene que la palabra peón apareció en el año 1074, relacionada con pedo. Después derivó en peonada. Peonza, por ejemplo, amaneció en 1475, probablemente sacada de peoncillo, diminutivo de peón que tiene el mismo sentido, a principios del siglo XVII, por comparación con el movimiento de un soldado de a pie. De allí, aparece, en 1495, tres años después del inicio de la conquista de América. Apear era reconocer una finca deslindándola. Hacia 1233 se hacía contando los pasos pie ante pie.

Para el diccionario Espasa Calpe, en tanto, la palabra peón significa peatón, persona que camina a pie.

Después aparecen otras acepciones: “Jornalero que trabaja en cosas materiales que no requieren arte ni habilidad. Infante o soldado de a pie. Juguete de madera, de figura cónica, al cual se arrolla una cuerda para lanzarlo y hacerle bailar. Cualquiera de las piezas del juego de damas, de ocho negras y ocho blancas, respectivamente iguales del ajedrez, y de algunas de otros juegos también de tableros. Árbol de la noria o de cualquiera otra máquina que gira”.

Un sentido más: “pie de la poesía griega y latina que se compone de cuatro sílabas, cualquiera de ellas larga y las demás breves”.

Entre los sinónimos de la palabra peón, figuran palabras tales como ambulante, asalariado, bracero, peatón, trompo, viandante, jornalero y peonza.

En tanto la palabra héroe nació en el castellano en 1490 y provino del griego, como sinónimo de semidios o jefe militar épico.

Según el Espasa Calpe, héroe en mitología es el hijo de un dios y de un ser humano. Varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes. Personaje principal de un poema, especialmente épico. Cualquiera de los personajes de carácter elevado en la epopeya. Un semidios.

Los sinónimos de héroe son: as, atrevido, audaz, campeón, personaje, temerario, protagonista, valiente y primer actor.

Heroico, en tanto, son las personas famosas por sus hazañas o virtudes y, por extensión, dicese también de las acciones. Valiente, intrépido, memorable, épico, son las voces que aparecen como sinónimos. Como también: animoso, caballeresco, cid, hazañoso y sobrehumano.

*-Los peones rurales son los trabajadores más antiguos de la Argentina y también los más explotados, humildes y postergados, a pesar de haber sido el basamento humano de la estructura productiva nacional. Hablar de peones es hablar de la identidad nacional...durante siglos no tuvieron condiciones dignas de alimentación, salud, educación y vivienda y, por supuesto, de trabajo.*

*Los peones rurales fueron carne de cañón de todas las guerras, las coloniales, la de la independencia, las guerras provinciales, las de la Organización Nacional, las*

*fronterizas con los vecinos países, las políticas del siglo veinte y hasta la de Malvinas a fines de ese siglo.*

*Los peones milicianos de Güemes, los soldados indios y criollos de San Martín, los gauchos de Artigas, eran trabajadores rurales.*

*El sargento Cabral, el granadero correntino que dio la vida por San Martín y la patria era peón rural en las Saladas, provincia de Corrientes.*

*El Negro Falucho, un valiente soldado argentino que sublevó la guarnición patriota de la fortaleza peruana de El Callao, histórico integrante del Ejército de los Andes, era peón rural en las serranías andinas.*

*Más de un treinta por ciento de los soldados en Malvinas eran trabajadores rurales o pertenecían a familias de peones argentinos.*

*Los peones fueron también piezas “útiles” de las disputas ideológicas y políticas, a lo largo de la traumática conformación de la Argentina política.*

*Siempre el costo de construir la Nación democrática se pagó con sus vidas y su sufrimiento y el de sus familias.*

*Los primeros trabajadores rurales fueron indios.*

*Luchar por la dignidad indígena en la Argentina significa también dignificar la identidad peona...*

*En las historias oficiales no existe rastro de ellos, excepto esporádicas menciones. Tampoco hay mucha documentación que registre su paso, hasta mediados del siglo veinte...*

*Su historia se cuenta con sus propias vidas, sus descendientes, sus trabajos, sus luchas, sus victorias y hasta sus derrotas.*

*Reconstruirla es reconstruir la sensibilidad social de la que fuimos por siglos anestesiados.*

*Su historia es la historia de la comunidad peona.*

*Como parte de la historia social argentina tiene protagonismo e identidad nacional.*

*Su identidad es heterogénea, multiétnica y multicultural.*

*Su historia es, simbólicamente, la historia de la Argentina misma – cuenta de manera notable el escritor y periodista Roberto García Lerena en su libro “Peones. Los primeros trabajadores argentinos”.*

De allí que sea importante reparar en las palabras y en la historia que está contenida en ellas.

Los peones, los que están a pie, los que hacen caminar la historia de los pueblos, son muchas veces ninguneados. No es casualidad que tenga la misma raíz que la palabra pedo. Pero más allá de estos vanos intentos por disminuir la estatura real de los trabajadores rurales, fueron los peones los que cambiaron el curso de los acontecimientos y parieron la independencia de estos arrabales del mundo.

De allí que se hicieron heroicos.

Las historias de Cabral y Rivero forman parte de los esfuerzos increíbles del pueblo común.

Es fundamental recordarlos, volverlos a pasar por el corazón, para dejarnos conmover por sus ejemplos.

El futuro es hijo directo de los esfuerzos, la voluntad, los proyectos y la decisión de la gente de abajo, la que camina, la que hace la historia real, los peones.

En Cabral y Rivero están también otras palabras: los esclavos, los gauchos, los trabajadores, los que nunca fueron dueños y que, no obstante, produjeron la esperanza de presentar sobre la faz de la Tierra, “una nueva y gloriosa nación”.

## Capítulo 2

### La negritud en nosotros

*-Ya desde 1664, los negros y mulatos de Buenos Aires integraban unidades de milicias segregadas. Esta práctica fue común durante toda la época colonial, pese al peligro potencial que implicaba dar instrucción militar a los esclavos. Había unidades de blancos, de indios y de negros y mulatos. Los indios se destacaban en la caballería; los negros y mulatos, en infantería...a partir de 1813, una serie de decretos inicia la práctica con el rescate de esclavos para la guerra. Los propietarios fueron obligados a vender al estado esclavos varones de entre 13 y 60 años: uno de cada tres de los que tenían para servicio doméstico, uno de cada cinco de los que estuvieran trabajando en chocolaterías y fábricas y uno de cada ocho de los destinados a labranza. Esos esclavos ingresaban como libertos en los cuerpos de infantería y artillería de los ejércitos libertadores, con los que debían servir cinco años para obtener la libertad...los padrones permiten comprobar que los soldados africanos fueron la mayor parte de la tropa de los fuertes que se levantaron, en lugares absolutamente inhóspitos y alejados de los poblados, para defender las fronteras interiores en la lucha contra los indios...De los aproximadamente 2,000 soldados negros que cruzaron la Cordillera de los Andes acompañando a San Martín y que, entre 1816 y 1823, libraron batallas en Chile, Perú y Ecuador, solo sobrevivieron 150...- cuenta Marta Beatriz Goldberg en su trabajo "Rompiendo el silencio y la invisibilidad africanos en la historiografía argentina. La esclavitud en el Río de la Plata".*

La mentira está dentro de nosotros.  
Y hace algo con nosotros.  
Miramos desde la mentira.  
Hacia atrás y hacia delante.  
Difícil reconocer, entonces, el punto de vista.  
El punto de partida resulta un lugar sinuoso.  
Las palabras que pronunciamos suele incluir el punto de vista del dominador, del explotador.  
Cuando, en realidad, las mayorías formamos parte de los explotados, de los dominados.  
Palabras llegadas a estos arrabales del mundo hace siglos y que hoy se mantienen en nosotros.  
Aunque con un significado contrario, distinto.  
Hecho a imagen y semejanza de lo que no somos.  
A imagen y semejanza de las minorías.  
El investigador Rodríguez Mola en una edición especial de la revista “Todo es historia” sobre la negritud en la Argentina, contó los resultados de uno de sus estudios.  
La palabra quilombo significa desorden, caos, reunión sin ningún objetivo.  
Sin embargo en dialecto kimbundú, la lengua de los negros angoleños que poblaron el territorio que luego se convertiría en el Virreynato del Río de La Plata en 1776, significaba asamblea, una reunión que tenía el objetivo claro que decidían sus integrantes. Los negros esclavos.  
La palabra mina que en el argot del tango remite a una mujer de estatura espiritual siempre menor a la pareja, la hermana y ni hablar de la madre y que refiere a una compañía esporádica y sin mayor trascendencia significa, sin embargo, compañera amada, siempre en el kimbundú original.  
O catanga que hasta este siglo XXI es sinónimo del bicho de mal olor, en su acepción primaria quiere decir perfume.  
Cafúa que en el lenguaje lunfardo es cárcel, en realidad significa hogar.  
Palabras que llegan hasta el interior de los argentinos del tercer milenio pero con los significados inversos a la verdad etimológica.  
Con el sentido exacto que le daba el dominador, el explotador de los negros.  
La palabra mandinga que pobló gran parte de la literatura gauchesca es la expresión del mal en la Tierra.  
Sin embargo quiere decir selva, oscuridad, la posibilidad de la libertad para el negro esclavo.  
Y por eso representaba el mal supremo para el patrón porque era la independencia de su fuerza de trabajo gratuita que era el esclavo.  
Pero hay una palabra que mantiene el sentido original.  
Mucama. Que en kimbundú quería decir esclava.  
A fines de 2004, el Ministerio de Trabajo de la Nación ratificó que el mayor nivel de evasión patronal se da en el empleo doméstico. Las que más sufren son las mujeres, las llamadas mucamas.  
Si las palabras han viajado cuatro siglos en el interior de los argentinos e invirtieron sus significados es porque un grupo quiso que se mirara el mundo de acuerdo a cómo se hablaba de las cosas del mundo.  
Y si el mundo se dice y se mira desde los ojos del dominador, desde el punto de vista de las minorías, es muy difícil que las mayorías adquieran una visión real de sus propias necesidades y de su concreto lugar de existencia.



### Capítulo 3

#### La Tierra Sin Mal

*-“Al principio todo era un mboroyé, todo esta mezclado. Dios separó entonces la tierra del agua pero la tierra no se sostenía y cada vez que llovía el agua se la llevaba y se mezclaba todo nuevamente. Entonces hicieron las plantas para que sostengan la tierra. Pero comenzaron a sobrar los frutos de las plantas. Entonces hicieron los bichos para que se coman los frutos, pero ellos no se organizaban así que tuvieron que hacer al hombre para que cuide y ordene. El primer hombre que hicieron fue el indio para que cuide el monte y todo lo que estaba creado y después hicieron al blanco para que cuide y ordene las riquezas. Pero eso los guaraníes tienen que hacer oraciones para ordenar las lluvias, los vientos, para la salud y para que no vengan enfermedades nuevas. Los guaraníes necesitan paz porque si se los molesta ellos no pueden hablar con Dios” – le dijo el cacique Antonio Pereyra a Sergio Venturini para su libro “El indio guaraní. En la selva, en las Misiones, hoy”.*

Los primeros pobladores que llegaron al Litoral argentino fueron los guaraníes del Amazonas.

Ellos buscaban la Tierra Sin Mal.

Los karai, los sacerdotes jefes de la comunidad, dijeron, hace unos tres mil años atrás, que el lugar estaba al oeste.

Hacia 1539, los tupí guaraní llegaron hasta las tierras peruanas. Fue una peregrinación de diez años. Quedaron trescientos de los dos mil caminantes originales que partieron de la selva esmeralda.

“La Tierra Sin Mal es la edad de oro si se quiere, pero no anunciada desde un pasado remoto. Es una tierra prometida en la tierra y que sin embargo no es un reino sino, por el contrario, la abolición de toda forma de poder”, dijeron mucho después los antropólogos.

Un paraíso para los vivos.

Para los que tuvieron el valor y la constancia de observar la vida de los antepasados y que guiados “por el poder privilegiado del chamán hayan descubierto el camino hacia él. La búsqueda de los guaraníes duró cuatro siglos. La Tierra Sin Mal, al lado del Paraná, era el lugar donde se iba a vivir en justicia”, cuentan los estudiosos.

Tres milenios después la Tierra Sin Mal sigue sin ser.

El proyecto de los habitantes guaraníes era tierra, libertad y justicia.

Marchaban alentados por ese proyecto y se hacía en el camino y los hacía ser lo que eran.

Allí donde el mapa de la Argentina marca el mayor número de necesidades básicas insatisfechas, Formosa, Chaco, Misiones, Corrientes, Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero; allí hubo antes un lugar en que los pueblos fueron felices hasta que los aplastaron.

Geografía del poder, geografía del hambre.

Consecuencias de la historia política del estado que impuso un proyecto de dependencia y, por ende, en beneficio de pocos.

Donde la tierra está yerma, existió un vergel.

Donde los pies descalzos de los chicos caminan el polvo de la indiferencia, hubo, en algún momento, un proyecto político de liberación y, en forma paralela, de un estado representativo con instituciones respetadas.

Cuenta la historia oficial que la fundación de Santiago del Estero, en 1553; de Mendoza, en 1567; de San Miguel de Tucumán, en 1565; de Córdoba, en 1573; de Salta, en 1582; de La Rioja, en 1591; y de Jujuy, en 1593; coincidió con la expansión hacia los cuatro puntos cardinales, de la colonización por los españoles y los mestizos del Paraguay: fundaron Villa Rica, en 1570; Santa Fe en 1573; Buenos Aires por segunda vez, en 1589; Vera de las Siete Corrientes fue establecida en 1588.

Fue en 1607, cuando se fundó la provincia de Paracuaria, aquel proyecto en el que coincidieron miles de guaraníes y centenares de jesuitas, a contrapelo de las leyes de los imperios y aún, hasta del mismo Vaticano.

Las misiones llegaron a funcionar como verdaderos estados dentro de los estados, la actividad económica que desarrollaron hasta les dio la posibilidad de generar préstamos y tomar depósitos como si fueran bancos mucho más seguros que los existentes en Europa. Hacia finales del siglo XVII, exportaban azúcar, cacao, cueros y semejante desarrollo les generó la enemistad de colonizadores, distintas órdenes religiosas y otras instituciones que, por otra parte, querían a los guaraníes como mano de obra esclava para explotarlos en las minas de la región.

Eran unidades independientes, tanto para la producción como para el comercio.

En esos mismos años finales del 1600, los colegios jesuíticos exportaban una quinta parte de las exportaciones totales de ganado vacuno de la región del Plata a Perú. También era considerable el negocio con las mulas.

“Los jesuitas protegían a sus guaraníes con todos los medios que disponían, al tiempo que condenaban y contribuían a exterminar a las tribus nómades amantes de la libertad”, cuenta Magnus Morner, en su libro “Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de La Plata”.

Hacia 1.702, en 22 reducciones de la provincia, vivían 89.501 personas, agrupadas en 22.857 familias.

Entre 1731 y 1738, los guaraníes de los treinta pueblos de Paracuara, descendieron de 138.934 a 90.287, como consecuencia de las viruelas.

Hasta que en 1750 se firmó el Tratado de Límites entre España y Portugal que justificó el exterminio del proyecto de Paracuara. Tenían que evacuar sus tierras.

Los guaraníes y los jesuitas se opusieron.

Vino, entonces, el terrorismo impuesto por los estados monárquicos español y portugués.

30 mil guaraníes fueron muertos.

No se recuerdan sus nombres.

Un número más que sirvió al reordenamiento del rol de los estados peninsulares.

“Se tiene por mérito para conseguir ascensos en nuestra Corte ser enemigo de los jesuitas...”, contaba una carta enviada por el padre José de Robles a otro sacerdote de la Compañía de Jesús.

Es que los jesuitas de América siempre se resistieron a pagar a la Corona diezmos sobre la producción agrícola e industrial de sus propias propiedades.

Semejante actitud fue juzgada como un crimen contra el Rey.

Hacia 1767, 224 jesuitas fueron enviados a Europa.

Nada se supo de la sobrevivencia de los guaraníes.

El investigador Moner remarcó que “la destrucción de los pueblos no fue consecuencia inmediata de la expulsión, como tantas veces se ha afirmado, sino un proceso lento, acelerado sólo bajo el impacto de las guerras fronterizas a principios del siglo XIX”.

Según el historiador Halperín Donghi, “otra causa del éxito jesuítico sigue manteniendo plena vigencia: es la superioridad cultural de esa élite internacional que no podía encontrar rivales entre los funcionarios relegados a ese rincón del imperio que era el Río de La Plata y aun menos los hallaría entre los colonos mismos”.

Para el estudioso, “el violento final es el signo de un ascenso imperial y regional que hacía ya menos necesaria la presencia jesuíticas; en este sentido la Compañía iba a ser víctima de sus éxitos más aún que de sus fracasos”.

Paracuara fue desgarrada.

En el cuerpo de los guaraníes y en los mapas.

De aquella posibilidad de un estado acorde las necesidades de sus habitantes, se llegó a un presente que está lejos de la Tierra Sin Mal de los guaraníes.

Los pedazos de Paracuara se llaman, hoy, Chaco, Corrientes, Formosa, Salta, Misiones, Corrientes y Entre Ríos.

## Capítulo 4

### El imperio

*-Nunca se encontrará un inglés que no tenga razón.*

*Todo lo hace por principios.*

*Te guerrea por principios patrióticos; te esclaviza por principios imperialistas; te oprime por principios de fuerza; te roba por principios de comercio; sostiene a su rey por principios de lealtad y lo decapita por principios democráticos – escribió George Bernard Shaw, escritor irlandés, Premio Nobel de Literatura.*

“El siglo que transcurre entre el Congreso de Viena en 1815 y el asesinato del heredero del trono de Austria – Hungría en 1914, o sea desde el fin de las guerras napoleónicas hasta el principio de la Primera Guerra Mundial, es el gran siglo de Inglaterra. A esos cien años de indiscutida preponderancia británica hay quienes lo llaman el “siglo de la reina Victoria”, aludiendo al nombre de quien, desde la monarquía, simboliza mejor el brillo de Gran Bretaña. Otros, en cambio, prefieren el título de la Pax Britannica, con lejana reminiscencia de la Pax Romana y apuntando rectamente a un largo período de paz entre las potencias, impuesta por los intereses de la nación tutelar. En esa centuria Inglaterra organiza el “sistema del imperialismo liberal” del cual es el epicentro y la City el cerebro. Tal incontrastable supremacía se debe a que, por entonces, las islas británicas eran abiertamente favorecidas por la ley del desarrollo desigual. En efecto, son las primeras en llevar adelante la revolución industrial; lo que les confiere una superioridad económica y tecnológica que pone en sus manos los trebejos del ajedrez político en escala planetaria”, dice Vivian Trías en su investigación “El imperio británico”, publicada en enero de 1976.

Ya hacia el siglo XI, mientras las naciones continentales europeas eran trizadas por guerras ininterrumpidas y crueles, Inglaterra actuó en ellas sólo como un típico poder financiero y abastecedor de armas y uniformes, contribuyendo a su propio progreso económico. Se estima que hacia el 1300, por lo menos la mitad de los campesinos ya eran libres.

El auge de la extracción del carbón se inicia en el reinado de Isabel y de allí a la revolución de 1688 su producción aumenta un 1.500 por ciento; pasa de 170 mil a dos millones y media de toneladas. Nivel que Francia recién alcanza en 1834. Es decir que los ingleses le había sacado casi doscientos años de ventaja a su principal competidor europeo. No es un dato menor.

-Las guerras contra Holanda (1652-1674) quitaron a los holandeses el dominio del comercio en tabaco, azúcar, esclavos y bacalao y echaron las bases para el abastecimiento del poder territorial inglés en la India. El comercio inglés con la China data también de aquellos años – apunta Christopher Hill.

De 1700 a 1780, el comercio exterior inglés se duplicó y de 1770 a 1780 produjo su marcada desviación desde Europa a las colonias. Es el fruto de repetidas victorias contra Francia.

Gran Bretaña no solamente hacía la ley, sino que impone las leyes a Europa, decía Voltaire.

En el siglo dieciocho se estableció un “comercio triangular de rendimiento fabuloso: Africa proveía la mano de obra, América los productos tropicales (tabaco, algodón, azúcar) y Europa barcos, compañías y mercados. La South Sea Company (“Compañía de los Mares del Sur”) y la “Compañía Africana” se destacaron en el negocio. Es una expresión flagrante y trágica del desarrollo desigual. El mismo hecho, el tráfico negrero, suministró a Inglaterra y a Europa un chorro de capitales que contribuyeron decisivamente a financiar la revolución industrial; en cambio costó al continente africano 150 millones de víctimas en la flor de la edad y en dos siglos y medio, sumiéndola en el atraso abismal y en el caos político y social. Pero tras el asiento, 40

mil esclavos anuales durante treinta años, se movía otro negocio de incalculables dimensiones: el contrabando”, agrega Vivian Trías.

Signos del crecimiento se ven en su desarrollo poblacional: en 1760 hay 6.665.000 habitantes en Gran Bretaña. En 1790, 8.261.000, menos de un tercio. Pero de 1790 a 1820 asciende a 12 millones. Casi el 50 por ciento. En 1850, 18 millones. Otro cincuenta por ciento.

Una información reveladora: el banco de Inglaterra se funda en 1695. Los de Francia y Alemania, en cambio, entre 1860 y 1870. Casi dos siglos después.

Después de las dos invasiones fracasadas al Río de la Plata, “el empirismo, el respeto por la realidad, la atenta y pragmática consideración de los pro y los contra, que singularizan la acción imperial de Gran Bretaña, condujeron a un importante cambio de estrategia, concretado en el trascendente memorándum que Lord Castlereagh elevó al gabinete en 1807”, dice Trías.

En él “se descarta toda aventura militar directa, por estar en desacuerdo con los escasos recursos disponibles (había que seguir la guerra en Europa) y en virtud de las nuevas modalidades del comercio inglés, que sugerían una variante mucho más auspiciosa. Castlereagh abogaba por la independencia de los virreinos españoles en Indias, con el apoyo inglés, y su conversión en monarquía –que alejaran toda veleidad republicana y radical- a distribuir entre príncipes europeos vacantes, como el duque de Orleans y, bajo la protección de Gran Bretaña, que monopolizaría fácilmente los nuevos mercados. Un continente dividido en varias naciones formalmente independientes e incorporadas a una economía mundial, dirigida desde Inglaterra. Esa es la primera idea de la balcanización de América latina que, desde entonces, sería la clave de bóveda de la política británica en estos lares”, remarcó la investigadora.

Desde el punto de vista del comercio, en 1840, el Reino Unido realiza el 32 por ciento del total mundial; Francia el 10 por ciento; Alemania el 9 por ciento; Estados Unidos el 8 por ciento y el resto del mundo, el 50 por ciento.

En 1880, Gran Bretaña realiza el 23 por ciento del total mundial; Francia, el 11 por ciento; Estados Unidos el 10 por ciento; Alemania el 9 por ciento y el resto del mundo, el 47 por ciento.

Hacia 1846, en tiempos del combate de La Vuelta de Obligado, Inglaterra producía 50 veces más hierro, 75 veces más carbón y 100 veces más telas de algodón por habitante que en el resto del mundo.

Dos corrientes históricas se cruzan en la década de 1860 – 1870: “Por un lado, un pequeño número de naciones soberanas acceden a la revolución industrial y se convierten en potencias capitalistas agresivas. Por otro, Inglaterra y también Francia (muy vinculada al liberalismo inglés por el tratado de 1860 y las inversiones británicas en sus ferrocarriles e industrias) se lanzan a nuevas aventuras de conquista colonial y a reprimir anhelos nacionalistas de pueblos ya sometidos o semisometidos; el aplastamiento de la rebelión de los cipayos en la India, la agresión a China en 1860, la invasión de México, la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay de los López”, entre otros hechos marca Vivian Trías.

Para el filósofo José Pablo Feinmann, “así, en el siglo XIX, Inglaterra se proclama “el taller del mundo” y decide extraer materias primas baratas de los territorios periféricos. En muchos de ellos elige no instalarse: los dominará por medio de la economía”, sostiene.

Y agrega con lucidez: “Para Europa que, en 1833, Inglaterra (¡nada menos que Inglaterra, la gran potencia colonialista!) se apoderara de las islas Malvinas era un símbolo del progreso. Además, en esa fecha, Rosas no estaba en el gobierno, sino Balcarce, tibio lomo negro que poco podría hacer y nada hizo. Rosas recién asumiría su segundo gobierno en 1835, luego de la Revolución de los Restauradores que condujo su mujer Encarnación Ezcurra, que habría de morir joven. De todos modos, nada hizo”, afirma.

Feinman marca, además, que “hay algo formidable en todo esto: la certeza del colonialismo británico sobre las clases dominantes en las colonias. Jamás serían una competencia para sus productos industriales. Jamás serían realmente burgueses. Se dedicarían a civilizar sus países por medio del exterminio de la barbarie subalterna y a gozar del fácil y próspero comercio con el Imperio. De la “abundancia fácil” de su suelo (frase de Milcíades Peña) vivirían bajo el imperativo del goce. Eternos importadores de manufacturas del “Taller del Mundo” y exportadores de sus productos primarios. Así fue. Así fueron las burguesías neocoloniales, creadas por el Imperio”, analiza.

-El Remington les ha enseñado (a los ‘salvajes’) que un batallón de la República puede pasear la pampa entera, dejando el campo sembrado de cadáveres – dice Estanislao Zeballos.

Feinmann se pregunta: “¿Por qué entonces esa persistencia de Inglaterra por permanecer en Malvinas? Porque hoy colonialismo e imperialismo se complementan. Los norteamericanos invaden los territorios árabes y se quedan ahí. Los ingleses no quieren dominar Malvinas por medio del librecambio. No, algo hay en esas islas que les interesa retener en sus manos. Petróleo o un privilegiado panóptico para vigilar el Atlántico Sur o, por qué no, algún ajado orgullo de viejo gran imperio que ya no lo es. La batalla diplomática, por consiguiente, será larga y dura. Pero es la única, ya que por el modo en que se desarrollan los acontecimientos, los peligrosos “bárbaros” son ellos. Y ellos lo han enseñado desde hace más de dos siglos: la “barbarie” es irracional, salvaje y, en suma, sanguinaria. Aunque la preceda un pequeño príncipe de una monarquía de opereta, como todas las que aún restan en pleno siglo XXI”, termina su excelente artículo.

En medio de esta historia, la rebeldía de un peón heroico, Antonio Rivero.

## Capítulo 5

### La vuelta del Sargento

*-Entraron al monasterio por los fondos, cerraron el portón y San Martín subió a la torre para observar con su antejo al enemigo. Cuando amaneció, pudo divisar en el río a las embarcaciones, era la mañana del 3 de febrero, y se conocía que el enemigo pretendía saquear las poblaciones, cortar el comercio con el Paraguay e intentar un desembarco para llegar por el litoral hacia Buenos Aires...eran ciento veinte hombres, contra más de trescientos infantes y marinos que venían hacia el convento, con sus cañones, estandartes y banderas. La sorpresa del ingreso vertiginoso al campo de las tropas criollas, jugó un papel decisivo...- escribió Ángel Nánzer en “Un museo animado”, en torno al Complejo museológico Pino de San Lorenzo.*

Hay fantasmas inquietos.

Vuelven de cuando en cuando.

No solamente por las fechas que los recuerdan.

Si no también por necesidades de las relaciones políticas internacionales.

“...La gran nación africana participó también de las luchas por la independencia de nuestras colonias, en aquel caso ellos colonizados por los portugueses y vendidos como esclavos por los portugueses a nuestros países, y nosotros colonizados por el imperio español. Yo recuerdo un censo del año 1778 elaborado por el entonces virrey del Río de la Plata, don José Vértiz y Salcedo, que hablaba que la mitad de la población de la ciudad, esto es la vieja Buenos Aires y la campaña circundante, tenía un 50 por ciento de población de origen afro...no era del INDEC el censo, era del virrey...los argentinos me van a entender el chiste, ustedes no lo van a entender pero después le contamos por qué lo digo; no era un censo del INDEC sino que era un censo del virrey Vértiz donde el 50 por ciento de la población eran negros, de origen africano”, comenzó diciendo la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, el pasado 18 de mayo de 2012 mientras se encontraba en la república de Angola, en África.

Fue cuando agregó: ***“Pero también era de origen africano la madre de un gran hombre de la Argentina, el sargento Juan Bautista Cabral***, que es, Presidente, una figura emblemática en nuestro país porque fue quien salvó la vida del Libertador don José de San Martín, del general don José de San Martín cuando se enfrentó con los españoles en la mítica batalla de San Lorenzo. Tenemos una marcha militar preciosa, a mí la marcha militar que más me gusta es la de San Lorenzo”, sostuvo la titular del ejecutivo.

***“Cabral lo salvó cubriendo a su general con su cuerpo, él murió en batalla cubriéndolo; su madre era de origen esclava afroamericana.*** Pero además, otro negro, Falucho, allá en el Callao que se envolvió en la bandera argentina, en el ejército Libertador del general San Martín y entregó su vida ante los españoles, envuelto en la bandera del Ejército de los Andes, que era del Ejército Libertador del Perú, de Chile y de la Argentina. Participaron activamente, eran el frente, eran la vanguardia en todos los batallones de la guerra por la independencia”, remarcó la presidenta.

“...Y nosotros tenemos el orgullo de ser, en el año 1813, el primer país americano que abolió la esclavitud en la Asamblea del año 1813, y lo digo con mucho orgullo, los primeros en abolir la esclavitud. No es casual que también hoy seamos abanderados en el mundo entero en materia de defensa irrestricta de los derechos humanos...”, terminó afirmando Cristina Fernández de Kirchner.

Cabral volvía al presente de la mano de la presidenta.

Y con esa referencia, la huella de la negritud en la historia de los argentinos.

“Es bien sabido que el Río de la Plata fue uno de los destinos de los comerciantes de esclavos europeos que embarcaban cargas de cautivos en África y las trasladaban a América. De 1680 a 1777 entraron al menos 40 mil esclavos en la región, mientras que entre esa última fecha y 1812 –cuando se interrumpió el tráfico– unos 70 mil fueron desembarcados en Buenos Aires y Montevideo (a esa cifra hay que sumar otra, desconocida, de esclavos ingresados por tierra desde Rio Grande do Sul). El 22 por ciento de los que llegaron directo desde África provenía de Congo y de Angola. En

realidad partieron muchos más pero uno de cada cinco, como promedio, moría en los barcos. El viaje desde Angola tomaba dos meses por las corrientes marítimas, y las condiciones de vida a bordo eran pésimas, lo cual causaba una gran mortalidad”, escribió el historiador e investigador de la Universidad de Buenos Aires, Gabriel Di Meglio a propósito de aquellos dichos de la titular del ejecutivo nacional.

Recordó que esos esclavos eran vendidos en los puertos, algunos quedaban allí y muchos eran enviados al interior, destacándose Córdoba, San Miguel de Tucumán y Salta como principales mercados.

“Trabajaban en las haciendas y estancias, eran empleados como servicio doméstico de familias pudientes en las ciudades o como trabajadores de panaderías, molinos, fábricas de ladrillos y talleres de artesanos. Otros eran alquilados como mano de obra; ganaban un salario y se lo daban a sus amos, quedándose con una parte. Ese dinero les permitía ahorrar para tratar de acceder a lo que la mayoría perseguía durante toda su vida: la libertad. La conseguían los que podían comprársela o quienes la recibían de sus amos, en general cuando ya eran viejos”, sostenía Di Meglio.

Más allá de abolirse el tráfico de esclavos después de la revolución de mayo, la esclavitud siguió existiendo.

Fue muy importante la presencia negra en el Ejército de los Andes, especialmente en la infantería.

Apunta el estudioso que “en el período colonial, los negros libres se reunían en “naciones” que agrupaban a gente que había sido capturada en la misma región. En Buenos Aires sobresalían las de los Congo y los de Angola. Se reunían los domingos en espacios llamados “tambos” o “tangos”, donde realizaban bailes. Después de la Independencia fueron reemplazadas por las “Sociedades Africanas”, controladas por el Estado, que reunían fondos para comprar la libertad de esclavos, daban préstamos, organizaban misas para los antepasados y realizaban bailes que recreaban los vínculos de la comunidad. Entre esas sociedades, la de los Benguela, los Angola y los Cabinda tenían origen angoleño. Pero a lo largo del siglo XIX, junto al declive demográfico, la colectividad negra perdió progresivamente su identidad cultural y también su identidad racial, tendiendo a difuminarse en la sociedad “blanca”. La impronta africana terminó invisibilizada en nuestro país. Lejos de ser un lugar enteramente ajeno, Angola debe ubicarse junto a España, Italia, Polonia, Serbia, Croacia, Siria, Irlanda y otros más como uno de los países de donde provinieron los inmigrantes que contribuyeron a conformar la sociedad argentina, aunque los angoleños, por ser migrantes forzados, hayan perdido la relación con su tierra de origen y la mayoría de los vínculos con su pasado”, concluía el artículo de marras.

El lunes siguiente al discurso presidencial, un título informativo caló hondo en los correntinos: “Saladas se prepara para el Bicentenario de la muerte del Sargento Cabral”, decían los diarios de la provincia el 21 de mayo de 2012.

“La comuna saladeña sigue realizando eventos y gestiones para que se conmemore los 200 años del combate de San Lorenzo, donde murió heroicamente el Sargento Juan Bautista Cabral. Además ya anticiparon que el acto central se realizará el 3 de febrero del año venidero.

“Los preparativos se iniciaron desde mediados de año pasado, conformándose la Junta Central integrada por autoridades municipales y provinciales y representantes de la Junta de Historia y del Instituto Sanmartiniano de la Provincia de Corrientes entre otros.

“Como resultado de las gestiones iniciadas a nivel provincial y nacional se aspira a que se realice en Saladas en adhesión al Bicentenario el XI Congreso Provincial de Historia de la Provincia de Corrientes y el sueño de lograr traer a la localidad parte de los restos de soldados patriotas caídos en San Lorenzo entre los que se encuentra Juan B. Cabral, contenidos actualmente en una urna de las salas del Museo Histórico en el Convento de San Carlos de San Lorenzo (Santa Fe).

“La inhumación y traslados de restos desde el Convento de San Lorenzo ya tienen precedentes como el realizado en el año 1945, destinado al Monumento del Soldado Desconocido en Capital Federal y el destinado al Monumento de la Bandera en Rosario en el año 1957.

“Además se gestiona la traída de un retoño del pino histórico de San Lorenzo, aquel a cuya sombra el Gral. San Martín dictó el parte de batalla a su ayudante Necochea.

“El Municipio ha adquirido el año pasado una propiedad, referente patrimonial arquitectónico del Ex Banco Popular, con el destino definido de ser el Centro Cultural “Juan Bautista Cabral “el cual está siendo refaccionado con la meta de proceder a su inauguración en la fecha central a conmemorarse , al mismo tiempo que se está pronto a iniciar la restauración del Museo Histórico , casa donde el Sargento Cabral viviera su adolescencia antes de incorporarse al Regimiento de Granaderos a Caballo....De esta manera Saladas, orgullosa, prepara el merecido reconocimiento al héroe que posibilito con su gesta heroica resguardar la vida del Libertador de América”, decía la noticia.

Esa información hablaba de la comunidad saladeña.

Es que la municipalidad de Saladas se presenta al mundo, desde su página en Internet, como la cuna del Sargento Cabral.

Se puede leer: “San José de las Lagunas Saladas, como su nombre lo anuncia un lugar donde podrá deleitarse con el paisaje natural característico de Corrientes, flora y fauna autóctona pueblan el paisaje de numerosos esteros, cañadas, arroyo y lagunas. Ofrece un ambiente apacible, una comunidad hospitalaria, rica en tradiciones y acervo cultural. Cuna y lugar de adopción de artistas, músicos, pintores y poetas, de héroes y políticos de reconocimiento nacional...

“Sus casas coloniales, como el actual Museo Histórico, en el que vivió Juan Bautista Cabral antes de incorporarse al Regimiento de Granaderos a Caballos y el arenal de sus calles flanqueadas por lapachos, chivatos y jacarandaes en flor nos transportan en el tiempo a los relatos de luchas partidaria políticas, desde los movimientos comuneros prerrevolucionarios hasta la presencia de gauchos alzados como el Gaucho Lega, invitándolo a vivir momentos inolvidables.

“La cercanía al Río Santa Lucía y al arroyo Ambrosio, afluentes del Paraná, le permiten momentos de pesca y recreación. Saladas invita a hacer un alto, un descanso reparador, disfrutar y contagiarse de la alegría de sentirse parte de la historia y de la identidad lugareña, sus tradicionales fiestas patronales, comidas comunitarias, cabalgatas de grupos tradicionalistas, sus carnavales populares, las Jornadas Apícolas y la Fiesta Provincial de la Miel que congrega a expositores, productores y artistas nacionales en un número creciente de público, son parte del orgullo de quienes habitamos este lugar.

"Naciste al arrullo de tordos y zorzales,  
de calandrias canoras de paloma torcaz,  
que junto con la brisa que acariciaba

el alba traían el aliento de tu "coembota"...  
y las muchas lagunas que ciñen tu cintura  
dio origen a tu nombre, bello pueblo natal..."

Según la enciclopedia de Internet, Wikipedia, la ciudad está asentada sobre terreno arenoso, con relieve sobreelevado y rodeada de lagunas permanentes y temporarias, dando un paisaje ondulado muy especial. Algunas de ellas se usan como fuente de agua para riego en agricultura (arroz y primicias) y en Balnearios. Otras ocasionan graves problemas con sus desbordes en épocas lluviosas afectando su zona urbana y subrural. Está considerado como un pueblo rico y complejo en historia, por las cuestiones relacionadas con sus orígenes, por el levantamiento de los comuneros de Saladas (una de las primeras manifestaciones en contra del avasallamiento realista del cual se tiene registro, muchos años antes de la Revolución de Mayo) y por los ilustres y valerosos hombres que nacieron en estas tierras, señalan los investigadores de este lugar en el mundo.

Fue allí que un grupo de chicos con delantales blancos, invicto símbolo de la igualdad que siempre busca lograr la escuela pública, desfiló el pasado 25 de mayo con una bandera que decía: "A doscientos años del paso a la inmortalidad de nuestro héroe Juan Bautista Cabral".

El cronista que escribe estas líneas fue testigo de las ganas con que se canta la Marcha de San Lorenzo, remarcando el peso del sargento.

Una Marcha que también tiene la identidad de las naciones africanas en su música.

"Este moreno inolvidable y olvidado, músico de patriótica inspiración, ha sido el autor de una marcha militar imperecedera, no solo para los argentinos sino para el mundo europeo, excepcional como melodía, al punto de merecer la distinción de haber sido ejecutada, en la última guerra europea, para inflamar el espíritu de los soldados germanos, y en Inglaterra, con solemne gallardía, durante la coronación del monarca Jorge V. Cayetano Alberto Silva, uruguayo por nacimiento, hijo y nieto de esclavos, nació en la ciudad de San Carlos de Maldonado, el 7 de agosto de 1868, pero, a pesar de esa contingencia, debemos considerarlo como un hijo de la República Argentina, pues en ella vivió, a ella dedicó sus afanas y en ella constituyó su hogar", cuenta Marcos de Estrada, en su libro "Argentinos de origen africano".

En la ciudad santafesina de Venado Tuerto impulsó un Centro Lírico de Obreros, ejerciendo, al mismo tiempo, como maestro de primeras letras y de música en la Sociedad Italiana.

En 1902 compuso, nada menos, que la Marcha de San Lorenzo, dedicada al general Pablo Riccheri, con letra de Carlos Benielli, que cedió a una casa editora porteña por el precio de cincuenta pesos.

Fue estrenada el 30 de octubre de aquel año durante la inauguración del monumento a San Martín en la ciudad de Santa Fe. Asistió el entonces presidente de la Nación, Julio Argentino Roca, y su ministro de Guerra, el ya nombrado Riccheri.

-Se convirtió, junto con el Himno Nacional, en la canción patriótica más seleccionada, para las escuelas, los repertorios militares y actos públicos solemnes – sostuvo el historiador Diego Santillán.

El 16 de octubre de 1964, el municipio de San Lorenzo descubrió una modesta placa de bronce donada por la Sociedad Evocativa Argentina de Buenos Aires. Estuvieron presentes los hijos de Silva, delegaciones escolares y también integrantes del Regimiento de Granaderos a Caballo.

Lejos de allí, los escritores María Esther Vázquez y Jorge Luis Borges, eran testigos del viaje de la Marcha de San Lorenzo.

Escucharon sus acordes en el palacio de Buchingham.

-Borges se estremeció y comenzó a decir casi a gritos los primeros versos de nuestra marcha patriótica: “Febo asoma, María Esther, Febo asoma”, en un raptó emotivo” – narró Vázquez en su libro “Imágenes, memorias y diálogos sobre Borges”.

El Negro Silva murió en Rosario el 12 de enero de 1920, con solamente 51 años de edad.

Su música, sin embargo, sigue esquivando los mandatos del olvido.

En pleno tercer milenio, a doscientos años del combate de San Lorenzo, la valentía del hombre nacido en la zona de Saladas, en la provincia de Corrientes, sigue convocando emociones y reflexiones.

Fantástica gambeta del peón heroico a los efectos de una historia contada siempre desde arriba, desde los todopoderosos y nunca desde abajo, desde los que dieron todo a cambio de nada.

Allí venía Cabral: sostenido su nombre, luminosa su memoria, en las manos de pibas y pibes que sentían orgullo por su vida y su compromiso por una causa colectiva.

Así son los fantasmas inquietos.

Cuando se mueven en el presente, agitan historias, geografías y orgullos.

Una dignidad que viene de abajo y hace mejor a los de abajo.

Bienvenida sea la vuelta de Cabral, del peón heroico, Juan Bautista Cabral.

## Capítulo 6

### Corrientes.

*“¿De qué remoto pasado,  
de qué sepultado imperio,  
de qué pueblos incendiados  
le viene este sortilegio?  
¿De dónde esta fuerza lenta  
que se va agarrando al suelo?  
¿De dónde la gallardía  
que tiene bailando, el mencho?*

*Unos dicen que es herencia  
y otros, cosa de amuleto:  
la música está en el alma  
de los hijos de este suelo;  
se les subió por la sangre  
de los talones al pecho,  
y les retoza en el alma  
y les florece en los dedos...  
Mirenlo. Vale la pena  
verlo, de pie en su silencio,  
destrenzando melodías  
y como arrugando el viento...*

*Las cosas que nos dirías  
si hablaras chamamecero,  
pero tu musica dice  
lo que esconde tu silencio...”, de la poesía  
“Chamamecero”, de “Los Imaguaré”.*

-La característica más contundente del correntino es, al decir de Francisco Madariaga, su delicada fiereza. Tal vez condicionado por el rigor del paisaje, mitad agua, mitad fuego, luz, estampido de llanura y de selva y veranos interminables y vientos que siempre soplan del norte, o tal vez por la herencia guaraní, agridulce, etcétera y profunda como los ríos y los esteros o por la herencia de España, religiosamente cerrada, enlutada y antigua. No se. Lo cierto es que el correntino va y viene del machismo al matriarcado con indomables pasiones. Consciente de su paisaje y su absoluta identidad, hace gala de ello y se planta sobre la historia, enérgico y soberbio. El hombre es callado pero contundente, la mujer lo acompaña, silenciosa y fecunda, en las catástrofes climáticas y de las otras. Y ambos, hombre y mujer, son al mismo tiempo valientes y mansos, arrojados y sometidos, sin haber podido eludir nunca esas contradicciones que están y se ven por encima de las enormes diferencias sociales que dominan la provincia...pero a todos, la fuerza de lo que los rodea y los contiene los vuelve orgullosos habitantes de una identidad que se expresa, como en ninguna otra cosa, en su música. El correntino vuela con ella, sueña con ella, baila con ella, reza con ella y estalla en el sapukay grito de guerra, de amor, de alegría, de impotencia de vida...-escribió con profundidad y sentimiento la cantante Teresa Parodi.

Esta síntesis de elementos supuestamente contradictorios que enumera Teresa Parodi parece expresarse en el chamamé.

Para el investigador, Pablo Daniel Velazquez, la palabra chamamé deriva del término guaraní ñeemboê yerokî y “viene de una contracción de la palabra Cheâ (â con un tilde con acento nasal) que significa “mi alma”, ama: significa “lluvia” en guaraní y “me” es: “Estoy en la lluvia con mi alma”, con el “alma mía”, porque es estar en la lluvia con la palabra del que está suplicando. El guaraní no rezaba quieto como lo hacemos en la religión católica. El guaraní rezaba danzando, como hasta ahora danzan por ejemplo en la Catedral de Sevilla, la danza de los Seise que son alrededor del Santísimo y otras antiguas danzas que se dan en otros lugares de Europa también en Austria y Alemania que es de donde vienen sacerdotes jesuitas y transmiten, se acoplan y se conjugan a la manera de ser de nuestros indios yapeyuanos, de esa manera”, señala.

Velázquez agrega: “Chamamé” quiere decir: “ESTOY EN LA LLUVIA CON EL ALMA MÍA”, y además eran distintos tipos de chamamé ñeemboê yerokî, que eran himnos de alabanza a Dios, primero de rogativa: cuando no llovía; de gratitud: mientras estaba lloviendo, y posterior a la lluvia porque era un pueblo agrario además, entonces la lluvia era benefactora y después de ahí, el Amayarâ que es el genio protector de la lluvia del cual deriva el caraí octubre. Además las reuniones que se hacían se llevaban a cabo siempre los días de lluvia y vienen los amandayé- “ama” es la lluvia y “ndayé”: lo que dice la lluvia, escuchaban la lluvia y en ese silencio determinaban las cosas”, sostiene con conocimiento y belleza.

El origen del chamamé parece remontarse al siglo XVII.

Y una vez más, según los estudiosos, su cuna es un cruce de cultura, una mixtura de historias e identidades, como la mismísima geografía correntina.

“...Podemos remontarnos en las páginas del tiempo, al siglo XVII; y geográficamente al nordeste correntino, más propiamente determinado por las orillas del Río Uruguay. Allí tuvieron su asentamiento las raíces étnicas de nuestra raza guaraní (según lo que se conoce), fuertemente influenciadas por las corrientes jesuíticas, que en los albores del

año 1600, fundaron las primeras reducciones. Según Emilio Noya, en el El Litoral de Corrientes, el 11 de octubre de 1973, "las primeras reducciones de la compañía de Jesús, establecidas en la zona guaranícas hacia el año 1609, advierten sorprendidas que los aborígenes poseían música propia y además, fabricaban instrumentos rudimentarios para acompañar sus danzas rituales y ejecutar motivos onomatopéyicos".

Pero esa mixtura musical, hija directa del cruce de culturas, también es fruto de la historia política correntina.

Las crónicas cuentan que fue Sebastián Gaboto el primer hombre blanco en recorrer las tierras correntinas hacia 1528.

Pero la fundación de la ciudad capital ocurrió recién en 1588, a cargo de Juan Torres de Vera y Aragón. Luego se sumaron las reducciones jesuíticas sobre el río Uruguay.

Cuenta Julio César de la Vega que a fines de 1587 Torres de Vera "designó a su sobrino Alonso de Vera, el tupí, para que se trasladara a un lugar en el río Paraná que era conocido por "siete corrientes", porque la tierra tiene siete salientes rocosas que se internan en el curso del río hasta donde la fuerza del agua tiene más potencia. El Tupí llegó a ese lugar en enero de 1588, haciéndolo Torres de Vera en marzo siguiente. La expedición que éste logró amar con la ayuda de Hernandarias, era muy numerosa: ciento cincuenta hombres y alrededor de cincuenta mujeres. Por tierra venía Hernandarias arreando, desde Asunción, mil quinientas cabezas de ganado entre caballos, vacunos y ovinos. El 3 de abril de 1588, Juan Torres de Vera y Aragón fundó en ese lugar la ciudad que llamó San Juan de Vera de las Siete Corrientes...".

El historiador agrega que "los primeros años de vida de la nueva fundación fueron muy duros, por los constantes ataques de los guaraníes, los que pudieron ser sofocados gracias a la intervención de Hernandarias que, por sus dotes de mando, iba afirmando cada vez más su prestigio".

Torres de Vera fue acusado de apropiarse de los caudales de Asunción y Santa Fe, nada menos que por el entonces tesorero del Río de la Plata, Hernando de Montalvo.

"Al principio sólo eran tribus. Los cara cará en el centro sobre el Iberá, los charrúas en el sur, algunos astos en la zona del río Santa Lucía y la identidad de Corrientes: los guaraníes, hábiles cazadores y pescadores, creyentes en el Tupá y temerosos del Añá, pero sobre todo, poseedores de una lengua de sonoridad especial que dejó palabras que aún se repiten en flora y fauna y en el nombre de muchas ciudades", comienza diciendo una de las tantas síntesis históricas de la provincia de Corrientes, donde naciera Juan Bautista Cabral.

Las leyendas tienen estatura de símbolo: cuentan que los guaraníes quisieron quemar la cruz puesta por los colonizadores que acompañaron a Torres de Vera y Aragón y no pudieron. Desde entonces se habla de la Cruz del Milagro, la cual se encuentra en el mismísimo escudo de la provincia, diseñado de manera definitiva recién en 1825.

"La leyenda de la Cruz del Milagro está ligada a la fundación de Corrientes. Los españoles habían colocado una rústica cruz de madera como testimonio de su fe cristiana en el fuerte que defendían. Los aborígenes que lo asediaban sin éxito le atribuyeron su fracaso. Atacaron para quemarla, pero no ardía. Entonces, un indio que

blandía una rama encendida cayó fulminado por un rayo, pese a que era un día claro. Los demás huyeron asombrados y muchos se convirtieron al cristianismo. Hoy, esa cruz está en la iglesia Santísima Cruz de Los Milagros”, sostiene la narración.

En 1627 se fundó Yapeyú, donde nacería San Martín. Después surgieron La Cruz, San Carlos y Santo Tomé, alrededor de 1623.

Los distintos estudios históricos también remarcan la importancia de la llegada de los jesuitas y su Compañía de Jesús, no solamente en la cuestión evangelizadora, sino también en lo económico, político y cultural.

Hacia 1630 se sumaron los negros.

Las crónicas correntinas también le dan una importancia destacada a los comuneros. “La enemistad de los colonos y campesinos en general, con los comerciantes y jesuitas, religiosos estos, que también eran mal mirados por el clero secular y por los sacerdotes que pertenecían a otras órdenes. En esta jurisdicción hubo dos movimientos comuneros. El primero en 1732 estrechamente vinculado con el de Asunción y el de 1764 que tuvo como causas principales a las contradicciones señaladas y al mal trato al que el gobernador de Buenos Aires, Pedro de Cevallos, y el teniente gobernador de Corrientes, Manuel de Rivera y Miranda, sometieron a los pobladores de la ciudad”, sostiene Julio César De La Vega en su monumental investigación “Consultor de historia argentina”.

El primer movimiento comunero se produjo el 8 de mayo de 1732, en Itatí, cuando doscientos correntinos que marchaban en apoyo de las fuerzas que en las márgenes del Tebicuary luchaban con los comuneros de Asunción, se rebelaron en contra del teniente de gobernador, Jerónimo Fernández, que había sido encomendado por el gobernador Bruno de Zabala para reclutarlos.

Al grito de: “¡Viva el Común!” los correntinos apresaron al teniente de gobernador y se dirigieron a Corrientes en donde recibieron el apoyo del Cabildado, el que se hizo cargo del gobierno, encargando la jefatura de la milicia a Juan José Vallejos. Al enterarse de la sublevación, el gobernador de Buenos Aires se propuso terminar pacíficamente con la rebelión comunera y destacó al obispo, Juan de Arregui, para que se entrevistara con sus jefes y les ofreciera el perdón y el olvido. Los comuneros aceptaron las condiciones por lo que se puso fin a la insurrección en noviembre de 1732.

El 29 de octubre de 1764, sin embargo, estalló la segunda revuelta de los comuneros correntinos.

Fue originado por el incumplimiento de las promesas del gobernador Zabala en 1732, ya que los principales comprometidos con el primer movimiento comunero fueron castigados cuando el obispo Arregui abandonó la ciudad de Corrientes y el trato que recibieron quedó en el recuerdo del vecindario.

A esta causa se sumaron el rigor que el gobernador Cevallos ejerció sobre los comuneros a través de la persona de su teniente de gobernador, Manuel de Rivera y Miranda, y el caldo de cultivo para estas rebeliones que representaban las rivalidades sociales y las religiosas.

Los principales dirigentes del segundo movimiento comunero de Corrientes fueron el párroco y maestro de Saladas, José de Casajos, miembro de una de las principales familias correntinas y los vecinos Ramón Paredes y Gaspar de Ayala, quienes tuvieron el apoyo de los dominicos y franciscanos, del vicario Antonio de la Trinidad Martínez de Ibarra y del obispo de Buenos Aires, Manuel Antonio de la Torre.

El 29 de octubre de 1764 entraron a Corrientes a los gritos: “¡Ya es tiempo de libertad en nuestra patria!” y “¡Viva el rey y muera el mal gobierno!”. Inmediatamente apresaron a Ribera y el 31 del mismo mes proclamaron el gobierno del Común designando jefe supremo y maestre de campo a José González de Alderete.

El cabildo de Corrientes no se plegó al movimiento pero tampoco repudió la sublevación ni intercedió por la libertad de Manuel de Rivera y Miranda. El gobierno de los comuneros tuvo que sortear muchas vicisitudes por la falta de organización y de claridad en los objetivos gubernamentales.

El final del gobierno comunero llegó en abril de 1766. En enero de ese año el gobernador Cevallos destacó al teniente coronel Carlos Murphi, de origen irlandés, para que impusiera el orden en Corrientes.

El irlandés, que se encontraba en Río Pardo, se dirigió a Corrientes y el 2 de abril, encontrándose en Saladas, le fue entregada una carta de Ayala por la que ofrecía la rendición. El militar prosiguió la marcha y desde Paso de los Padres emitió un bando ordenando a los vecinos entregar las armas y permanecer en sus domicilios. Cuando se encontraban en los alrededores de la ciudad de Corrientes salieron a su encuentro trescientos sesenta comuneros que depusieron las armas, con lo que llegó a su final la segunda sublevación correntina.

Después de la rendición se siguió un largo proceso a los jefes comuneros y para sustanciarlo se designó como juez a Juan Manuel de Labardén. Hubo trece sentencias de muerte y más de cincuenta personas fueron condenadas a destierro, pero el reemplazo de Cevallos como gobernador de Buenos Aires por Francisco de Paula Bucarelli, quien asumió el 15 de agosto de 1766, dio un nuevo curso al proceso.

El nuevo funcionario llevó adelante una rápida investigación que puso de relieve una serie de anomalías en el proceso conducido por Labardén, por lo que quedaron anuladas las actuaciones y las sentencias.

La expulsión de los jesuitas en 1767, fue un factor que favoreció a los comuneros enjuiciados y, sobre todo, a los de condición eclesiástica. Martínez de Ibarra, párroco de Corrientes y complicado con la sublevación, colaboró con el gobernador Bucarelli en el traspaso de los pueblos de indios, dirigidos por los jesuitas, a los curas designados para sustituirlos.

Hacia 1777, el territorio de Corrientes pasó a formar parte de la intendencia de Buenos Aires, junto con Entre Ríos y Santa Fe.

En 1807, el cuerpo de Cazadores Correntinos acudió a Buenos Aires a luchar contra las invasiones inglesas.

Una de las tantas leyendas sobre Juan Bautista Cabral sostiene que estuvo presente en aquellas jornadas de resistencia y reconquista. Sin embargo, la mayoría de las biografías del popular sargento niegan esa versión.

Después de la revolución de Mayo, Corrientes formó parte de la Liga de los Pueblos Libres, el proyecto político, económico y social liderado por José Gervasio Artigas hasta 1820.

## **Capítulo 7**

### **Las banderas**

*-En este momento que son las seis y media de la tarde se ha hecho salva en la batería de la Independencia y queda con la dotación competente de los tres cañones que se han colocado, las municiones y las guarniciones. He dispuesto para entusiasmar las tropas y a estos habitantes, que se formen todas aquellas y las hablé en los términos de la copia que acompaño. Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca conforme a los colores de la escarapela nacional - escribió Manuel Belgrano, el dirigente político más claro que tuvo aquel momento fundacional.*

Fue el cura Navarro el que bendijo la bandera: “Venced a los enemigos interiores y exteriores para que América fuera templo de la independencia, la unión y la libertad”, fue el juramento auspiciado por el sacerdote.

Junto a él estuvo quien se constituiría en el otro referente popular de los primeros años de la revolución, Emeterio Celedonio Escalada y Palacios, nacido en Rincón de Soto, Logroño, provincia española de La Rioja, el 31 de agosto de 1762.

Celedonio había estado desde 1780 en la Banda Oriental y en febrero de 1811 había participado del llamado Grito de Asencio, la proclama de liberación de los uruguayos, como comandante de Blandengues de Soriano. Incluso Escalada se insurreccionó contra el gobierno porteño y en abril de aquel año constituyó el primer cuartel general revolucionario en la “Capilla Nueva” de Mercedes. Celedonio, auténtico pionero de la revolución, como lo llama el investigador Nelson Caula, en su imprescindible “Artigas ñemoñaré”.

Belgrano decide que Celedonio Escalada se convierta en comandante militar del Pago de los Arroyos.

Lo interesante de estos detalles de la historia rosarina es la adhesión de los pobladores del viejo Pago de los Arroyos a las ideas de Belgrano, Navarro y Escalada.

Son los primeros líderes que consiguen convencer a los habitantes de estos arrabales del mundo para que sigan un proyecto colectivo de transformación.

“La repartición de las riquezas hace la riqueza real y verdadera de un país, de un estado entero, elevándolo al mayor grado de felicidad, mal podría haberla en nuestras provincias, cuando existiendo el contrabando y con él el infernal monopolio, se reducirán las riquezas a unas cuantas manos que arrancan el jugo de la patria y la reducen a la miseria”, era el pensamiento político económico de Belgrano de toda su vida. La misma idea que propuso a Mariano Moreno a la hora de sintetizar lo que después sería el Plan de Operaciones de agosto de 1810 y la que terminó condenándolo a la miseria y al olvido cuando la revolución fue reemplazada por las relaciones carnales entre la burguesía porteña y los intereses del imperio inglés.

Libertad e igualdad para que después haya felicidad y seguridad, eran las consignas del artiguismo que se encarnaban en el cura Navarro y en Celedonio Escalada. Y un sujeto social: “los más infelices serán los privilegiados”.

Aquella primera bandera que fue causal de amonestación para el primer triunvirato, en realidad, sintetizaba las otras banderas, independencia, lucha contra la riqueza y destino común con los otros pueblos de América del Sur.

Esas banderas fueron abrazadas por el pueblo y decenas de ellos sangraron por hacerlas realidad.

El proyecto colectivo inconcluso del pueblo está en aquellas banderas.

El silencio sobre esas ideas políticas condena a las nuevas generaciones a ignorar el sentido colectivo que alguna vez conmovió esta tierra.

Toda la región del litoral y la Mesopotamia seguían siendo un lugar poblado por rebeldes.

Belgrano, Navarro y Escalada expresaron ese espíritu levantisco como lo había calificado el gobernador santafesino puesto a dedo por el virrey.

### **San Lorenzo, según Mitre**

“El último día del año XII y los primeros días del año XIII fueron señalados por dos victorias memorables la una militar y la otra política. El 31 de diciembre de 1812, la vanguardia del ejército sitiador de Montevideo, a las órdenes del coronel don José

Rondeau, batió completamente al frente de sus murallas una columna española que había salido de la plaza con el objeto de hacer levantar el sitio, quedando éste sólidamente establecido bajo los auspicios de la victoria. El 31 de enero de 1813 se reunió en Buenos Aires la Asamblea General Constituyente, convocada por el nuevo gobierno, reasumiendo en sí “la representación y el ejercicio de la soberanía popular”. Esta Asamblea, aunque libremente elegida, componíase en su mayor parte de miembros de la Logia Lautaro, que obedecían a un sistema y a una consigna. Con este núcleo de voluntades disciplinadas, no era de temerse la anarquía de opiniones que había esterilizado las anteriores asambleas, aunque podía preverse que degeneraría más tarde en una camarilla. Por el momento la idea revolucionaria era la que prevalecía en ella, sin ninguna mezcla de ambición bastarda”, cuenta Bartolomé Mitre, en su clásico libro “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”.

El texto avanza en la presencia española en las aguas de los ríos interiores.

Una constante en la historia política argentina: quiénes son los que navegan y dominan los cursos de agua. Desde entonces al presente.

“...Sólo en las aguas no se dilata el espíritu de la revolución...El Río de la Plata y sus afluentes reconocían como únicos señores a los marinos de Montevideo, que mantenían en jaque perpetuo todo el litoral argentino. Un día bombardeaban la capital de Buenos Aires, otro día derramaban el espanto en todo el río Uruguay, o asolaban las poblaciones indefensas del Paraná, practicando frecuentes desembarcos en las costas de que se enseñoreaban, aunque momentáneamente. El gobierno de la revolución, para contrarrestar estas hostilidades, había levantado baterías frente al Rosario y en Punta Gorda; pero mientras los marinos españoles se preparaban a derribar estos obstáculos, el río Paraná en el espacio de 400 kilómetros continuaba siendo el teatro de continuas depredaciones”, dice Mitre.

En octubre de 1812 hubo saqueos y asaltos en San Nicolás y San Pedro.

La idea española era el hostigamiento, destruir las baterías ya nombradas de Rosario y Punta Gorda y avanzar hacia el Paraguay. Al mando de esas tropas, los españoles colocaron al corsario Rafael Ruiz y como comandante de los soldados para el desembarco, al capitán Juan Antonio Zabala, “vizcaíno testarudo de rubia cabellera, que a una estatura colosal reunía un valor probado”, añade el fundador de la historia oficial argentina y del diario “La Nación”.

La orden del gobierno revolucionario fue, entonces, desarmar Rosario, reforzar Punta Gorda y enviar al coronel de granaderos, José de San Martín, a proteger las costas occidentales del Paraná, desde Zárate hasta Santa Fe.

A mediados de enero de 1813, once embarcaciones de guerra, entre grandes y pequeñas, con más de 300 hombres, ingresaron por el Guazú.

El 28 de enero pasaron por San Nicolás y dos días después, ya estaban por encima de Rosario con la bandera española de guerra.

Cuenta Mitre: “El comandante militar del Rosario, que lo era un paisano llamado don Celedonio Escalada, natural de la Banda Oriental, reunió la milicia del punto para oponerse al desembarco que se temía. Consistía toda su fuerza en 22 hombres armados de fusiles, 30 de caballería con chuzas, sables y pistolas y un cañoncito de montaña manejado por media docena de artilleros que protegía el resto de su gente armada de cuchillos.

“En la noche levaron anclas los buques españoles y el día 30 amanecieron frente a San Lorenzo, 26 kilómetros al norte del Rosario. Allí dieron fondo como a 200 metros de la orilla. Este es el punto en que el río Paraná mide su mayor anchura. Sus altas barrancas

por la parte del oeste escarpadas como una muralla, cuya apariencia presentan, sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre ha abierto sendas practicando cortaduras. Frente al lugar ocupado por la escuadrilla se divisaba uno de estos estrechos caminos inclinados en forma de escalera. Más arriba, sobre la alta planicie que coronaba la barranca, festoneada de arbustos, levantábase solitario y majestuoso el monasterio de San Carlos con sus grandes claustros de sencilla arquitectura y el humilde campanario que entonces lo coronaba”, describe con elegancia el historiador y político.

Agregaba: “Un destacamento como de cien hombres de infantería fue echado a tierra y sólo encontraron a los pacíficos frailes de San Francisco de Propaganda Fidae, habitantes del convento, que les permitieron tomar algunas gallinas y melones, únicos víveres que pudieron proporcionarse, pues todos los ganados había sido retirados de la costa con anticipación. Formados los expedicionarios frente a la portería del convento, vieron a la distancia una ligera nube de polvo que se levantaba en el camino del Rosario. Era Escalada, que noticioso del desembarco, acudía al encuentro con su cañón de montaña y con sus cincuenta hombres medio armados. La campana del claustro daba en aquel momento las siete y media de la mañana. Cuando Escalada llegó al borde de la barranca, los españoles se replegaban sobre la ribera a son de caja en disposición de reembarcarse. Rompió sobre ellos el fuego con su cañón, pero los buques con sus piezas de mayor alcance le obligaron a desistir de su hostilidad. Tal fue el preludio del combate de San Lorenzo que bien merecía ser salvado del olvido, siquiera sea para adjudicar a cada cual el mérito que le corresponde en la preparación del suceso que ha ilustrado aquel sitio”, sostiene Mitre.

San Martín llegó a cinco kilómetros del convento en la noche del día 2 de febrero. Allí lo esperaba Escalada con caballos frescos.

“Todas las celdas estaban desiertas y ningún rumor se oía en los claustros. Cerrado el portón los escuadrones echaron pie a tierra en el gran patio del convento, prohibiendo el coronel que se encendiese fuego ni se hablara en voz alta. “Hacían recordar”, dice el viajero inglés (Guillermo Parish Robertson) “a la hueste griega que entrañara el caballo de madera tan fatal a Troya”. San Martín, provisto de un anteojito de noche, subió a la torre de la iglesia, y se cercioró de que el enemigo estaba allí, por las señales que hacía por medio de fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó inmediatamente su plan”, apunta el texto.

“A las cinco de la mañana (3 de febrero) empezó a iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel grandioso paisaje de agua y de resplandecientes verdura, velado de nieblas transparentes, en medio del cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. A las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate”, sostiene Mitre.

San Martín tomó el mando del segundo escuadrón y el capitán Justo Bermúdez, el del primero.

-En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos y allí daré a usted mis órdenes – dijo el coronel.

Alrededor de 250 soldados españoles venían avanzando en dos columnas paralelas con dos piezas de artillería de a 4 al centro y un poco a “vanguardia de las columnas, marchando a paso redoblado a son de pifanos y tambores. En aquel instante resonó por

la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos a caballo que debía hacerse oír más tarde por todos los ámbitos de la América. Instantáneamente salieron por derecha e izquierda de las alas del monasterio los dos escuadrones sable en mano y en aire de carga, tocando a degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha. San Martín, que era el que tenía que recorrer la menor distancia, fue el primero que chocó con el enemigo”, sigue el relato.

-Por derecha e izquierda del monasterio salieron dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope, sable en mano, cargaban despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que los divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de las que le causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez, atacando a nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar a formar cuadro. Ordenó Zabala a su gente ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vio al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó, aunque imperitamente, un cuadro por no haber dado lugar a hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo – escribió Rafael Ruiz a cargo de la flota española.

Fue cuando San Martín recibió a quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo a metralla que matando su caballo le derribó en tierra, tomándole una pierna en la caída.

“Trabóse a su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya a atravesarlo con la bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza. Imposibilitado de levantarse del suelo y de hacer uso de sus armas, San Martín había sucumbido en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiese venido en su auxilio echando resueltamente pie a tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza a su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancia que los enemigos reanimados por Zabala a los gritos de “¡Viva el rey!”, se disponían a reaccionar, y recibe en aquel acto dos heridas mortales gritando con entereza: “¡Muero contento!. ¡Hemos batido al enemigo!”. Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila: era natural de Corrientes y murió dos horas después repitiendo las mismas palabras. Casi al mismo tiempo el alférez Hipólito Bouchard, arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba, habiendo el capitán Bermúdez, a la cabeza del escuadrón de la derecha, hecho retroceder la columna que encontró con la que llevó en persona San Martín. La victoria que apenas había tardado tres minutos en decidirse se consumó en menos de un cuarto de hora”, escribió el actual habitante del billete de dos pesos argentinos en el tercer milenio.

Vino el repliegue de los españoles. Los barcos dispararon y dieron muerte a Bermúdez. El teniente Manuel Díaz Vélez, por su parte, se despeñó por la barranca y en su caída fue atravesado por un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

El saldo fue brutal para los españoles: dejaron el campo de batalla la bandera, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros. Los granaderos, por su parte, tuvieron 27 heridos y 15 muertos: un correntino, dos porteños, tres puntanos, dos riojanos, dos cordobeses, un oriental y un santiagueño.

-A la sombra de un pino añoso, que todavía se conserva, en el huerto de San Lorenzo, firmó en seguida el parte de la victoria, cubierto aún con su propia sangre y con el polvo y el sudor del combate. Los moribundos recibieron sobre el mismo campo de batalla la

bendición del párroco don Julián Navarro, que durante el combate los había exhortado con la voz y el ejemplo. Y para que ningún accidente dramático faltase a este pequeño aunque memorable combate, uno de los presos canjeados con el enemigo, fue un lancharo paraguayo, llamado José Félix Bogado, que en ese día se alistó voluntariamente en el regimiento. Este fue el mismo que trece años después, elevado al rango de coronel, regresó a la patria con los siete últimos granaderos fundadores del cuerpo que sobrevivieron a las guerras de la revolución desde San Lorenzo hasta Ayacucho – concluye Mitre su crónica sobre aquel 3 de febrero de 1813.

Agregaba que el combate de San Lorenzo, “aunque de poca importancia militar, fue de gran trascendencia para la revolución. Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad a sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con el Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó de esta plaza de auxilio de víveres frescos con que contaba para prolongar su resistencia; conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos, y sobre todo, dio un nuevo general a sus ejércitos y a sus armas un nuevo temple. Tres días después del suceso, la escuadrilla española, escarmentada para siempre, descendía el Paraná cargada de heridos en vez de riquezas y trofeos, llevando a Montevideo la triste nueva. Al mismo tiempo San Martín regresaba a Buenos Aires. El entusiasmo con que fue festejado su triunfo en la capital, lo vengó de las calumnias que ya empezaban a amargar su vida, presentándole como un espía de los españoles que tuviese el propósito secreto de volver contra los patriotas las armas que se le habían confiado”, analizaba más en tono político.

Aquellos cantitos del combate

**-¡Viva el rey! -gritaban los españoles que desembarcaron en las barrancas de San Lorenzo aquel 3 de febrero de 1813.**

-¡Viva la revolución! -contestaron los granaderos y los sesenta milicianos populares rosarinos que venían comandados por Celedonio Escalada.

Cuenta el historiador Miguel Angel De Marco hijo que “el 9 de octubre de 1812, los realistas habían saqueado San Nicolás y dado muerte al presbítero Miguel Escudero; tres días más tarde, cinco buques habían pasado frente a Rosario, cuyo vecindario huyó a las estancias cercanas. Para defenderse, el comandante militar sólo contaba con treinta fusiles en malas condiciones”.

El 3 de febrero, coinciden distintas fuentes históricas, el combate fue breve pero sangriento.

Es llamativo el grito por la revolución que caracterizó a los granaderos y a las milicias populares rosarinas.

La revolución era una palabra que adquirió sentido en el programa de la primera junta de gobierno, el llamado Plan de Operaciones, escrito por Mariano Moreno a sugerencia de Manuel Belgrano.

“...¿qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios y demás establecimientos a favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos?”, se preguntaba y proponía, al mismo tiempo, Mariano Moreno, el primer desaparecido de la historia nacional.

Un estado libre, independiente y nuevo que se erige como motor del desarrollo económico yendo en contra de las riquezas agigantadas en pocos individuos para luego distribuir las.

Moreno, además, sostenía el “sistema continental” de la “gloriosa insurrección”.

La aparición de San Martín y su relación con el cura Navarro y el comandante popular Escalada genera un puente entre los proyectos personales y colectivos.

Navarro seguirá haciendo pastoral política junto a los que buscan la liberación en aquel primer ejército popular latinoamericano en operaciones, el de los Andes y Escalada, felicitado por San Martín, será declarado “ciudadano americano de las Provincias Unidas del Río de la Plata”, por la asamblea constituyente de aquel año 1813.

Los paisanos que sangraron en San Lorenzo junto a San Martín, Navarro y Escalada, seguirían fieles a su proyecto colectivo de transformación.

Por eso el rancharío sería incendiado por los ejércitos de Buenos Aires.

Porque los pueblos del Litoral seguían, porfiadamente, adhiriendo a la revolución política y social que proponía Artigas.

Y allí, en medio de ellos, estaba el esclavo negro y peón de campo, Juan Bautista Cabral.

### **El peón heroico**

-Déjenme, compañeros. ¿Qué importa la vida de Cabral?. Vayan ustedes a pelear que somos pocos – fue la frase que dijo Juan Bautista Cabral, según entiende el fraile Herminio Gaitán del convento San Carlos de San Lorenzo en su investigación sobre el combate.

Dos horas después, según el sacerdote historiador, en el refectorio del monasterio – utilizado en ese momento como banco de sangre y sala de primeros auxilios- repitió la frase antes de morir.

Para el investigador Norberto Galasso, en su imprescindible “Seamos libres. Vida de San Martín”, en cualquier caso, “lo más probable es que en el soldado correntino, en situación de muerte, haya brotado espontáneamente su lengua originaria por encima de la educación, prejuicios y modales y entonces haya dicho: Avyá amanó ramo yepé, ña jhundi jheguere umí pytaguá, expresión guaraníca de la frase que pasaría a la historia. Así lo sostiene criteriosamente Fray Herminio Gaitán: “palabras dichas en guaraní”. También razonablemente, Gaitán sostiene que San Martín las escucha y las traduce, luego, al español, cuando las incorpora al parte de batalla, pues es tan natural que San Martín no dominase el idioma inglés, como que entendiase el guaraní”, sostiene el historiador.

Y agrega en tono de reflexión: “Alguien probablemente, reste importancia a estas últimas circunstancias –Cabral, hablando guaraní y San Martín, entendiéndolo- pero, sin embargo, son reveladoras de la óptica con que se ha escrito nuestra historia, óptica europeizante y denigratoria de lo nativo, a la cual disgusta que sean dos correntinos, expresándose en el viejo idioma nativo, quienes protagonicen un episodio épico y prefiere, por tanto, limarle esas aristas pues, por supuesto, la Argentina la hicieron los rubios de ojos azules, directores de las empresas ferroviarias, frigoríficos, compañías de seguro, etcétera”, sostiene Galasso.

Según su estudio, Cabral sería hijo natural de don José Jacinto Cabral y Soto y de la morena Carmen Robledo que luego se casó con el también moreno Francisco que lleva el apellido Cabral, por ser también servidor de esa antigua familia.

Tal vez por esta razón otras fuentes lo dan como hijo de los dos esclavos, Carmen y Francisco, pues su nacimiento es anterior a la ley de libertad de vientres y de raza negra.

Hay una carta de don Luis Cabral, su amo, del 4 de diciembre de 1812, donde se refiere “a la situación de nuestro negro Juan Bautista...que en su carta me pide le escriba a San Martín para que lo baje a la infantería porque en la caballería corre peligro” (los negros integraban habitualmente la infantería pues no se caracterizaban por ser buenos jinetes, por lo cual el pedido tiene fundamento), apunta Galasso.

Añade que no contrajo matrimonio y en su condición de esclavo desempeñaba funciones de peón. “Suponemos que se integró al cuerpo de granaderos al fundarse éste –es decir, pocos meses antes del combate- y que desde Buenos Aires le pidió al amo que intercediera ante San Martín, como surge del fragmento de carta que reproducimos. A los veinte años declaraba, por único patrimonio, un caballo rosillo con la marca de don Luis Cabral y una sortija de oro en poder de doña Tomasa”.

Finalmente, Cabral no era sargento.

-Informe que el granadero Juan Bautista Cabral...- decía el parte de guerra de San Martín.

“Era simplemente un granadero sin rango”, escribió el sacerdote Gaitán.

-Al soldado Juan Bautista Cabral. Murió en la acción de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813 – decía una placa que mandó colocar el propio San Martín sobre la puerta del cuartel de Retiro en un tablero de forma oval.

“También estas apreciaciones acerca de Cabral pueden ser tachadas de baladíes. Sin embargo, importan, no sólo para demostrar los débiles cimientos en que reposa la historia oficial, sino también para que se las recuerde en las escuelas, especialmente en aquellas adonde concurren niños pertenecientes a la clase media liberal que escuchan habitualmente, en sus familias, los peores epítetos sobre “los negros”, “los correntinos”, “los peones”, “los paraguas”, pues entonces aprenderían que es muy común en nuestra historia que esos “negros”, “esclavos” que “hablan guaraní” y se asemejan más a los paraguayos o a los bolivianos que a la gente blanca de Buenos Aires, son los que acompañaron y dieron su vida por San Martín para que algún día tuviésemos patria”, concluye Norberto Galasso con justicia y contundencia.

## **Capítulo 8**

### **Una primera biografía de Cabral**

*-“Es notoria la decidida adhesión de aquella comunidad a la sagrada causa de la América de que he sido testigo en la última acción que sostuve contra los enemigos en las inmediaciones de aquel convento”, dirá el coronel San Martín al gobierno de Buenos Aires, refiriéndose a los franciscanos de San Lorenzo...-escribió el fraile Herminio Gaitán, en su obra “Combate de San Lorenzo”.*

Juan Bautista Cabral nació en el año de la revolución francesa, 1789.

Dicen, dos siglos más tarde, que su lugar de bienvenida a estos arrabales del mundo son los actuales parajes de Colonia Cabral, a 11 kilómetros al noreste de Saladas. No hay documento que pruebe la fecha del alumbramiento.

Las crónicas hacen mención al fuego que quemó el convento de Santo Domingo Borromeo y que consumió los libros de actas de bautismo.

Aunque también hay fuentes que señalan que esos documentos fueron llevados por miedo a la invasión de Andresito Guacurary Artigas.

El historiador Ramón Blanco cuenta que Lola Lafuente, descendiente de la familia Cabral que vivió en la casa del sargento que hoy es museo histórico, conservaba un cuaderno familiar con apuntes y que le habría mostrado entre las anotaciones el día de nacimiento consignado como el 24 de junio de 1793.

Sus padres fueron Carmen Robledo y el indio José Francisco que trabajaba al servicio del estanciero José Ignacio Cabral Fernández de Arana. Luego la sobrina del Clérigo José de Casajús, Tomasa Isabel de Casajús y su Esposo, Luis Cabral, traen a Juan Bautista a vivir a la ciudad, junto a la Plaza, en 1805.

El Historiador Hernán Gómez publica en uno de sus libros una carta que habría escrito Juan Bautista a su amo desde Buenos Aires en momentos en que sucedían las invasiones inglesas (1806 - 1807) En ella da cuenta de haberse salvado milagrosamente de ser degollado por los ingleses, junto a Gregorio.

Expresa que el clima no le sienta y que esta enfermo de cólico y se queja de los pocos cuidados que le presta el Señor Riera. Finalmente pide autorización a su amo para regresar a Corrientes.

Sin embargo, Juan Bautista Cabral no figura en la nómina de Cazadores Correntinos, grupo que se incorpora en la lucha contra los ingleses.

Si tenemos en cuenta la tradición, Cabral tenía entre 18 y 20 años cuando se sucede el histórico Combate de San Lorenzo, si fuera así durante las invasiones inglesas sería un niño de 7 u 10 años. Entonces la ley permitía la incorporación de los jóvenes a partir de los 14 años. Cabe la posibilidad que haya acompañado a un amigo de su amo llamado Gregorio y que él menciona en las cartas en dicha oportunidad.

Según la tradición por un Informe de Doña Tránsito Cabral de la Fuente, de 98 Años,(1938) descendiente del matrimonio que le dio trabajo, al enrolarse Juan Bautista, el patrón le dio el apellido, sostiene Hernán Gómez, ex Presidente de la Junta de Estudios históricos de Corrientes.

La sobrina nieta del Sacerdote José de Casajús, doña Tomasa, poseía una merced de tierras en la localidad, a dos leguas y medias la nordeste, donde vivió cuando niña. Sus padres, Don Francisco Javier de Casajús y Ruiz de Bolaños y doña Rosa de Jericó de Casajús y Pesoa, recibirán la visita de sus amistades y parientes, entre quienes se contaba don Eugenio Tomas Cabral de Alpoin , que con su familia , criados , peones y esclavos se hallaban en la estancia cuando una de las criadas, Carmen dio a Luz un niño al que se bautizó con el nombre de Juan Bautista y que concibió con el indio Francisco peón de la familia.

Como era costumbre, Carmen, recibe el apellido de la madre de don Eugenio Tomás, llamada doña María Robledo. Al casarse Luis Cabral, hijo de Eugenio Tomas con doña Tomasa Casajús y Casajús, en 1805, pasaron a habitar una vivienda del pueblo de

Saladas (donde hoy es el Museo), ubicada frente a la plaza y haciendo cruz con la Parroquia, llevando con ellos al personal de servicio, entre quienes se encontraba Juan Bautista Cabral que vivió hasta octubre de 1812 en dicha casa, pues se traslado luego a Corrientes para incorporarse al contingente que integro el Regimiento a Granaderos a Caballo.

El período transcurrido desde esa fecha hasta que viajaba a Buenos Aires para incorporarse al Regimiento de Granaderos a órdenes de su comprovinciano, coronel José Francisco de San Martín, vuelve a perderse en la nebulosa que caracteriza a su corta vida terrena.

Era costumbre de la época que los amos le dieran a sus servidores el apellido. Los patrones varones a los empleados varones y las patronas mujeres a las empleadas de su mismo sexo.

También existen versiones que el apellido de Cabral fue solicitado por Juan Bautista al incorporarse a la leva de tropas que se realizara para luchar contra los realista, que realizara el gobierno de Buenos Aires a través de San Martín. Muchos mestizos o indios aprovechaban estas oportunidades porque al prestar servicios a la Patria podrían obtener en algunos casos libertad y prestigio social.

En el legajo de la Sala X-6 -3-2- del Archivo General de la Nación, se encuentra la nomina de 75 reclutas incorporadas por la leva realizada por el Teniente de Gobernador de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, Teniente Coronel don Toribio de Luzuriaga.

Se incluyen los nombres de tres personas conducidas en calidad de presos y otros once que quedan enfermos en la capital correntina. Suscriben el documento José Ignacio Avendaño, con el visto bueno del citado Luzuriaga. (1982) En la enumeración se advierte la presencia de otro correntino, quien ofrenda su vida en el combate de San Lorenzo. Se trata de FELICIANO SILVA, hijo de Francisco Antonio de Silva y Casajús y de Florencia Navarro - no Silvas ni Florencia, como publican en la Gazeta de 10 de marzo de 1813 - nacido y bautizado en Corrientes el 17 de junio de 1792, advierte de Carranza en opúsculo mencionado.

Dicho contingente partió en la lancha del patrón Pastor Pérez, el 3 de noviembre de 1812, a cargo del Teniente de Milicias de Voluntarios de Caballería, don Juan Bautista Parrety Figueroa.

Luego de cuatro días de navegación por el rio Paraná, desembarcan en Santa Fe, desde allí continúan por tierra y a caballo, pasando alternativamente por Coronada, Capilla del Rosario, de San Pedro y San Fernando, y arriban a Buenos aires, incorporándose solo 50 hombres al cartel del Retiro, el 19 del mismo mes, quienes de inmediato son sometidos a rigurosas instrucción militar. Sin embargo, no todo resultaría satisfactorio para nuestro Juan Bautista, pues su nombre figura entre los internados en el Hospital de Hombres de la Residencia, cuya administración ejercían los hermanos de la Orden de Belén.

En efecto, ingresa en el establecimiento sanitario el 29 de diciembre de 1812 y permanece con parte de enfermo sin consignarse el carácter de la dolencia que lo aqueja hasta el 3 de enero del año siguiente, en que se reintegra a la primera compañía del primer escuadrón del Regimiento. Atestiguan su interacción, los frailes betlemitas

Antonio Severino de San Alberto y Bernardo de Copacabana, con la constancia del Sargento Mayor, José Zapiola y el visto bueno del coronel San Martín.

Nuevamente la "oscuridad" proyecta sombras en torno del saladeño, hasta que en la inminencia del intento de desembarco de fuerzas realistas sitiadas en Montevideo por Rondeau, el Triunvirato ordena a San Martín marchar por tierra al frente de 125 granaderos el 28 de enero de 1813, para proteger las poblaciones costeras del Paraná.

Amanecía el 3 de febrero cuando el militar observa desde el Monasterio de San Carlos Borromeo - conocido como "Monasterio de San Lorenzo" por encontrarse situado en San Lorenzo (Santa Fe) - el despliegue de la flotilla enemiga en un número de 250 efectivos. Sobre la elevada planicie que remata la barranca, tuvo lugar de San Martín, que al caer fulminado aprisiona la pierna izquierda del jinete, quien recibe en la incomoda posición una herida en la mejilla del mismo lado, dejándola una cicatriz permanente. En circunstancia que varios soldados se disponían a rematarlo, Cabral desmonta y sable en mano libera a su jefe del peso que lo oprime, recibiendo dos bayonetazos que lo hieren mortalmente.

El combate se resolvió en fracción de minutos - no más de 15 - y al crepúsculo fueron recogidos los cadáveres del campo de Marte. Se los arrastraba a la cincha de las cabalgaduras, en virtud de su estado de descompensación. Posteriormente, los padres lorenzinos les dieron cristiana sepultura junto al muro de la huerta del convento al pie de unos cipreses, según consta en el Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos.

El arquitecto Mario J. Buschiazzo relata en "El Histórico Convento de San Lorenzo", como los soldados voluntarios ejecutan la excavación de una larga zanja destinada a tumbas de solo medio metro de profundidad, y que la tierra que cubría los cuerpos sobrepasaba dicha superficie, ofreciendo un panorama sobrecogedor. Por su parte, Adolfo P. Carranza, menciona, en el libro "San Martín", la existencia de un acta suscripta en San Lorenzo el 22 de marzo de 1894, que lleva las firmas de Fray Domingo Delfino, a la sazón guardián del convento y del propio Carnaza, director del Museo Histórico nacional, donde consta que los despojos de Cabral fueron inhumados en el "campo santo" del monasterio, lugar en el cual San Martín le erigió un cenotafio que ha desaparecido.

Respecto de las bajas experimentadas por el ejército patriota, Bartolomé Mitre informa en "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana ": "los Granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos 1 correntino, 2 porteños, 3 puntanos, 2 riojanos, 1 oriental y 1 santiagueño, estando todas las demás provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus mas valientes hijos para hacer acto de presencia e la vida y en la muerte"

Pese a la rotunda afirmación de tan calificado, en la Relación de los individuos que han muerto en San Lorenzo, figuran 2 comprovincianos caídos, a saber Juan Bautista Cabral, hijo de Francisco y Carmen Robledo, natural de Saladas, Corrientes, estado soltero. Y en la misma Primera Línea, menciona a Feliciano Sylvas, hijo de Francisco Antonio y de Florencia Navarro, natural de Corrientes, estado soltero. Suscribe el documento, José Zapiola.

El 27 de febrero, San Martín oficiaba al gobierno de Buenos Aires, recomendado a la superioridad el heroísmo puesto en evidencia por aquellos valientes, en esto términos "como se la satisfacción que tendrá V. E (vuestra excelencia) en recompensar las familias de los individuos del regimiento, muertos en la acción de San Lorenzo, o de sus resultas, tengo el honor de incluir a V. E la adjuntan relación de su numero, país de su nacimiento y estado. No puedo prescindir de recomendar particularmente a V. E a la viuda del capitán don Justo Bermúdez, que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también a la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes que atravesado con dos heridas no se le oyeron otros ayes que los de "viva la Patria , muerto contento por haber batido a los enemigos", efectivamente, a las pocas horas feneció, repitiendo las mismas palabras". La generosa actitud del Libertador, inspirada en un sentimiento de estricta justicia, mereció pronta respuesta del Triunvirato, concebida en la siguiente manera.

"Buenos Aires, marzo 6 de 1813. Considérese a las viudas de los valientes soldados que han rendido su vida en defensa de la patria y escarmiento de piratas agresoras, con las pensiones asignada según sus clases, y muy particularmente a la viuda del capitán Bermúdez, fíjese en el cuartel de Granaderos un monumento que perpetué recomendablemente la existencia oficio del bravo granadero Juan Bautista Cabral en la memoria de sus camaradas y publíquese el presente oficio con este decreto y la adjunta nota a la Gaceta Ministerial para noticia y satisfacción de los interesados, tomándose razón en el Tribunal de Cuentas" Al pie hay tres firmas de los Señores del Gobierno y fue publicado en el N° 48 de la Gaceta. En cumplimiento del decreto de marras, se coloco en la entrada del cuartel del Retiro en escudo ovalado con esta inscripción en el centro. "Al Soldado Cabral muerto en la acción de San Lorenzo el 3 de febrero de 1813" . Orlando sus bordes, se lee: "Sus compañeros le tributan esta memoria"

Pastor S. Obligado nos dirá: "Un grupo de soldados, a veinte varas distantes, sin duda reconociendo a un jefe en el herido caído, tiraba una multitud de balas, una de ellas le traspasó el brazo ( al Cnel. San Martín). Un soldado se cortó del grupo y vino a afirmar la boca del fusil en el pecho de San Martín. El peligro era inminente, un soldado de caballería, que estaba tras de Bermúdez, preparó su carabina, partió la bala y el español rodó por tierra muerto antes de disparar su fusil. Aquel soldado era Cabral, lanzóse del caballo, atando el suyo a las riendas del de San Martín y forcejeando logró sacarlo con dificultad, arrastrándolo entre los muertos y heridos hasta alejarlo un poco del peligro". Por testimonio del General Escalada- según atestigua Obligado-sabemos que el Coronel San Martín "sacado de bajo el caballo por Cabral, atolondrado por el golpe, a pie en medio de los caballos que corre, le grita a Escalada, ayudante en comisión aquel día: · ¡Reúnan al Regimiento y vayan a morir!"

Sobre la autenticidad del gesto de Cabral y los hechos que lo desencadenaron, en el Gral. Mitre nos dice que "surgen de los documentos consultados y del relato que de ellos le hiciera el presbítero Julián Navarro en Chile , quien fue testigo presencial de los hechos , pues actuó en el campo de batalla alentando tropas a nuestras tropas.

Juan Bautista Cabral era un granadero sin rango. La posteridad lo ha ascendido a Sargento en un acto justiciero y espontáneo. Fue inhumado con sus otros trece compañeros de gloria, junto al muro sur de la huerta conventual , en la parte exterior de ella.

El combate de su regimiento, asombrado de tanto heroísmo-dice Angel Carranza le erigió un modesto cenotafio, en el antiguo campo santo del cementerio, cuya inscripción ha sido borrada por el tiempo. Este antiguo Campo Santo fue inhabilitado y abandonado después.

En 1881, el jefe del parque Nacional, coronel Domingo Viejo Bueno, encargó al escultor Camilo Ramairone que modelase una estatua de Cabral. Se fundió en bronce en los talleres del Parque, utilizando algunos cañones antiguos.

En 1883 el gobierno Nacional le cede al gobierno de la provincia de Corrientes el cual se colocó en la plaza que tiene su nombre en la capital de esa provincia, en medio de una fiesta popular el 9 de julio de 1887.

El 22 de mayo de 1894, por iniciativa de Dr. Adolfo P .Carranza, Director del Museo Histórico Nacional, se colocó en los muros del cementerio conventual una placa de mármol con el siguiente texto: A la memoria de Juan Bautista Cabral muerto en San Lorenzo el 3 de febrero de 1814, Su abnegación salvo la vida del Libertador.

Cuentan las crónicas oficiales que “en una suerte de síntesis, basta mencionar un episodio del profundo anecdotario sanmartiniano, que pinta de cuerpo entero al hombre y al soldado en circunstancias del bautismo de fuego del Regimiento de Granaderos en San Lorenzo. Sucedió el fugaz combate con la con la escuadra realista, San Martín ordeno formar al escuadrón con frente al majestuoso rio y previo al conmovedor toque de clarín, paso lista de sus hombres. Cuando toco el turno a Cabral, instruyo al sargento de mayor edad que respondiera: ¡Presente! Murió en el campo del honor, pero existe en nuestros corazones ¡Viva la Patria ! ¡Granaderos!. La lección de heroísmo no fue obstáculo para que sus huesos tuvieran el final sin gloria de una fosa común y transcurridos el tiempo, la oscuridad que siempre se abatió sobre su persona continué proyectando sombra se torno del saladero”, sostienen esos escritos.

## Capítulo 9

### Cabral, peón heroico

*-“Así que regresó a Buenos Aires el cuerpo en que sirvió, su agradecido coronel, dando cumplimiento al decreto supremo del 6 de marzo de 1813, mandó colocar en la parte exterior y sobre la gran puerta del cuartel del Retiro un hermoso cuadro conmemorativo de su envidiable muerte, el que contenía la inscripción “Juan Bautista Cabral, murió heroicamente en el campo del honor”, inscripción a la cual saludaban al entrar desde el coronel hasta el último clarín...su tumba, pues, no reclama lágrimas, sino coronas. Cayó como un bravo y la tierra natal lo acogió en su seno, con los brazos de madre. ¡Que su heroica sombra se cierna a través de los siglos, como modelo de tan sublime y sagrado sacrificio!”, cita Fray Herminio Gaitán en su libro “Combate de San Lorenzo”.*

“Aferrado a las bridas del caballo caído de San Martín, es la única acción conocida de Juan Bautista Cabral, la escena más famosa del combate de San Lorenzo, en la que dos bayonetazos en la espalda lo tendieron en los umbrales de la muerte, y desde entonces su nombre se irradia como arquetipo de abnegación y coraje, el primero de la prodigiosa constelación de héroes que asombraron al continente en once años de epopeya libertadora. Paradójicamente, es el más menoscabado de los héroes, negado a veces o casi todo de lo poco que se conoce de él. Se impugna la construcción gramatical y el contenido de sus últimas palabras, consideradas impropias en un joven de rudimentaria educación; se discute el grado de sargento en discrepancia con el ejército argentino que a la escuela de Suboficiales bautizó “Sargento Cabral”; objeta la posición generalizada de sus estatuas, blandiendo el sable dispuesto a descargar el golpe, que no tuvo tiempo de asumir en el combate; cuestiona haberlo erigido en su pueblo natal, sin mirar la casa donde vivió, de acuerdo al proyecto original, sino con la vista dirigida hacia la iglesia, que no conoció. La pérdida del comprobante del bautismo en el incendio del convento de Santo Domingo y sus restos inidentificables en la fosa común de San Lorenzo, que supuestamente lo dejaron sin constancia de su paso por la vida, sirvieron para engendrar la duda de su existencia, que está confirmada en documentos oficiales, algunos firmados nada menos que por San Martín, o negarlo como si fuera una figura ficcionaria. Cabral tiene una dimensión histórica conquistada con el coraje augusto de los héroes sanmartinianos, al que no borrarán de la historia, por negarlo”, comienza el notable e imprescindible libro “Vida de Juan Bautista Cabral y memoria de su pueblo”, del periodista y escritor correntino Ramón Blanco, oriundo de Saldas, el lugar donde naciera aquel peón heroico que brindó su vida en homenaje no solamente a San Martín sino también a un proyecto colectivo del que formaba parte.

-Entre 1606 y 1625 fueron confiscados 9 mil negros introducidos clandestinamente, pero una cantidad mayor eludió el control y la vigilancia, y a partir de 1715 hasta 1750, la firma inglesa “South Sea Company” (Compañía de los Mares del Sur) introdujo 8 mil negros procedentes de Africa y una cantidad superior ingresó como contrabando – escribió Diego Molinari en su obra “Historia de la Nación Argentina”.

Los negros introducidos legal o clandestinamente eran vendidos en el mercado y el depósito de esclavos que desde 1718 existía en El Retiro, lugar donde en 1812 San Martín instaló el Cuartel de Granaderos a Caballos.

Los compradores del interior del Virreinato los embarcaban en carretas o por vía fluvial a sus gobernaciones, como ocurrió con los negros oriundos de Angola vendidos a correntinos.

En las colonias americanas, la abolición de la esclavitud llegó con la independencia de cada país. En las Provincias Unidas del Río de la Plata, la Asamblea General Constituyente, el 12 de marzo de 1813 suprimió la esclavitud de los indígenas, declarados libres y desapareció el tributo que pagaban la mita, la encomienda y el yanaconazgo.

El 12 de febrero de ese año se había proclamado la libertad de vientres declarando libres a los hijos de esclavos nacidos después del 31 de enero de 1813, pero la abolición real de la esclavitud en el país se impuso con la constitución promulgada el primero de mayo de 1853.

Juan Bautista era hijo de Carmen Robledo, descendiente de aquellos esclavos africanos, servidora en la estancia Casajús de las Lagunas Saladas, con el apellido que le dio al bautizarla, María de Robledo, esposa de José Ignacio Cabral Fernández de Arana, nieto de Manuel Cabral de Melo y Apolín, fundador de la familia Cabral en América.

En el año 1720, el entonces teniente gobernador Pedro Bautista de Casajús, amojonó a su nombre tres leguas de frente por tres de fondo, la enorme extensión que durante dos siglos se conoció como Casajús.

Estaba casado con Úrsula Cabral Fernández de Arana, también hija de un teniente gobernador que vinculó a los Cabral con los Casajús. En 1760, el campo quedó a cargo de José Ignacio Cabral Fernández de Arana, esposo de María de Robledo, quienes a su tiempo dieron el apellido a los padres de Juan Bautista Cabral, nacidos en Casajús. En 1778 heredó Tomás Cabral y Robledo, sucedido en 1826 por el doctor Luis Cabral.

Carmen Robledo fue compañera de tareas, entre otros, del indio Francisco, también bautizado con el apellido Cabral. Los cronistas lo describen como callado, grave y taciturno. Tenía 25 años Francisco cuando se casó con Carmen, de solamente 22, en el convento de Santo Domingo. Ocuparon el rancho donde nació la mujer y vivía con su madre, Morena Medina.

Según Lola Lafuente, la última depositaria de la tradición familiar que esta casa nació Juan Bautista Cabral el 24 de junio de 1793 y como todos los nacidos en Casajús fue bautizado en el convento a la vista de la estancia.

Lola era el apodo familiar de María Antonia de los Dolores Lafuente, nacida en Saladas el 10 de octubre de 1874, la mayor de cuatro hermanas que sobrevivió a las menores, convirtiéndose en la última depositaria de la rica tradición familiar.

Atraída por esta pasión heredada del tatarabuelo, tenía registrada cronológicamente la fecha de nacimiento, casamiento y defunciones de la rama de los Cabral y los Casajús de la que descendía, incluido Juan Bautista Cabral, el criado más glorioso de la familia. Un archivo de biografías que se perdió inutilizado por la humedad y las polillas, describe Ramón Julián Blanco.

Agrega que “muy pobre, con escasos recursos de subsistencia, en 1954, el diputado saladeño Pedro Ramón Amil obtuvo para ella una pensión como descendiente de la familia que crió al Sargento Cabral. Por esta pensión legítima tramitada por un legislador, fue sospechada de usufructuar una pensión mediante una documentación apócrifa que circuló por otros carriles. Solo alcanzó a recibir la pensión un año porque falleció el 28 de noviembre de 1956”, sostiene el notable periodista saladeño.

El 2 de agosto de 1818 el convento fue quemado por tropas que respondían a Andresito Artigas. Con aquel fuego se consumió la documentación de más de setenta años de vida religiosa en el paraje y con ella la constancia del bautismo de Cabral.

Algo parecido sucedió con la partida de nacimiento del propio San Martín cuando fue quemada la parroquia “Nuestra Señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú”, el 13 de

febrero de 1817. De allí que el 30 de noviembre de 1935, la Junta de Historia y Numismática, decretó: “Sostener como cierta la fecha del 25 de febrero de 1778 como el nacimiento del General San Martín y no modificarla sino antes de la partida de nacimiento”.

El Archivo General de la Nación guarda la nómina de jóvenes embarcados en Corrientes el 3 de noviembre de 1812 incorporados al Regimiento de Granaderos el día 12, con Cabral figurando en ella. Una internación desde el 29 de diciembre al 3 de enero de 1813 en el Hospital de Hombres de la Residencia de los Hetlenitas, autorizado por el Sargento mayor José Matías de Zapiola y el visto bueno de San Martín. El parte de la victoria del 16 de febrero en el que San Martín exalta el heroísmo de Cabral en el combate, refiere sus últimas palabras y recomienda asistir a su familia. En la nómina de los caídos de San Lorenzo, suscriptas por San Martín el 27 de febrero, figuran los nombres de sus padres y el lugar de nacimiento publicado en “La Gazeta”, página 118 del 10 de marzo, existente en el mencionado archivo. Con esa documentación, además, la foja de servicios con todos sus antecedentes como granadero. También consta el original del decreto 8844 del 10 de noviembre de 1915, que autorizó comprar el terreno donde nació Juan Bautista Cabral y erigir un monumento en el lugar.

El primer monumento al “sargento” se inauguró el 9 de julio de 1877 en la ciudad de Corrientes donde se lo ve luciendo el antiguo uniforme de granadero.

En tanto, en Saladas, el monolito fue inaugurado el 3 de febrero de 1963, al cumplirse los ciento cincuenta años de la muerte de Cabral, construido por iniciativa del director de la entonces escuela nacional número 20, actual 420, Erasmo Armando Gómez.

El 3 de febrero de 1913, al cumplirse el centenario del combate de San Lorenzo, se plantó un retoño del pino histórico, donado por la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral”, presente con una compañía de cadetes; en mayo de 1935, el entonces intendente municipal, Félix Delfino, mandó instalar un molino durante una sequía de cuatro años en el departamento.

Blanco señala que “siempre flotó en el ambiente aquel fracaso de 1897, que frustró la erección de una estatua al sargento Cabral y asumir Julio Canteros la secretaría municipal, renació el proyecto en una concepción original”.

-Paradójicamente, nada trascendió de la niñez y adolescencia de Juan Bautista Cabral transcurridas en el discriminado mundo de los criados, cruel desde la vestimenta de los niños para diferenciarlos de los hijos de los amos, similar en todo el Virreinato. Hombres y mujeres ofertados como objetos, sin importar el talento, las virtudes o sentimientos que como seres humanos debían estar dotados. Tuvieron en cambio, precios y tratamientos de mercaderías. Solo los libros parroquiales de bautismos, casamientos o defunciones certifican el tránsito por la vida de la mayoría de los esclavos. El acto heroico de San Lorenzo, salvó para la historia el nombre de Juan Bautista Cabral, quien si hubiese muerto en circunstancias más oscuras del combate, sería otro de los tantos negros argentinos anónimos que se ofrendaron por la patria en las batallas de la independencia – dice con contundencia y profundidad, Ramón Julio Blanco.

El incendio del 2 de agosto de 1818, como ya fue dicho más arriba, arrasó con los comprobantes de bautismo de Francisco Cabral y Carmen Robledo, del casamiento que los unió y del bautismo de Juan Bautista y seguramente de otros hijos que tuvieron. El registro civil fue creado en la segunda mitad del siglo diecinueve. El de Saladas, en tanto, arranca en 1903, a 110 años del nacimiento de Cabral.

Después vino la mitología.

Por ejemplo, una supuesta participación en las invasiones inglesas.

En la foja de servicios ya mencionada que existe en el Archivo General de la Nación no se habla de esta supuesta intervención.

Mientras vivió en la estancia no estuvo al servicio de Luis Cabral y cuando pasó a servirlo, en 1805, trasladó su domicilio a la planta urbana. Fueron dos etapas que no se dieron simultáneamente, sostiene Blanco.

El casamiento de Luis Cabral significó un cambio para el robusto Juan Bautista, incluido entre los cuatro criados (Ana, María, Angela y él), que Eugenio Tomás Cabral y Robledo cedió a su hijo para la servidumbre de una familia en contacto permanente con la función pública, compartía recuerdos lejanos y recientes de los Cabral y los Casajús, que dieron prestigiosas personalidades al Cabildo y la Iglesia, como Pedro Cabral, primer comandante General de Fronteras, con cuartel general en el fuerte saladeño; José Ignacio Cabral Fernández de Arana, que dio el apellido Cabral a su padre y dejó el recuerdo de alcalde más progresista de San Juan de Vera de las Siete Corrientes; su hijo Eugenio Tomás Cabral y Robledo, que apadrinó el casamiento de sus padres era miembro del cabildo; el doctor Luis Cabral, su amo, fue miembro del cabildo que el 22 de junio de 1810, eligió al doctor José Simón García de Cossio, representante correntino en la Primera Junta surgida el 25 de mayo de ese año y desde el 11 de agosto de 1811, Juan Francisco Cabral era párroco del pueblo.

El apellido Cabral se agotó en Saladas en Tránsito de la Encarnación Cabral, nieta de Luis Cabral, nacida el 14 de abril de 1841. Contrajo matrimonio en Elías Lafuente el 19 de abril de 1783 y tuvieron cuatro hijos que llevaron el apellido paterno: María Antonia de los Dolores, nacida el 10 de octubre de 1874; Manuel Lino Heriberto, nacido el 16 de marzo de 1876; Máxima del Rosario, nacida el 7 de octubre de 1877 y Valeriana de las Mercedes, nacida el 12 de abril de 1881.

Tránsito Cabral de Lafuente fue una mujer enérgica, de firmes convicciones, que en las últimas décadas del siglo diecinueve y la primera del veinte, se distinguió como la voz rectora de su partido en el departamento. Falleció en Saladas, el 23 de setiembre de 1940, a los 99 años, la mayor edad alcanzada en la familia.

Carlos María de Alvear, José Matías Deogracias Zapiola, Francisco Chilavert, Antonio Arellano, Francisco de Vera, Eduardo Kailastz y José de San Martín, llegaron a Buenos Aires el 9 de marzo de 1812.

Una semana después comenzó a trabajar en el cuartel del Retiro y pidió que le trajeran “300 naturales de las misiones”. Sin embargo, el pedido se hizo efectivo cinco meses después, cuando el regimiento ya contaba con 89 incorporados.

El 13 de noviembre de 1812, llegó el contingente de cincuenta correntinos.

Era la consecuencia política de la decisión que tomó el militar peruano Toribio de Luzuriaga, nombrado teniente gobernador de Corrientes en setiembre de aquel año.

Luzuriaga contrató a Pastor Pérez, propietario del lanchón “La Pura y Limpia Concepción”, con capacidad para trasladar cien hombres, agua y víveres.

Cuenta Blanco que Manuel Florencio Mansilla rescató de la tradición familiar el pedido de Juan Bautista al amo “permiso para servir voluntario”. El nombre de Cabral aparece en la nómina de reclutas, publicada por el entonces mayor del Ejército argentino, Arturo Carranza, en la revista “Circe”, en julio de 1996. Ese documento también está en el Archivo General de la Nación.

Explica Blanco que el documento da cuenta de “noveenta reclutas” y contiene, en realidad, 89 nombres. 11 quedaban enfermos aunque al momento de partir se transformaron en 15, disminuyendo a 74 la cantidad de embarcados aquel 3 de noviembre de 1812.

El traslado por vía fluvial, concluyó el día 7 de noviembre en Santa Fe, donde desertaron 24 hombres, que redujo a 50 el contingente que en la madrugada del 8 de noviembre reanudó la marcha a caballo.

-El caso de Juan Bautista Cabral, la incorporación voluntaria es otra prueba que invalida la fabulación de 1807, en la que el presunto autor, pedía volver a Corrientes porque el clima de Buenos Aires le afectaba, pero ahora volvía voluntariamente, a la ciudad que antes abandonó por el clima prejudicial a su salud. Es otro indicio que tuvo ocasión para desertar con aquellos 24, pero no intentó, porque en la foja de servicios, no registra apercibimientos o sanciones, desde el momento de embarcar, durante el traslado ni arrestos, en el corto tiempo de tres meses que estuvo incorporado – agrega Ramón Julián Blanco.

Mientras tanto los españoles asolaban poblaciones en Las Piedras, robaron dinero en la iglesia de San Nicolás de los Arroyos y también desembarcaron en San Pedro.

El 13 de noviembre de 1812, daban de alta a Juan Bautista Cabral en la Primera compañía del primer escuadrón. “Este hijo de una esclava, iniciaba el tránsito hacia la gloria en el lugar donde funcionó el mercado y depósito de esclavos. El general Angel Pacheco, que en 1812 revistaba como cadete de regimiento e intervino en el combate de San Lorenzo, años después, describió a Cabral como un “bizarro granadero, de casi dos metros de estatura, con unos 20 años de edad”, que el historiador santafesino Pastor Obligado, publicó el 9 de abril de 1862 en el diario “La Tribuna”, con el título “El correntino Cabral”.

-Un soldado se cortó del grupo y vino a afirmar la boca del fusil en el pecho de San Martín. El peligro era inminente. Un soldado de la caballería que estaba detrás de Bermúdez preparó la carabina, partió la bala y el español rodó por tierra antes de disparar. Aquel soldado era Cabral, lanzóse del caballo y atando el suyo a las riendas del de San Martín y forcejeando logró sacarlo con dificultades, arrastrándolo entre los muertos y heridos hasta alejarlo un poco del peligro...cuando Bermúdez se presentó a recibir órdenes como el general San Martín lo indicara, herido y cubierto de sangre, San

Martín forcejeaba y se revolcaba en el suelo por salir bajo el caballo, que al caer le había aprisionado la pierna derecha...-relató Pacheco.

Manuel de Escalada agregó: “San Martín sacado de bajo el caballo por Cabral, atolondrado por el golpe, a pi, en medio de los caballos que corrían me gritó: “Reúna el regimiento y vayan a morir”.

Quedaron heridos el capitán Justo Germán Bermúdez y los granaderos Dámaso Zárate, Florencio Navarro, Juan Santos Martínez, Luis Antonio Gelves, Paulino Sosa, Dionisio Delgado y Juan Bautista Cabral. San Martín tenía un tajo en la cara, además de intensos dolores en el hombro por efectos de la caída. El teniente José Díaz Vélez, prisionero de los realistas, fue canjeado bien temprano en grave estado.

Pasadas las 9 de la mañana, en momentos que recogían los cadáveres, expiró Juan Bautista Cabral, asistido por el doctor Julián Navarro, párroco de Rosario que acompañó a San Martín como capellán y certificó dos heridas de arma blanca en la espalda con salida en el pecho, y un orificio de bala sobre el omóplato derecho. En el parte del 16 de febrero, San Martín refiere ambas heridas de bayoneta “atravesado el cuerpo por dos heridas”.

Sus restos fueron a parar a una fosa común junto a la totalidad de los catorce granaderos fallecidos.

En el segundo parte de la batalla que escribió San Martín el 16 de febrero, se puede leer que: “Como se la satisfacción que tendrá VE en recompensar a las familias de los individuos del regimiento muerto en la acción de San Lorenzo o de sus resultas, tengo el honor de incluir a VE la adjunta relación de su número, país de nacimiento y estado. No puedo prescindir de recordar particularmente a VE a la viuda del capitán D. Justo Bermúdez que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también a la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes, que atravesado el cuerpo por dos heridas, no se le oyeron ayes que “¡Viva la Patria, muero contento por haber batido a los enemigos!”. Y, efectivamente, a las pocas horas feneció repitiendo las mismas palabras. Nuestro Señor, guarde a VE muchos años”, escribió quien luego fuera el máximo referente de los ejércitos populares de estos arrabales del mundo.

Vendrán después las polémicas sobre la lengua en la que Cabral dijo sus últimas palabras y las formas de los dichos.

El 6 de marzo de 1813, el Triunvirato autorizó: “...fíjese en el cuartel de granaderos un monumento que perpetúe recomendablemente la existencia del bravo granadero Juan Bautista Cabral en la memoria de sus camaradas y publíquese este oficio con la adjunta nota en la Gazeta Ministerial para noticia y notificación de los interesados, tómese razón en el Tribunal de Cuentas”, según consignó el número 48 de “La Gazeta Ministerial”, del miércoles 10 de marzo de 1813.

-A casi 150 años de enterrados los granaderos fallecidos en el combate de San Lorenzo, el 20 de agosto de 1945, fueron exhumados de la fosa común fragmentos óseos destinados a la urna del soldado desconocido de la independencia que han sido depositados junto al mausoleo del general San Martín en la Catedral de Buenos Aires, sin aclarar en el acta la clase y cantidad de huesos extraídos. En una segunda

exhumación de la misma fosa, el 17 de junio de 1957, el acta detalla los huesos desenterrados: una vértebra cervical, una vértebra dorsal, dos vértebras lumbares, una primera costilla izquierda, una costilla derecha, una costilla izquierda, un fragmento de cúbito, un metacarpiano y un fragmento de huesos celiaco. Una parte de esa segunda extracción se colocó en el propileo del Monumento a la Bandera de Rosario y otra quedó depositada en un cofre que permaneció nueve años en la celda que ocupó San Martín en el convento de San Lorenzo, de donde el 3 de febrero de 1966, fueron pasados a la urna del templete del convento donde está identificada con la leyenda: “Aquí esperan la resurrección futura junto a los misioneros franciscanos, soldados de la paz y el bien, los granaderos caídos en el combate del 3 de febrero de 1813. Los huesos de los 14 granaderos muertos en San Lorenzo no correspondían ser exhumados como “soldados desconocidos de la independencia” porque se conocían los nombres de todos ellos. Murieron por la independencia, pero no fueron soldados anónimos. Eran merecedores de un mausoleo exclusivo en el Campo de la Gloria donde estaban inhumados, para esperar “la resurrección futura junto a los misiones franciscanos, soldados de la paz y el bien” – escribió Ramón Julián Blanco.

Agrega que el 16 de marzo de 1812, San Martín pidió al Triunvirato 300 naturales de las misiones y “en el bautismo de fuego del regimiento para el que los solicitó, Juan Bautista Cabral, hijo del indio Francisco murió al sustráelo de la muerte. Pidió indios para formar con ellos la base del regimiento y será el hijo de un indio que sacrificará la vida para preservar la suya. Aunque no provenía de las misiones, llegó desde la provincia que albergó a la misión donde naciera. Sus destinos providenciales los guiaba hacia ese punto de la historia. Así como la fecha del nacimiento de su padre (3 de febrero de 1718), coincide con la muerte de Cabral, el convento donde inhumaran a la madre del Libertador, pertenecía a la misma orden religiosa del convento que registró el bautismo de Cabral”.

Blanco termina diciendo que “nacido cerca de un convento, Cabral murió en el patio de otro convento, cuyo suelo le sirvió de sepultura. No es utópico suponer entonces, que algunos de sus huesos acaso estuvieron entre los restos exhumados el 20 de agosto de 1945 con destino a la urna del “soldado desconocido de la independencia”, depositada en la capilla de la Catedral de Buenos Aires, al lado del Mausoleo del general San Martín y, desde entonces, transcurren la eternidad en el mismo recinto, en la consumación perfecta del plan providencial que diseñó sus destinos”, concluye.

El 12 de agosto de 1904, al crearse la Escuela de Suboficiales con el nombre de “Sargento Cabral”, quedó testimoniado el reconocimiento por el Ejército Argentino al ascenso post mortem dispuesto por San Martín. Finalmente, el 22 de julio de 1971, el ejército peruano, le otorgó la Gran Cruz al mérito militar con el grado de Oficial y un diploma con carácter póstumo, que se exhiben en el Museo del Regimiento de Granaderos a Caballo.

## Capítulo 10

### Hechos

*Bertolt Brecht.*

*(Escritor alemán, 1898 – 1956)*

*Preguntas de un obrero ante un libro*

*Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?  
En los libros figuran los nombres de los reyes.  
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?  
Y Babilonia, destruida tantas veces,  
¿quién la volvió a contruir otras tantas? ¿En qué casas  
de la dorada Lima vivían los obreros que la construyeron?  
La noche en que fue terminada la Muralla china,  
¿adónde fueron los albañiles? Roma la Grande  
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?  
¿Sobre quiénes triunfaron los Césares? Bizancio, tan cantada,  
¿tenía sólo palacios para sus habitantes? Hasta en la fabulosa  
Atlántida,  
la noche en que el mar se la tragaba, los habitantes clamaban  
pidiendo ayuda a sus esclavos.  
El joven Alejandro conquistó la India.  
¿El sólo?  
César venció a los galos.  
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?  
Felipe II lloró al hundirse  
su flota. ¿No lloró nadie más?  
Federico II ganó la Guerra de los Siete Años.  
¿Quién la ganó, además?  
Una victoria en cada página.  
¿Quién cocinaba los banquetes de la victoria?  
Un gran hombre cada diez años.  
¿Quién paga sus gastos?  
Una pregunta para cada historia.*

Hacia 1778, año del nacimiento de José de San Martín, durante el virreinato de Vértiz, la Aduana se establece en Buenos Aires. Es autorizado el libre comercio con España y las Indias, una iniciativa de gran importancia en la evolución del último período colonial, sostiene el investigador Jorge Rivera.

La economía del interior se sustenta sobre la base del comercio de mulas con el Alto Perú, la construcción de muebles y carretas –Tucumán-, la vitivinicultura –en Cuyo, La Rioja y Catamarca-, las tejedurías –Catamarca, Córdoba, Santiago del Estero, Corrientes-, la minería –Alto Perú-, la ganadería –el litoral-, la agricultura –Tucumán y Santiago del Estero-, la producción de yerba mate –Paraguay-, aguardiente, cigarrillos, artículos de cuero, plata y madera, la labor de los astilleros y carpinterías de ribera –Paraguay, Corrientes y Santa Fe- y el trabajo de las lomillerías y talabarterías, entre otras producciones.

En términos relativos, la población se distribuye armónicamente en las grandes áreas del litoral e interior, una característica que se modificará de manera sustancial a fines del siglo siguiente. Comienza el auge del contrabando.

En algunos documentos de la época se habla de los precursores del gaucho –sobrevivientes de las grandes vaquerías del siglo XVII y primera mitad del XVIII- como de “gaudiosos vagabundos y gente ociosa”.

La mayor parte del comercio exterior –expedido desde Buenos Aires- se basa en la exportación de cueros, astas y sebos.

En 1783, se organiza el régimen de intendencias, un dato de enorme gravitación que culminará en 1795 con un dictamen del síndico procurador del Cabildo – Cornelio Saavedra- que impide la formación del gremio en nombre de la libertad de trabajo. Ocaso de los gremios en su concepción medieval.

En 1806, en tanto, la primera invasión inglesa al Río de la Plata. En junio de aquel año las fuerzas de Beresford ocupan Buenos Aires. Liniers organiza la resistencia y reconquista la ciudad. Aparecen los primeros cuerpos militares criollos, entre ellos el de Patricios, comandado por el alto peruano Saavedra.

Un año después, la segunda invasión inglesa al mando de Whitelocke. Ocupación de Montevideo. El virrey Sobremonte es reemplazado por Liniers. El 7 de julio se produce la capitulación de los ingleses en Buenos Aires.

En 1809, se produce el alzamiento de Alzaga. Liniers es destituido por la jUnta de Sevilla. Rebelión en Chuquisaca, en el Alto Perú. Cisneros ocupa el cargo de virrey del Río de la Plata. En noviembre el nuevo virrey declara la libertad de comercio con los ingleses, una decisión fundamental en la historia, pues contribuirá al rápido deterioro de las manufacturas del interior y el consiguiente empobrecimiento de las provincias, impotentes para competir con la baratura de las manufacturas inglesas.

Luego de la revolución de mayo de 1810, empiezan las primeras acciones de la guerra independentista que se prolongará hasta la batalla de Ayacucho, en 1824, y tendrá decisiva incidencia –a través de las sucesivas levas y llamados a las armas- sobre la

cantidad, características, estabilidad y valor de la mano de obra ocupada en las industrias regionales y en las faenas rurales. Se funda la Cámara Comercial británica, un paso adelante en el proceso de penetración y consolidación de los intereses ingleses en el Río de la Plata.

El 28 de febrero de 1811, se produce el grito de Asencio en la Banda Oriental. También surge el pronunciamiento de los orilleros del 5 de abril. Y aparece en escena el primer triunvirato con Bernardino Rivadavia como secretario.

En 1812 se declara libre de derechos la exportación de carne salada y la importación de útiles y materiales para el desenvolvimiento de los saladeros que vivirán su etapa de pleno desarrollo entre 1815 y 1835.

Estalla el motín del 8 de octubre, donde San Martín y el ejército apoyan reclamos populares que provocan la caída del primer triunvirato. Artigas, por su parte, invade la Banda Oriental para luchar contra los realistas.

*-Muchas veces se juntan cuatro o cinco, y a veces más, con el pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo. Se convienen en un día para comer la picana de una vaca o novillo: le enlazan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, le asan mal y medio cruda se la comen sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia...pero lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo que juntan en el vientre, y con sólo una brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de las vacas prenden fuego a aquel sebo, y luego que empiezan a arder y comunicarse a la carne gorda y huesos, forma una extraordinaria iluminación, y así vuelven a unir el vientre de la vaca, dejándola toda una noche o una considerable parte del día, para que se ase bien, y a la mañana o tarde la rodean los gauderios y con sus cuchillos van sacando cada uno el trozo que le conviene, sin pan ni otro aderezo alguno, y luego que satisfacen su apetito abandonan el resto, a excepción de uno u otro, que lleva un trozo a su campestre cortejo – cuenta Concolorocovo.*

En 1813 empieza a sesionar la asamblea. Entre sus principales medidas, la abolición de la esclavitud. Se dan a conocer las instrucciones artiguistas para esa asamblea, uno de los primeros documentos doctrinarios del federalismo rioplatense. Son rechazados los diputados orientales.

Comienza la etapa de los directores supremos a partir de 1814 que se extenderá hasta 1820 y perfeccionará los mecanismos de dependencia del interior a los intereses portuarios, prefigurando muchos de los aspectos sustanciales de la ideología y de la política rivadaviana y unitaria. Crece, sin embargo, el federalismo. Las desinteligencias entre Buenos Aires y Artigas encienden la lucha civil. Güemes inicia la guerra de guerrillas contra los realistas. Eusebio Hereñú derrota a las tropas porteñas en la acción de Espinillo, en Entre Ríos, una de las primeras batallas de las guerras civiles argentinas.

Hacia 1815, Artigas acaudilla la Liga de los Pueblos Libres contra las intrigas portuarias. Estalla el motín de Fontezuelas: el ejército expresa solidaridad con las montoneras y depone al director Alvear. Se implanta del régimen de levas: con la

ordenanza del 10 de agosto se inaugura un sistema discrecional de provisión de soldados y mano de obra, de nefasta memoria, que se prolongará hasta el último cuarto del siglo XIX.

Entre 1816 y 1819, es declarada la independencia, casi cinco mil soldados cruzan las montañas más altas de la Tierra en el cruce de los Andes y el congreso “directorial” sanciona la constitución de las Provincias Unidas.

*En 1815, el Código Rural de la provincia de Buenos Aires terminó con el idilio pastoril:*

*“Todo individuo de la campaña que no tenga propiedad legítima de qué subsistir y que la haga constar ante el juez territorial de su partido, será reputado de la clase sirviente”, lo cual implicaba la absoluta desprotección, la leva forzosa cuando se tenía “papeleta” que justificara trabajo en un establecimiento. El Código Rural era un instrumento que compelia al trabajo asalariado, o a la guerra contra el indio, también interés directo de la oligarquía necesitada de extender los campos para el ganado.*

*Aquella reglamentación del 10 de agosto de 1815, emanada durante el directorio interino de Alvarez Thoma, exigía –además– que “es obligación que se muna de una papeleta de su patrón, visada por el juez. Estas papeletas se renovarán cada tres meses. Los que no tengan este documento serán tenidos por vagos. Se castiga a los vagos con cinco años de servicios en el ejército de línea. Los que no sirvan para este destino, están obligados a reconocer un patrón, a quien servirán por obligación durante dos años, por su justo salario, en la primera vez y en la segunda por diez años”.*

*Horacio Giberti afirmará que el gaucho “como tal” quedaba fuera de la ley, con sus horizontes reducidos a tres alternativas de hierro: “Trabajar, huir hacia las tolderías o llevar una azarosa de proscripto. Las tres salidas abren la puerta hacia la montonera, donde el gaucho habría de encontrar, como aliado o rival, al campesino del interior empobrecido por el librecambio”.*

*Esta situación se hará más aguda hacia 1823, cuando Rivadavia extienda la compulsividad del sistema a la permanencia en el trabajo, al exigir que en la papeleta conste la circunstancia de haber servido con buen comportamiento durante el lapso completo de la contratación.*

*El espíritu de la ordenanza de 1815 nutrirá más tarde el artículo 6° de la constitución rivadaviana de 1826 que suspende la ciudadanía a “los criados a sueldo, peones jornaleros, simples soldados de línea o notoriamente vagos”. Las levas, llevadas a cabo con la mayor arbitrariedad, provocarán un verdadero éxodo en las campañas y en las poblaciones rurales, hasta el punto que en 1827, el gobernador Dorrego regulará su aplicación por entenderlas perjudiciales para las industrias, la ganadería y la agricultura.*

## **Capítulo 11**

### **Belgrano, Artigas y San Martín**

*“...el vestido de los héroes de la Patria, siempre tirados y siempre en trabajos y poco menos que desnudos”, escribió Don Manuel en una de sus 370 cartas reunidas en el llamado “Epistolario Belgraniano”, recientemente editado.*

*El párrafo hace mención a sus compañeros de armas. Los describe como héroes de la Patria. Son anónimos. Pero ellos son los héroes. Los protagonistas de la historia.*

*Para Belgrano, entonces, el sujeto social son las masas anónimas, las que combaten en el interior en pos de una nación americana.*

*“Llora la guerra civil y destruidora en que infelizmente está envuelta la América”,* se lamentaba el dirigente que había sido educado en España en medio de las privaciones económicas propias y las de toda su familia. Se recibió de abogado, volvió y a los 24 años ya era secretario del consulado en Buenos Aires.

Ya estaba “hecho”, según el malversado sentido común de estos tiempos.

Sin embargo repetirá una y otra vez un concepto político existencial desmesurado. Una infranqueable intransigencia contra toda forma de corrupción.

*“Ofrezco a VE la mitad del sueldo que me corresponde, siéndome sensible no poder hacer demostración mayor, pues mis facultades son ningunas y mi subsistencia pende de aquel, pero en todo evento sabré también reducirme a la ración del soldado, si es necesario, para salvar la justa causa que con tanto honor sostiene VE”,* dijo e hizo el abogado economista transformado en militar.

*“No quiero pícaros a mi lado...Lo mismo es morir a los cuarenta que a los sesenta, no me importa y voy adelante, quiero volar, pero mis alas son chicas para tanto peso”.*

¿Cuál era el vuelo que quería remontar Belgrano?.

¿Qué cielo imaginaba para esas masas miserables que lo seguían?.

¿Por qué le achicaron las alas al general?.

Dice y repite que en las revoluciones *“los que las intentan y ejecutan, trabajan las más de las veces para que se aprovechen los intrigantes...es la época de aprovecharse”.* Pero él no se aprovechó. Estuvo siempre a la orden de los distintos gobiernos que se hicieron cargo de un país todavía enemigo de si mismo. De una colonia que quería cambiar de dueño y formar parte, relaciones carnales mediante, con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña.

*“Entré a esta empresa con los ojos cerrados y pereceré en ella antes que volver la espalda...”*, confesó y fue fiel a esas palabras.

Palabras refrendadas con hechos.

Palabras de un político refrendadas con hechos.

Compromiso. Como así se le llamaba a la coherencia en los años setenta del siglo XX también en estas tierras de América latina.

Un compromiso que lo llevaba a la locura.

En Vilcapugio, Belgrano estaba “parado como un poste en la cima del morro, con la bandera en la mano, parecía una estatua”, narran los historiadores. Allí estaba, en medio del desbande, sosteniendo la bandera por la que había sido juzgado.

¿Por qué ese hombre que había logrado un difícil, pesado y fatigoso ascenso social se exponía a la muerte en un sucio campo de batalla?.

También sostienen los cronistas oficiales que Belgrano, en la retirada de Vilcapugio, se ubicó en la retaguardia y cargó un fusil y cartuchera de un herido.

Estaba cargado de ideas y proyectos. Enamorado de un país inventado en las mesas de cafés clandestinos antes de que estallara el 25 de mayo.

*“Crea V que es una desgracia llegar a un país en clase de descubridor”*, dijo en una clara demostración de inteligencia y modestia.

Allí se juega el destino de sus sueños. Las ideas de un grupo de una incipiente clase media que tomó el cielo por asalto y que no entendía que allá lejos, a través de ríos y pampas, allá en el interior, se pensaba y se creía en otras cosas. Será un choque para Belgrano, Castelli y los otros revolucionarios. Eso es lo que connota esta primera impresión de Don Manuel cuando se entrevista con la gente de carne y hueso del país que tendrá que descubrir. *“Esta gente son la misma apatía; estoy convencido de que han nacido para esclavos”*, dijo.

Repitió en abril de 1818: *“todo es país enemigo para nosotros, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones”*.

Diez años de guerra continua en favor del proyecto de la revolución de Mayo lo llevaron a enfrentarse con Artigas aunque sostenía sus mismas ideas políticas y económicas.

### **La revolución belgraniana**

Pero hay un momento de la transformación de la acción política en Belgrano.

El 15 de julio de 1810 escribió los nueve puntos básicos para la Primera Junta de Gobierno surgida del 25 de mayo.

Es necesario un plan que *“rigiese por un orden político las operaciones de la grande obra de nuestra libertad”*.

Allí describía el cuadro de situación heredado del Virreynato: *“Inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y mérito desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios”*.

Ese documento se la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno, a la sazón nombrado como secretario de la Junta. Agosto de 1810. Moreno, entonces, a sugerencia de Belgrano, es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abraza en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Es la misma idea de Belgrano cuando dice que *“las tres quintas partes de la población y territorio del antiguo virreinato, escapan a nuestro control; la plata del Alto Perú, bloqueada por la insurrección del Mariscal Nieto, resulta vital para las finanzas;*

*representan el 80 por ciento de las exportaciones de la capital. Además los españoles europeos siguen conspirando. Nuestro país es inmenso y despoblado; tal es su presente; sólo le queda acechar como un tigre, un futuro que sin duda será de grandeza”.*

Por ello Moreno quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”.

Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infrigiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo

son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

### **La cuestión educativa**

*“Ni la virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensar con dinero sino degradarlos; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos que el dinero o las riquezas, que estas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas, y que adjudicarlas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subroguen el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas*

*a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado...he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras".* Esas escuelas, aún en pleno año 2001, todavía no fueron construidas. Ese es el tamaño de la hipocresía de la historia oficial argentina.

La exacta dimensión de cuatro edificios escolares ausentes en el norte argentino.

A principios del siglo XIX, Belgrano periodista escribía que *"uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin, son las escuelas gratuitas adonde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción; allí se les podían dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine este, decae el comercio y toma su lugar la miseria"*. Es decir, educación y trabajo garantizados por el estado.

Ricardo Caillet Bois sostuvo que *"Belgrano propuso combatir la ignorancia del labrador mediante la fundación de escuelas agrícolas"* y criticó *"la falta de un comercio activo y de buenas comunicaciones. Aconsejó la rotación y diversificación de los cultivos, y la extirpación de las malezas. De paso señaló la importancia de los abonos y la necesidad de impedir la tala forestal en forma irracional. Abogó por el cultivo del lino y del cáñamo, por el establecimiento de fábricas de curtiembres y como la polilla era el enemigo mortal de los cueros apilados, bregó para que la ciencia hallase la ansiada solución. Con el fin de lograr un mejor nivel de la población campesina se manifestó partidario de las explotaciones agrarias por cooperativas, y de la enfiteusis, adelantándose así en doce años a la realización rivadaviana"*.

*"Pónganse escuelas de campaña. Obliguen los jueces a los padres a que se mande sus hijos a la escuela. Y si hubiesen algunos que se resistiesen a su cumplimiento, tomen a su cargo los hijos y póngalos al cuidado de personas que los atiendan. Siempre he clamado por la educación. Sin educación, en balde es cansarse, nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos"*.

## **Lo económico**

Un estado al servicio del mercado interno. Agil y capaz de generar educación y trabajo para todos. Dispuesto a introducir avances tecnológicos. Ese es el pensamiento de Belgrano, político economista.

*"Los hornos del célebre Rumford, sólo se conocen aquí por Cerviño y Vieytes, que los han establecido para sus fábricas de jabón, y seguramente no debería haber casa donde no los hubiese mucho más notándose la falta de combustible, para lo cual no veo que se tomen disposiciones a pesar de nuestros recursos. Estos habitantes tienen todo su empeño en recoger lo que da la naturaleza espontáneamente, no quieren dejar al arte que establezca su imperio, y tratan de proyecto aéreo cuanto se intente con él"*, escribió en setiembre de 1805.

Denunció como periodista del *"Telégrafo Mercantil, Historiográfico, Rural y Político del Río de la Plata"* a los estafadores del pequeño comerciante de la colonia. *"Otro mal imponderable al labrador y a los pueblos, es el de los usureros, enemigos de todo viviente, a estos que tragan la sustancia del pobre y aniquilan al ciudadano, se les debe considerar por una de las causas principales de la infelicidad del labrador, y como mal tan grande, no hay voces con qué exagerarlo"*, sostuvo entonces.

El desarrollo del mercado interno era la obsesión de Belgrano: *"Es preciso no olvidar que el comercio es el alma que vivifica y da movimiento al Estado, por la importancia de cuanto necesita y la exportación de sus frutos y efectos de industria, proporcionando a los pueblos, la permutación de lo superfluo por lo que les es necesario, y*

*facilitándoles recíprocamente, todas las especies de consumo a precios cómodos y equitativos, y que por este medio los derechos y contribuciones moderadas, ascienden a una cantidad considerable, que siendo suficiente para las atenciones públicas, la pagan insensiblemente todos los individuos del estado”, sintetizó en carta al gobernador de Salta, Feliciano Chiclana, el 5 de marzo de 1813.*

Repudiaba la apertura indiscriminada de las fronteras porque *“la importación de mercaderías que impiden el consumo de las del país o que perjudican al progreso de sus manufacturas y de su cultivo y lleva tras si necesariamente la ruina de la nación”*. Agregó que *“si el mercader introduce en su país mercancías extranjeras que perjudiquen el consumo de las manufacturas nacionales. El estado perderá primero el valor de lo que ellas han costado en el extranjero; segundo, los salarios que el empleo de las mercancías nacionales habría procurado a diversos obreros; tercero, el valor que la materia prima había producido a las tierras del país o de las colonias; cuarto, el beneficio de la circulación de todos esos valores, es decir, la seguridad que ella habría repartido por los consumos sobre diversos otros objetos; quinto, los recursos que el príncipe o la Nación tienen derecho a exigir de la seguridad de sus súbditos”,* remarcó. Analizó que los fenómenos de corrupción dentro del estado son proporcionales a la miseria que padecen las mayorías: *“Desengañémonos: jamás han podido existir los estados, luego de que la corrupción ha llegado a pisar las leyes y faltar a todos los respetos. Es un principio que en tal situación todo es ruina y desolación, y si eso sucede a las grandes naciones, ¿qué no sucederá a cualquier ramo de los que contribuyen a su existencia?. Si los mismos comerciantes entran en el desorden y se agolpan al contrabando, ¿qué ha de resultar al comercio?; que se me diga, ¿qué es lo que hoy sucede al negociante que procede arreglado a la ley?. Arruinarse, porque no puede entrar en concurrencia en las ventas con aquellos que han sabido burlarse de ella”*.

Entiende la necesidad de la distribución de las riquezas cuando escribió que *“la repartición de las riquezas hace la riqueza real y verdadera de un país, de un estado entero, elevándolo al mayor grado de felicidad, mal podría haberla en nuestras provincias, cuando existiendo el contrabando y con él el infernal monopolio, se reducirán las riquezas a unas cuantas manos que arrancan el jugo de la patria y la reducen a la miseria”*.

Pero para lograrlo es fundamental la decisión política desde el estado.

*“Nadie duda que un estado que posea con la mayor perfección el verdadero cultivo de su terreno, en el que las artes se hallen en manos de hombres industriosos con principios, y en el que el comercio por consiguiente se haga con frutos y géneros suyos, sea el verdadero país de la felicidad, pues en el se encontrará la verdadera riqueza, será bien poblado, y tendrá los medios de subsistencia y aún otros que le servirán de pura comodidad”,* señalaba Belgrano.

Tampoco desconoció el dolor de la desocupación y su huella hacia el futuro: *“He visto con dolor sin salir de esta capital una infinidad de hombres ociosos en quienes no se ve otra cosa que la miseria y desnudas; una infinidad de familias que solo deben su subsistencia a la feracidad del país, que está por todas partes denotando la riqueza que encierra, esto es, la abundancia; y apenas se encuentra alguna familia que esté destinada a un oficio útil, que ejerza un arte o que se emplee de modo que tenga alguna más comodidad en su vida. Esos miserables panchos donde ve uno la multitud de criaturas que llegan a la edad de pubertad sin haber ejercido otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto”*.

A Güemes le escribió en junio de 1819 una feroz comprobación: *“atúrdase V., en la Aduana de Buenos Aires hay depositados efectos cuyo valor pasa de cuarenta millones*

*de pesos; vea V. si lográsemos que se extrajeran para el Interior, como tendríamos los fondos del Estado por derechos cinco millones que todo lo alentarían*". Este párrafo es una profunda denuncia de la concentración de riquezas de parte del estado de Buenos Aires en contra del interior y a favor de un proyecto contrario por el que pelean los mejores hombres, "los héroes de la Patria", al decir de Belgrano, las mayorías populares, en términos contemporáneos.

Lo cierto que Don Manuel hasta pensó en hacer navegable al río Bermejo, proyecto que hasta ahora, en el crepuscular inicio del tercer milenio sigue siendo una quimera para los argentinos.

En realidad, una clara descripción del movimiento de fuerzas productivas de un país pensado desde adentro en pleno ejercicio del desarrollo del mercado interno para que luego se extienda a otros rubros.

Es el mismo plan de Mariano Moreno, Artigas y San Martín.

El camino por el cual debería sostenerse "la nueva y gloriosa Nación" sobre "la faz de la Tierra", como dicen los versos nunca cantados del Himno Nacional.

He allí el verdadero proyecto político económico inconcluso. El que todavía no se llevó adelante y que requiere una práctica autónoma y coherente con aquellos deseos incumplidos. En esas ideas fuerzas está la suerte de una Argentina para las mayorías.

De allí que Belgrano también sea parte de la necesaria historia política del futuro.

### **Urgencias, corrupción y compromiso existencial**

*"A Dios que el tiempo me apura"*, le dijo en una carta a Moreno, el 8 de octubre de 1810. Confiaba convertir un ejército de gauchos en soldados para presentarlos como tales a sus "compañeros de fatigas por la Patria".

Remató estancias y enfervorizado le indicaba al secretario de la Junta: *"Nada, mi amigo. Ya este edificio no viene abajo, Usted como más joven, lo disfrutará tranquilamente, y cooperando con sus conocimientos a su decoración y grandeza"*.

Atacó la corrupción y la describió.

*"Mi amigo, todo se resiente de los vicios del antiguo sistema, y como en el era condición, sine qua non, el robar, todavía quieren continuar y es de necesidad que se abran mucho los ojos en todos los ramos de la administración, y se persiga a los pícaros por todas partes, porque de otro modo, nada nos bastará. Basta mi amado Moreno, desde las 4 de la mañana estoy trabajando y ya no puedo conmigo"*, redactó el 20 de octubre de 1812.

Una y otra vez habla de la corrupción de los dirigentes que ocupan cargos en el naciente estado: *"Tomando la máscara de patriotas no aspiran sino a su negocio particular y a desplegar sus pasiones contra quienes suponen enemigos del sistema acaso con injusticia, porque desprecian su conducta artificiosa y rastrera"*. Repetía: *"No veo más que pícaros y cobardes por todas partes y lo peor es que no vislumbro todavía el remedio de este mal"*.

Es un apasionado. Siente bronca, impotencia, grita y sigue adelante.

Se siente empujado por una creencia y tiene ideas políticas y económicas para el futuro. Por eso dice frases como estas: *"En vano se quema uno la sangre"*; *"dinero y pólvora y vamos adelante"*; *"la tropa está toda desnuda, después de haber viajado más de 400 leguas, casi siempre con aguas, ni la falta de lienzos, porque estos pueblos se hallan en la mayor miseria"*; *"tengo al ejército falto de todo"*; *"que no se oiga ya que los ricos devoran a los pobres y que la justicia es para aquellos"*; se queja, arde y exige Belgrano ya transformado en militar, lejos de Buenos Aires, de las comodidades que

supo ganarse y a punto de comprobar que la revolución que impulsa lo dejará exiliado en sus propias tierras.

Habla de la “*España Americana*”, una idea que refuerza la interpretación de que la revolución tenía un concepto liberal contra la dominación napoleónica y que fue antimonárquica y antieuropea. Se funda en la identidad que dio el virreynato del Río de la Plata pero se proyecta continental y autónoma. Por eso insiste en su origen, habla de “*los Americanos*”.

“*Siempre me toca la desgracia de buscarme cuando el enfermo ha sido atendido por todos los médicos y lo han abandonado: es preciso empezar con el verdadero método para que sane, y ni aún para esto hay lugar; porque todo es apurado, todo es urgente y el que lleva la carga es quien no tuvo la culpa de que el enfermo moribundo acabase*”, le dijo a Rivadavia el 30 de junio de 1812. Pero Belgrano seguirá adelante.

“*La vida es nada si la libertad se pierde*”, le escribió a Gaspar de Francia en enero de 1812, en cuyo texto subordina la suerte individual a la colectiva. “*No me atrevo a decir que amo más que ninguno la tranquilidad, pero conociendo que si la Patria no la disfruta, mal la puedo disfrutar yo*”, sostuvo Belgrano. Y era cierto.

### **El por qué de la bandera**

“*He dispuesto para entusiasmar las tropas y estos habitantes que se formen todas aquellas y hablé en los términos de la copia que acompaño. Siendo preciso enarbolar Bandera y no teniéndola la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional, espero que sea de la aprobación de VE*”, remitió al gobierno desde Rosario el 27 de febrero de 1812.

“*No había bandera y juzgué que sería la blanca y celeste la que nos distinguiese como la Escarapela y esto con mi deseo de que estas provincias se cuenten como una de las Naciones del globo, me estimuló a ponerla. Vengo a estos puntos, ignoro como he dicho, aquella determinación, los encuentro fríos, indiferentes y, tal vez, enemigos; tengo la ocasión del 25 de Mayo, y dispongo la bandera para acalorarlos, y entusiasmarlos, ¿y habré, por esto, cometido un delito?. Lo sería si a pesar de aquella orden, hubiese yo querido hacer frente a las disposiciones de VE, no así estando enteramente ignorante de ella, la cual se remitiría al Comandante del Rosario y la obedecería, como yo lo hubiera hecho si la hubiese recibido*”, respondió Belgrano a la acusación en su contra por haber inventado la bandera.

“*La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella y se harán las banderas del regimiento número seis, sin necesidad de que aquella se note por persona alguna, pues si acaso me preguntaren por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria para el ejército, y como esta está lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con lo que se les presente*” dijo con amargura y bronca.

“*En esta parte VE tendrá su sistema al que me sujeto, pero diré también, con verdad, que como hasta los indios sufren por el Rey Fernando VII y les hacen padecer con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír el nombre de Rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan*”, desafía Manuel.

“*Puede VE hacer de mi lo que quiera, en el firme supuesto de que hallándose mi conciencia tranquila y no conduciéndome a esa, ni otras demostraciones de mis deseos por la felicidad y glorias de la Patria, otro interés que el de esta misma, recibiré con resignación cualesquier padecimiento, pues no será el primero que he tenido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico*”, remarcó.

“*Mi corazón está lleno de sensibilidad, y quiera VE no extrañar mis expresiones, cuando veo mi inocencia y mi patriotismo apercebido en el supuesto de haber querido*

*afrentar sus superiores órdenes, cuando no se hallará una sola de que se me pueda acusar, ni en el antiguo sistema de gobierno y mucho menos en el que estamos y que a VE no se le oculta...sacrificios he hecho por él*”, terminaba aquella carta del 18 de julio de 1812.

A pesar de haber sido acusado de insubordinación, juzgado en dos oportunidades más por supuesta impericia y perseguido por la indiferencia de Buenos Aires, Belgrano siguió ocho años más bregando por el nuevo país imaginado y soñado en las febriles jornadas de mayo de 1810.

La osadía de haber creado la bandera lo exilió en forma definitiva de los intereses del puerto en relaciones carnales ya con Gran Bretaña.

Su ardiente pasión sería usada para terminar la guerra de la independencia pero sus ideas políticas económicas fueron sepultadas bajo la falsificación histórica y su suerte individual disuelta en la pobreza.

Mitre, sesenta años después, alzaría el pedestal de un Belgrano vacío de contenido, saqueado de sus proyectos y deseos.

Ese es el Belgrano que hay que continuar para que haya futuro en la Argentina.

De eso hablan estas líneas.

### **Soberanía y respeto para los vencidos**

Con respecto a las relaciones con las potencias europeas, Belgrano sugería una posición política abierta pero firme en el concepto de la soberanía.

*“Ellas (las naciones europeas) tendrán cuidado de traernos lo que necesitemos, y de buscar nuestra amistad por su propio interés...es preciso hacerse respetar y que se guarde el decoro debido al gobierno; lo demás nos traerá infinitos males: cuando se mande una cosa, o siquiera se diga, es preciso sostenerla aunque vengan rayos, lo demás se reirán de VS y los burlarán”*, aconsejó.

No son pocas las cartas en las que Belgrano marca el trato que debe dársele a los prisioneros de guerra. Palabras que vienen bien contradecirlas con los dichos y hechos de los generales que dijeron continuarlos en los años setenta del siglo XX.

*“No les falte el alimento precio, tomando las providencias al efecto, del lugar donde deberán parar; que asimismo ningún individuo los insulte sino que sean bien tratados en la carrera toda”*, ordenó en la misma línea de pensamiento de San Martín y hasta del propio Chacho Peñaloza que luego sería ultimado de la manera más perversa.

Este Belgrano que no para de reclamar armas y dinero para los suyos, es un político metido a militar que tiene en claro que la soberanía y los gestos cotidianos hacen a la coherencia y al éxito de un proyecto colectivo y estatal.

Semejantes frases también fueron escamoteadas de la historia oficial y del Billiken.

*“Soy de la opinión, mi amigo, que hasta las acciones felices en la milicia, deben juzgarse”*, sostuvo. Con una concepción de la ética pública distante de los hechos practicados en los últimos treinta años de historia política argentina.

*“El ganado no aparece y yo no lo he de arrebatar de los campos, tampoco los caballos que me dice el delegado directorial, y ni pienso tocar uno que no sea venido de ese modo...desengañémonos, nuestra milicia, en la mayor parte, ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males que tratamos de cortar”*. Era abril de 1819. Un anticipo del saqueo material y humano que se llevó adelante durante el terrorismo de estado entre 1976 y 1983.

### **El desprecio de Buenos Aires**

Un Belgrano que puesto en “descubridor” del país y su gente real, critica los planes hechos desde los escritorios del puerto bonaerense siempre proclive a inclinarse ante lo extranjero y ningunear el interior.

*“Para el tratado, que se criticará por los que viven tranquilos en sus casas y discurren con el buen café y botella por delante, mas he tenido en vista la unión de los Americanos y aun de los de Europa, que otra cosa; y si no me engaño me parece que la he de conseguir...Quisiera volar al Interior; pero es mucho lo que hemos sufrido y después de una acción tan reñida hay mucho que componer, mucho que arreglar; por otra parte, el tiempo de aguas nos es muy perjudicial y se me ha enfermado la gente del maldito chucho, bien que no es extraño pues se han padecido aguas, hambres, viglias y cuanto es consiguiente para haber logrado lo que se logrado”*, describió desde Salta, el 28 de febrero de 1813. Su lector era nada menos que Juan José Paso, otro de los 162 que se atrevieron a inventar un país aquel 25 de mayo de 1810.

*“Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los ayes de los infelices heridos; también son esos mismos los a propósito para criticar las determinaciones de los jefes; por fortuna dan conmigo que me río de todo y que hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia, que no busca glorias sino la unión de los Americanos y prosperidad de la Patria”*, vuelve a desafiar Belgrano.

El puerto lo desprecia. *“De Buenos Aires me apuran, según costumbre, y no quieren creer lo que cuesta cada movimiento del Ejército: ya se ve, están lejos, y no conocen el país, o no lo han estudiado”*, escribía en mayo de 1813.

Exigió coherencia pero sabe que su voz será olvidada en un páramo político. Lo usarán pero no llevarán adelante sus ideas. *“Si los encargados de la autoridad pública en todos los pueblos no ponen su conducta y los sentimientos de su corazón en concordancia con sus palabras, y si unos destruyen por una parte, al paso que otros edifican por otra, a costa de los mayores desvelos y sacrificios”*, apuntó en setiembre de 1813.

Pero Belgrano ya sabía su condena.

Su manera de actuar y pensar, su adhesión permanente al proyecto de Mariano Moreno y su idea de hacer política desde las masas, lo sentencian.

*“Nada puedo remediar, nada puedo hacer; y sólo me pongo en las manos de la Providencia por no caer en una desesperación espantosa”*, escribió en octubre de 1816. Ya había sufrido un tercer consejo de guerra y comenzaba a ser perseguido por sus amores con Dolores Helguero.

Todavía sufriría cuatro años más de soledad.

*“Es preciso revestirnos de paciencia y sufrir la pobreza”*, le confesó a Güemes en enero de 1817.

Un año antes de morir, en marzo de 1819, le escribió al hacendado Cornelio Saavedra y se calificó de formar parte de un grupo de “pobres diablos” que andan “en trabajos”. Saavedra lo ignoró.

Su última carta, la del 9 de abril de 1820, es una confesión de derrotas.

Un descenso personal y colectivo. *“Nada se de la familia desde que salí de esa, no he podido escribir, por mis males, y porque además, las incomodidades del camino no me lo han permitido...Me he encontrado con el país en revolución...”*, dice el texto y luego se pierden las palabras de Belgrano por una rotura del papel.

Ya ni siquiera tiene la bandera de Vilcapugio.

No tiene dinero ni honores. El país que descubrió se hace a imagen y semejanza de los pocos que disfrutaron mientras sus vísceras se enfermaban al conjuro del desprecio de sus ideas políticas y económicas.

Se murió el 20 de junio de 1820. Le pagó a su médico de cabecera con una incrustación de oro que tenía en su dentadura.

El estado nacional conformado después de los años setenta del siglo XIX lo convertiría en un héroe de la abnegación y nada más que eso. Al servicio de la imagen de un político sumiso frente a los militares. Le otorgarán el rango de creador de la bandera pero jamás contarán que era un símbolo para enfrentar la indiferencia. Un símbolo para movilizar a los anónimos en pos de un proyecto nuevo, distinto. Tampoco se dirá que semejante invención mereció la desaprobación y su primer consejo de guerra.

Belgrano fue un político que pensó un país para las mayorías desde un estado que fomentara una economía basada en el mercado interno, la educación, el empleo y la soberanía política en relación íntima con los demás países de América del Sur.

El sujeto histórico para Belgrano eran las masas del interior del país.

Creía en la honestidad y en la ética pública como concepto preliminar para exigir morales individuales. Donó, permanentemente, la mitad de su sueldo.

Nunca renunció a la lucha iniciada en los días de mayo de 1810.

Este Belgrano desconocido, desfigurado por tantas avenidas, bronce, parques y monumentos, es el que necesariamente les habla a los contaminados por la indiferencia que el sistema esparce entre los que son más en estos arrabales del mundo.

No solamente su proyecto es indispensable para modificar el presente, sino también su pasión por transformar las individualidades a partir de la ética y la coherencia de los dirigentes.

### **La suerte de una carta**

Jesualdo Sosa, escritor y maestro uruguayo, en su libro “Artigas, del vasallaje a la revolución”, sostuvo que hacia 1819 se produjo un intento de acercamiento entre el caudillo oriental y San Martín que no se concretó.

“Este año 19 que comienza, no presenta para Artigas, mejor rostro, a pesar de los triunfos de sus tenientes en el Litoral, quienes le aseguran cierto reposo en cuanto a Buenos Aires. La resistencia de esta región le está saliendo cara al Directorio. San Martín, el héroe indiscutido del momento no accedió a los ruegos de Pueyrredón para enviar tropas contra las montoneras, a pesar de participar de su política”, comentó el escritor.

Y agregó que San Martín escribió a Artigas: “No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos; lo más sensible es que siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, a la emancipación e independencia absoluta de España...debemos cortar toda diferencia”.

“Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad. Unámonos contra los maturrangos bajo las bases que Vd. crea y el gobierno de Buenos Aires más conveniente y después que no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano, en los términos que cada uno crea por conveniente: mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en contra de los españoles y su dependencia”, sostuvo San Martín desde Mendoza el 13 de marzo de 1819.

La carta nunca llegó a destino.

“Artigas no llega a recibir esta carta que es interceptada por Belgrano, pero la actitud de San Martín acalora el genio de Pueyrredón”, relata Jesualdo.

¿Qué hubiera pasado si San Martín y Artigas comenzaban a intercambiar opiniones, experiencias y proyectos?.

### **Los proyectos económicos y políticos de los dos José**

Cuando San Martín arribó a las Provincias Unidas del Río de La Plata, en marzo de 1812, Artigas ya era el líder popular que condujo la marcha de más de veinte mil personas en octubre del año anterior en lo que se conoció como el éxodo oriental.

Hacia 1820, ambos, San Martín y Artigas, eran considerados enemigos de Buenos Aires por sus posiciones políticas contrarias al directorio que se había apropiado e invertido del proyecto surgido en mayo de 1810, según el Plan de Operaciones pensado y escrito por Mariano Moreno.

Artigas caminaba hacia el corazón de la selva paraguaya, después de guerrear durante una década contra españoles, portugueses, porteños y sus ex lugartenientes, Francisco Ramírez y Estanislao López.

San Martín, en tanto, desde el 2 de abril de 1820, había dejado de ser general a sueldo del estado manejado por la burguesía de Buenos Aires y se convirtió, desde entonces, en general del primer ejército popular en operaciones, el de Los Andes.

Pero en ese tramo de ocho años en el que compartieron el principal escenario de las confrontaciones sociales, políticas y económicas de Sudamérica, Artigas y San Martín, cuando tuvieron la posibilidad de desarrollar sus propias ideas desde el poder regional, mostraron similitudes que terminaron por enfrentarlos a los nuevos dueños del país.

### **La cuestión social y Gran Bretaña**

“El virreinato, creado en 1776, y la Argentina después, iban a ser un embudo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la estructura económica, por cuyo pequeño agujero, el puerto de Buenos Aires, se vertería al mundo la enorme producción de oro y plata del Alto Perú”, sostuvo el historiador Nahuel Moreno.

Para el lúcido Juan Bautista Alberdi, “la organización virreinal fue impuesta por España para perpetuar esta región como colonia y tendía a impedirle ser nación”.

Esta interpretación histórica es vital para relativizar la supuesta traición sanmartiniana al proyecto de una unidad latinoamericana que, en los hechos, no existía.

El propio Simón Bolívar sostuvo que “es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación” ya que tienen “un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América”.

Según Milcíades Peña, “la independencia de las colonias inglesas del Norte produjo la unidad de aquellos estados en los Estados Unidos de Norteamérica. Eso fue posible porque ya existía la estructura de un mercado interno común con intereses capitalistas interesados en soldarlos mediante una sólida unión política”.

Sin embargo, “en las colonias españolas ocurrió lo contrario. Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno, sino hacia el mercado mundial. Y las clases con intereses en el mercado interno eran pequeños productores atrasados, destinados a desaparecer ante la competencia de las muy superiores industrias europeas”.

Hacia 1810 aquel modelo de país diseñado en torno a la exportación de los metálicos del Alto Perú por el puerto de Buenos Aires entró en crisis (la mina de plata de Potosí se inundó y dejó de funcionar) y surgió la ganadería en la zona del Litoral.

En forma paralela, dos años antes de la llegada de San Martín a estas tierras, se fundaba la Cámara Comercial Británica. También en el año de la revolución se estableció el primer saladero, en Ensenada. Había, en Buenos Aires, un poco más de 35 mil habitantes y solamente el diez por ciento sabía leer y escribir. Entre la población se destacaban seis mil negros que luego pasarían a ser ninguneados por la historia oficial.

A fines de 1811 surgió el primer Triunvirato integrado por Paso, Chiclana y Sarratea, con Bernardino Rivadavia como secretario. Son días difíciles para los hombres más comprometidos con la idea de inventar una nueva nación con justicia social y libre de toda dominación extranjera. El 4 de marzo de aquel año 11, fue asesinado Mariano Moreno; el 6 de junio la Junta Grande dispuso el procesamiento de Manuel Belgrano por sus derrotas en Paraguay y Tacuarí; y en diciembre se detuvo y se le inició juicio al orador de la revolución de mayo, enfermo de cáncer en la lengua, Juan José Castelli, por su comandancia al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú. Escribirá en un cuaderno de tapas rojas: “Si ves al futuro dile que no venga”.

En 1815 apareció “Las Higueritas”, cuyos propietarios eran Rosas, Terrero y Anchorena, en Monte Chingolo.

Allí comenzó a invertirse el desarrollo no solamente económico, sino también demográfico del país.

Porque hasta los primeros quince años del siglo XIX más de la mita de la población vivía en la zona del noroeste argentino.

Cuando las fuerzas productivas, la burguesía porteña en relación con Gran Bretaña y la naciente oligarquía ganadera del Litoral y la provincia de Buenos Aires, reemplazaron a la burocracia minera del Alto Perú, la decisión política fue trasladar la guerra por la independencia justamente a los territorios más densamente habitados.

De tal forma la estructura social de las Provincias Unidas del Río de La Plata presentaba a sectores importadores, librecambistas a ultranza; productores para el mercado interno, proteccionistas; y exportadores que viraban en sus posiciones políticas de acuerdo a las coyunturas comerciales.

Por otro lado estaban los quinteros, artesanos y lecheros de los pueblos y ciudades, directamente vinculados al mercado regional. También se debe sumar al sector de los gauchos que “vivían en los intersticios de la sociedad colonial y persistieron cuando el país ya se había independizado”, según describió Nahuel Moreno.

Frente a ese modelo en descomposición, España invadida por las tropas napoleónicas, surgió el interés de Gran Bretaña por las ex colonias peninsulares.

Para Mariano Moreno, autor del programa político de la revolución de Mayo, el ya citado Plan de Operaciones, era necesario “elevar cargos contra el virrey Cisneros y las autoridades españolas por haber atentado contra el bienestar general al conceder franquicias de comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado quebrantos y perjuicios”.

La idea de este ensayo es demostrar que el proyecto de Moreno fue llevado a cabo por Artigas y San Martín y en defensa del mercado interno y por lo tanto, opositor a las ideas de la corona inglesa.

### **El programa político de la revolución de mayo**

Agosto de 1810. El secretario de la primera junta de gobierno, doctor Mariano Moreno es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abraza en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Por ello quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”. Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infrigiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

Sin embargo, las ideas políticas y económicas del Plan de Operaciones serían puestas en marcha por Artigas y San Martín cada vez que les tocó llevar adelante una tarea de gobierno.

He allí un camino abierto y un proyecto todavía no realizado.

### **Los hechos sanmartinianos y artiguistas**

“La mayoría de los próceres de 1810 eran hacendados, comerciantes o barranqueros asociados con alguna casa de comercio británica, “los intereses particulares” que Castlereagh quería formentar. A los tres días de instalada, la Primera Junta levantó la prohibición al comercio con extranjeros; a los quince días redujo los impuestos a la exportación de cueros y sebo, del 50 al 7,5 por ciento; a los 45 días autorizó la exportación de metálico; a los sesenta días suprimió el impuesto especial del 54 por ciento que gravaba a los artículos de algodón del comercio inglés”, indicaron los colaboradores de Rodolfo Walsh y el propio periodista desaparecido en un estudio sobre San Martín publicado por el Centro de Estudios Argentinos “Arturo Jauretche”, en febrero de 1978.

Alberdi escribió que para Buenos Aires, “mayo significa independencia de España y predominio sobre las provincias; la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía sobre el virreinato en nombre de España. Para las provincias, Mayo significa separación de España y sometimiento a Buenos Aires, reforma del coloniaje, no su abolición”.

En ese contexto tanto Artigas como San Martín, representantes de los pueblos del interior, comenzaron a producir hechos políticos, tomar decisiones económicas y establecer líneas diferentes a los intereses que se adueñaron del sueño de mayo.

### **La política de San Martín**

El primer triunvirato, constituido por Juan José Paso, Manuel de Sarratea y Chiclana, resolvió crear un impuesto que gravaba con un 20 por ciento el consumo interno de carne. En forma paralela eliminó distintas tasas que regulaban la exportación.

Semejante decisión de política económica generó la primera aparición pública de San Martín y sus granaderos. Ocuparon la Plaza de la Victoria, la de Mayo, y recién se retiraron cuando fueron designadas nuevas autoridades políticas.

El 3 de abril de 1815 el ejército que el director Carlos Alvear había enviado para reprimir a los artiguistas se sublevó contra la autoridad porteña. En Mendoza, en tanto, San Martín reunió a una Junta Militar que llamó tirano a Alvear y un cabildo abierto declaró rotos los vínculos con Buenos Aires. San Martín dejó de ser comisionado de la ciudad puerto y fue designado gobernador “electo por el pueblo”.

Setiembre de 1816. A los pies de la cordillera de Los Andes, San Martín sabe que no encontrará aliados entre los porteños o los representantes de la burguesía, por ello encara la alianza con los indios del sur mendocino.

“Los he convocado para hacerles saber que los españoles van a pasar del Chile con su ejército para matar a todos los indios, y robarles sus mujeres e hijos. En vista de ello y como yo también soy indio voy a acabar con los godos que les han robado a ustedes las tierras de sus antepasados, y para ello pasaré Los Andes con mi ejército y con esos cañones...Debo pasar por Los Andes por el sud, pero necesito para ello licencia de ustedes que son los dueños del país”, les dijo San Martín.

El 27 de julio de 1819, San Martín afirmó: “...Andaremos en pelotas como nuestros paisanos los indios: seamos libres y lo demás no importa nada”.

El 27 de agosto de 1821, ya en el gobierno de Perú, decretaría la abolición del tributo por vasallaje que debían pagar los indios a los españoles, la eliminación de la mita, la encomienda y el yanaconazgo y los declararía “peruanos” para intentar zanjar las diferencias del propio lenguaje. De tal forma seguía los mandatos que en su momento, ante la Puerta del Sol en Tiahuanaco, dispuso Juan José Castelli al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú cuando declaró ciudadanos e iguales a todos los indios.

En 1819, San Martín volvió a desobedecer al gobierno de Buenos Aires, representante político de los comerciantes porteños aliados a Gran Bretaña y a los propietarios de saladeros del Litoral que le ordenaba marchar contra el interior rebelado. Buenos Aires quería que reprima a las montoneras de López, Ramírez y Bustos. San Martín repitió su negativa.

Ya en Chile, en 1820, San Martín comunicó la necesidad de elegir un nuevo jefe ya que el gobierno de Buenos Aires había cesado. Sin embargo, aquel 2 de abril, los soldados de aquel primer Ejército Popular Latinoamericano en Armas, el de Los Andes, suscribieron un acta en la ciudad de Rancagua. “Queda sentado como base y principio que la autoridad que recibió el General de Los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable”.

“Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que orgullo nacional, pero para defender la libertad y sus derechos, se necesitan ciudadanos...a pesar de todas las combinaciones del despotismo, el evangelio de los derechos del hombre se propaga en medio de las contradicciones”, sostuvo San Martín en distintas ocasiones.

Era su plataforma política: liberación nacional y continental, derechos políticos que garanticen la dimensión de ciudadano y respeto por los derechos humanos.

“La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos”, reglamentó cada vez que se hizo cargo de gobiernos estatales, regionales o nacionales, en Cuyo y Perú respectivamente.

Para el equipo de investigación de Walsh, “revolucionario en 1812 y 1815 contra gobiernos impuestos por Buenos Aires contra la voluntad de los pueblos; gobernador elegido por el pueblo cuyano; general en jefe reconocido por sus oficiales por un mandato originado en la salud del pueblo, pero sumiso al legítimo Congreso peruano; nunca creyó que la obediencia militar fuera un valor más alto que la soberanía popular. Este es el verdadero San Martín que desde hace un siglo es ocultado al pueblo soberano y a los militares que deben servirlo”.

### **La política de Artigas**

“Un puñado de patriotas orientales cansados ya de humillaciones habían decretado su libertad en la orilla de Mercedes”, sostuvo José Gervasio Artigas el 7 de diciembre de 1811. Se refería al llamado Grito de Asencio, producido entre los días 27 y 28 de febrero de aquel año. Surgía el ejército oriental: “fuertes hacendados, arrendatarios o meros poseedores de la tierra cuyos hombres movilizaban la vecindario; los paisanos

peones de estancia, los hombres sueltos; los curas patriotas, portavoces del ideal revolucionario; los indios tapes de las tierras misioneras, los charrúas y los minuanes; los negros esclavos fugados de sus amos que buscaban entre las columnas patriotas su liberación”, describieron los historiadores uruguayos Cristina Martínez y Carlos Alcoba. Era un frente social policlasista, similar al constituido por San Martín desde Cuyo.

Pero el liderazgo político de Artigas se manifestaría con una fuerza elocuente en el denominado éxodo del pueblo oriental, en octubre de 1812.

Por diferencias políticas, sociales y económicas con Buenos Aires, Artigas decide dejar el sitio a Montevideo todavía ocupado por españoles.

Ocho mil familias siguieron al líder hasta la actual provincia de Salto en Uruguay.

Ocho mil familias que dejaron sus casas, sus ocupaciones, sus penurias, el lugar de su historia existencial para seguir el proyecto de un hombre que decía que “los más infelices serán los más agraciados”.

¿De dónde surgía semejante poder de convencimiento si no es porque Artigas y sus palabras no representaban las necesidades de las mayorías de la Banda Oriental?.

Más de veinte mil personas detrás de Artigas y su proyecto.

“Sólo a los pueblos será reservado sancionar la constitución general...Como todos los hombres nacen libres e iguales, y tienen ciertos derechos naturales, esenciales e inalienables, entre los cuales pueden contra el de gozar propiedad y, finalmente, el de buscar y obtener la seguridad y la felicidad, es un deber de la institución, continuación y administración del gobierno, asegurar estos derechos, proteger la existencia del cuerpo político y el que sus gobernados, gocen con tranquilidad las bendiciones de la vida, y siempre que no se logren estos grandes objetos, el pueblo tiene un derecho para alterar el gobierno y para tomar las medidas necesarias a su seguridad, prosperidad y felicidad”, indicó en su proyecto de Constitución para la Provincia Oriental en 1813.

El sujeto histórico en el ciclo artiguista es el pueblo movilizado y su legitimidad se expresaba a través de asambleas y la posibilidad de cambiar los gobiernos si no respondían a los principios enunciados y prometidos.

Artigas sabía que su enfrentamiento en la dinámica de la guerra por la liberación nacional contra los españoles primero y luego contra los portugueses, lo llevaría a ser perseguido por los intereses minoritarios que se habían expropiado de la revolución de mayo.

Porque su respeto a la soberanía popular implicaba una lucha por la igualdad que estaba en contra de los privilegios de las clases criollas dominantes.

Artigas terminó siendo la expresión de la guerra por la liberación nacional, por un lado, y la síntesis de la liberación social, por otro.

El oriental lo sintetizó muy bien: “tienen miedo que la cría se vuelva respondona”.

Es decir, la estatura y dimensión política de ciudadanos que el artiguismo dio a las masas del Litoral era intolerable para aquellos que querían mantenerlas bajo su explotación, política y social.

En este contexto se explica la carta que escribió el director supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Gervasio Posadas, cuando se preguntaba: “¿Qué me importa que el que nos haya de mandar se llame rey, emperador, mesa, banco o taburete?...los orientales deben ser tratados como asesinos o incendiarios...sin olvidar que la destrucción de los caudillos Artigas y Otorgués es el único medio de terminar con la guerra civil en esta provincia y la de Entre Ríos”.

Y en las actas secretas del Congreso de Tucumán, en 1816, se estableció que Buenos Aires dejaría invadir a los portugueses el territorio de la Banda Oriental a cambio de desterrar para siempre a Artigas y su pueblo insurgente.

La lógica de semejante traición se explica por la profundización de las medidas políticas, económicas y sociales que había dispuesto y llevado a la práctica el Protector de los Pueblos Libres, Don José Artigas.

Esas disposiciones atentaban contra los propietarios, los privilegiados del Litoral y de Buenos Aires.

Era inadmisibles que se repitiera la experiencia concreta del gobierno revolucionario artiguista entre setiembre de 1815 y mayo de 1816.

Sin embargo, aquellas medidas de política económica y social, continuadoras de las expresadas por Mariano Moreno en el Plan de Operaciones, serían establecidas por San Martín en Cuyo, primero y en Perú después.

### **Los años setenta y los derechos humanos**

La película “Estado de sitio” del realizador griego Costa Gavras fue elocuente del resultado de la falsificación histórica y sus efectos en la lectura política del proceso social uruguayo de los años setenta del siglo XX.

La imagen de José Gervasio Artigas estaba presente en los cuarteles policiales y militares que ordenaban la tortura y la vejación como metodología represiva contra los insurgentes políticos en los tiempos de la dictadura de José María Bordaberry.

Y también el retrato artiguista y su bandera azul y blanca cruzada por un banda roja presidía las reuniones de Tupamaros.

El terrorismo de estado se aprovechó del Artigas de bronce, del “padre de la patria”, como militar abnegado y desprendido y símbolo de la identidad de la nación ante los enemigos internos que propugnaba la doctrina de seguridad nacional impulsada por los Estados Unidos para los ejércitos de Sudamérica en la teoría de la Tercera Guerra Mundial.

“Ese” Artigas estaba vaciado de sus hechos económicos, políticos y sociales a favor de las mayorías.

En tanto, las organizaciones políticas reclamaban la democratización del “otro” Artigas, el referente de las luchas colectivas del pueblo uruguayo.

Pero el Artigas concreto, de carne y hueso, el histórico había sido muy claro en relación al respeto por la soberanía popular: “el despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos”.

En forma paralela, el terrorismo de estado en la Argentina también idolatró al San Martín estratega militar, supuesto defensor del orden de los privilegios y enemigo de lo político.

De acuerdo a los distintos testimonios de los sobrevivientes de los 340 centros clandestinos de detención que funcionaron en el país durante la dictadura inaugurada el 24 de marzo de 1976, la imagen de San Martín también estaba en algunas de estas mazmorras en las que se violentaba a mujeres embarazadas y se mutilaba gente joven y anciana.

San Martín, al igual que Artigas, había sido demasiado preciso en torno a las armas del ejército. “La patria no hace al soldado para que la deshonor con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene”, sostuvo el general de Los Andes.

Y agregó en Perú que “la presencia de un militar afortunado es temible a los estados que de nuevo se constituyen...el general San Martín jamás desenvainará la espada contra sus hermanos, sino contra los enemigos de la independencia de la América del Sur”.

Ni San Martín ni Artigas avalaban la prepotencia militar ni mucho menos el desprecio de la voluntad popular.

Sus imágenes presentes en las salas de torturas son el resultado de presentar y difundir durante décadas una historia en la que deliberadamente se despojaron los proyectos políticos, económicos y sociales que encarnaron.

Y, al mismo tiempo, haberlos presentado como los grandes vencedores del siglo XIX, cuando, en realidad, fueron los grandes derrotados, junto al sujeto histórico que expresaron: las mayorías populares.

### **Estado, mercado interno, proteccionismo y desarrollo autónomo**

Más allá de las discusiones sobre la vida personal de los próceres.

Los proyectos económicos y políticos que representaban.

Ocultos para la historia oficial y desconocidos para las renovadas discusiones de fin de milenio.

Ideas y hechos de los dos líderes populares, Artigas y San Martín.

Proyectos inconclusos que sirven para el presente y marcan un camino para el futuro en el que necesariamente “los más infelices” deberán “ser los más agradecidos”.

La permanente y mentada sensación de inseguridad de los crepusculares días del año 2000 tenía para Artigas una solución política, principista y existencial.

“...como el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará un gobierno bajo esas bases, además del gobierno supremo de la nación”, dice Artigas en sus instrucciones del año 1813.

Es decir, para que exista seguridad es necesario que el gobierno primero garantice la igualdad y la libertad.

Un principio político que deberían tener en cuenta los gobernadores del presente en el barrio cósmico latinoamericano.

Ante la invasión de mercaderías extranjeras, la concentración de riquezas en pocas manos y la extranjerización de la banca que hoy sufren los pueblos del sur, las palabras artiguistas no solamente suenan como contraste sino también como proyecto político económico alternativo: “todos los derechos, impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio”.

El sujeto de la historia, el origen de la legitimidad política y el destinatario de la acción estatal son las mayorías populares pauperizadas: “los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agradecidos con suerte de estancias, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la provincia”.

Un gobierno que reparte la tierra y recompensa al trabajo. Reforma agraria en ciernes y protección al mercado interno. Distribución de riquezas desde la decisión política del estado naciente.

Dirá sobre los ingleses: “Abriré el comercio con quien más nos convenga...los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados, y por lo mismo jamás deben imponernos”.

Y repetirá sobre el origen y fin de los impuestos: “los señores comerciantes serán obligados a pagar en nuestros puertos los derechos de introducción y extracción establecidos y acostumbrados en las diversas receptorías según los reglamentos generales”.

“Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la provincia, para

poseer sus antiguas propiedades”. Semejante concepto del estado expropiador por razones políticas estaba en la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno y sería el principal argumento de la obra de gobierno de San Martín, ya sea en Cuyo como en Perú.

Bartolomé Mitre, el inventor de la historia oficial argentina, escribió en “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”, que el programa político llevado adelante por el correntino en Cuyo era un “plan cooperativo económico militar”.

“Se solicitaba todo en auxilio, y luego se devolvía (carretas, caballos, mulas, semillas)” y se exigían “contribuciones ordinarias y extraordinarias”, sostuvo Mitre.

“Secuestró los bienes de los prófugos; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando de sus intereses; impuesto general según el capital de cada individuo, previo catastro (cuatro reales por cada mil pesos de capital); contribución extraordinaria de guerra pagadera en cuotas mensuales; se expropiaron los diezmos; se gravaron los barriles de vino y aguardiente; propiedad pública de las herencias españolas; los trabajos públicos se hacían gratuitamente”, enumeró Mitre en una perfecta descripción de un estado que expropia riquezas según las necesidades políticas del proyecto de liberación nacional al mismo tiempo que da trabajo e iguala a los gauchos, indios con los ex representantes de la oligarquía nativa cuyana.

“A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos”, decretó el gobernador San Martín.

Mitre señaló que “durante tres años el gobierno fomentó la instrucción pública, se mejoraban los canales de regadío y se propagaba por primera vez la vacuna”. A los curas “les recomendaba que en sus pláticas y sermones hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad. Los tuvo que ajustar varias veces por medio de circulares”, apuntó el creador del diario “La Nación”.

Según Ricardo Rojas, otro de los historiadores oficiales de San Martín, “reglamentó el trabajo social en el sentido de suprimir la vagancia, el juego y el delito; creó los decuriones que eran alcaldes de barrios, con amplias facultades para mantener el orden instituido por él” y “el cabildo se convirtió en un cuerpo semejante a una legislatura”.

Para el equipo de investigación que conducía Rodolfo Walsh, “San Martín sentó en Cuyo las bases de una economía independiente, aunque no cerrada y si la Argentina hubiera sido gobernada con el criterio que él usó para crear su Ejército de Los Andes, otro hubiera sido el destino nacional”.

De otro modo, “San Martín no hubiera podido instalar en Mendoza una fábrica de pólvora, una fundición de artillería en la que 300 obreros trabajaban en 7 fraguas, un batán para tejer las telas de los vestuarios, una fábrica de tintas para dar color a los uniformes, e inclusive aplicar la fuerza motriz del agua al batán y el laboratorio de explosivos. En todas estas empresas los trabajadores fueron organizados dividiendo sus tareas y coordinándose en un plan de producción”.

De acuerdo a este punto de vista, “el mismo sentido tiene la reunión concertada en Mendoza de alimentos, animales, tejidos, monturas, capitales, técnicos y mano de obra proveniente de San Luis, San Juan, La Rioja, Corrientes, Córdoba y Buenos Aires; la liberación de los esclavos para que sirvieran al ejército; las explotaciones ganaderas y agropecuarias a cargo de la Intendencia en tierras de particulares; la confección del vestuario distribuyendo su corte y costura entre sastres y mujeres voluntarias que trabajaban bajo un programa coordinado; la recolección en almacenes de ropa vieja que luego se usaba para forrar el calzado; la construcción de 20 mil herraduras para mulas y caballos; la nota de San Martín al gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816

pidiendo que se suprimieran los impuestos a los licores cuyanos y se gravaran los importados para proteger la industria”.

Un completo programa de economía que asentada en el desarrollo del mercado interno, fomentara la industria regional, generara inclusión social y sentara las bases para el crecimiento y la exportación.

En Perú, años después, siguió con estos conceptos políticos económicos. Los mismos se vieron reflejados en el llamado Reglamento de Comercio. Allí dispuso la duplicación de los derechos de importación sobre los artículos que pudieran competir con los del país; eliminó aduanas interiores; decretó que sólo los peruanos podían ejercer el comercio minoristas; prohibió la exportación de metálico; rebajó las tasas aduaneras a los barcos de bandera peruana o americana y creó un banco presidido por el ministro de hacienda, con accionistas particulares nativos y sus fondos se mantuvieron siempre separados del gobierno. “El banco peruano debió cerrar por la oposición del comercio inglés y el Reglamento de Comercio fue modificado por la presión de los mismos intereses cuando San Martín se alejó del Perú”, remarcaron los integrantes del centro de estudios “Arturo Jauretche”.

Para ellos, todos estos hechos “indican que San Martín percibía la estrecha relación entre independencia económica y defensa nacional cuando estos temas no habían sido estudiados aún por ninguna escuela científica ni militar”.

Artigas y San Martín representaron los intereses de las mayorías sociales.

Se convirtieron en sus líderes políticos y sus medidas económicas desde los estados creados impulsaron respuestas concretas para satisfacer las necesidades existenciales de la gente que se jugó la vida detrás de estos dirigentes populares.

La aplicación de estos proyectos políticos, económicos, sociales y educativos generó el rechazo del grupo dominante que se hizo cargo de los resultados de la guerra por la liberación nacional luego de 1816.

De allí que ambos fueran exiliados, desterrados y posteriormente falsificados de acuerdo a los intereses de diferentes grupos de poder, fundamentalmente las fuerzas armadas de Uruguay y Argentina.

Los que siguieron a San Martín y Artigas tenían entre quince y sesenta años.

Ellos abandonaron todo lo material en pos de concretar aquellos proyectos colectivos basados en esas ideas políticas y económicas.

Los que hoy no siguen a nadie, los más castigados por el modelo que se aplica en estos arrabales del mundo, también tienen entre quince y sesenta años.

Pero no saben casi nada de las ideas políticas que hicieron de San Martín y Artigas líderes populares.

Por eso la necesidad de devolver a los dos José a la existencia cotidiana de las mayorías rioplatenses.

De difundir sus ideas políticas y económicas y defenderlos de tanto bronce vacío y discusiones particulares que vuelven a negar el verdadero fundamento de su paso a la posteridad: el haber sido representantes de las masas anónimas que decidieron con sus ideas ser protagonistas y no merca comparsa en la historia del sur de América.

## **Los exilios de San Martín y Artigas**

1820, año límite para el sueño de inventar “una nueva y gloriosa nación”, aquella a la que a sus plantas se rendía el león de la globalización de entonces, Gran Bretaña.

El proyecto político de la Revolución de Mayo, el Plan de Operaciones de Moreno es una leyenda de la que ya nadie habla y la idea de la igualdad se murió en la papeleta del

conchabo que establecía con claridad que solamente tenían derecho aquellos que eran propietarios y los peones obedientes a los patrones de estancia.

En los primeros días del año 20, en la quebrada de Belarmino murieron los mejores oficiales indios de las misiones que seguían al general de los humildes. De los casi veinte mil orientales que hicieron el éxodo en octubre de 1812, solamente quedan 400 sobrevivientes con Artigas.

“Formen la tropa y disuélvanla en mi nombre, que cada uno vaya donde quiera. Yo no pienso pelear más contra los portugueses. Toda resistencia ahora me parece un sacrificio inútil”, dice Don José.

“Nadie mueve a ninguno de los últimos cuatrocientos hombres”, narra Jesualdo.

En uno de los últimos campamentos antes de entrar a Misiones, recibe la visita de dos caciques del Chaco que han atravesado muchas leguas para ofrecerle su indiada.

Cuando tenía 76 años aún su nombre despertaba sentimientos de rebeldía y dignidad, palabras que bien podrían ser sinónimos, en aquel entonces, en este presente.

Lo engrillaron y estuvo seis meses presos en Paraguay.

A los ochenta años lo trasladaron a un rancho en el Ibiray, cerca de Asunción. “Es lo que queda de tantos trabajos: hoy vivo de limosnas”, dijo Artigas.

Murió el 23 de setiembre de 1850, aunque varias veces sufrió distintas muertes, entre otras la que produjo la falsificación histórica, el permanente ocultamiento de sus pensamientos y prácticas políticos y económicos.

1820, el año en que los sueños de Mayo se fueron con los dos José.

San Martín era el jefe del Ejército de Los Andes, del primer ejército popular latinoamericano en armas, como diría el historiador Norberto Galasso. Desde Rancagua en adelante San Martín ya no sería empleado del estado argentino.

Sus ideas políticas y económicas lo dejaron prescindente.

Retiro involuntario por disposición de un gobierno que llevó adelante la más profunda de las reformas del estado argentino: la reconversión de las ideas de Mayo de 1810 en el rol que exigiera cumplir el primer mundo de la época.

Reforma política del estado y San Martín despedido, jubilado sin sueldo, militar en armas pero con dineros chilenos y peruanos.

Antonio Gutiérrez de la Fuente, joven militar peruano, el 22 de mayo de 1822 se embarcó en El Callo con rumbo a Valparaíso. Su misión era llegar a Buenos Aires y pedir apoyo financiero para terminar la guerra de liberación continental. Dos veces habló con Bernardino Rivadavia. El 14 de agosto de 1822 se volvió con las manos vacías.

Según Félix Luna, “Rivadavia dio el golpe definitivo a la expedición pedida por San Martín en 1822; en 1825, los rivadavianos del congreso facilitaron, sin moverseles un pelo, que el Alto Perú abandonara el conjunto rioplatense”.

En 1823, San Martín le escribió a su amigo Tomás Guido: “Ignora usted por ventura que en el año 23 cuando yo por ceder a las instancias de mi mujer de venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un fascineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración...hay alcaldes de lugar que no se creen inferior a un Jorge IV”.

Estanislao López, caudillo santafesino, le remitió a San Martín una esquila en la que comentaba: “Se de manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de usted a aquella capital, será mandado a juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir a Santa Fe y la expedición libertadora del Perú...siento el honor de asegurar a usted que a su solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a usted en el desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la

victoria”. San Martín prefirió seguir coherente a su postura de no desenvainar su espada contra hermanos.

En setiembre de 1824, Rivadavia desnudó su sentimiento hacia San Martín en una carta dirigida a Manuel García: “Es de mi deber decir a usted para su gobierno que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él”.

### **La reaparición de San Martín y la continuidad de la falsificación histórica.**

*“Don José”.*

José Ignacio García Hamilton presentó una biografía novelada sobre San Martín, titulada “Don José” en julio del año 2000. En menos de un mes agotó una edición y vendió más de cincuenta mil ejemplares. Cada una de sus presentaciones termina en escándalo debido a la presencia de grupos fascistas que disfrazados de sanmartinianos puros tratan al autor de poco menos que hereje. Así ocurrió en la Feria del Libro de Rosario y también en Mendoza.

García Hamilton se apropia de algunos detalles que distintos historiadores e investigadores fueron revelando en torno a San Martín. La posibilidad de que sea hijo de Diego de Alvear y de la india guaraní Rosa Guarú, hecho que la tradición oral correntina da por cierto y que se puede apreciar escuchando “Memoria de la sangre” del conjunto musical “Los de Imaguaré”; la adicción del general al opio; su gusto por las mujeres; la apertura de una cuenta en Gran Bretaña con fondos oficiales; son algunos de los hechos que despertaron la polémica en torno a la obra del escritor.

Incluso hay reflexiones que pueden democratizar la polémica en torno a la historia oficial. Hace poco tiempo el propio García Hamilton publicó que parte de la sociedad argentina “prefiere tener como progenitor simbólico a un hijo legítimo con sangre puramente europea. Hasta la posibilidad de que fuera adoptado ha sido tomado como un insulto en ciertos sectores recalcitrantes”.

Y terminaba diciendo que “en un país donde hace menos de veinticinco años el terrorismo de estado sustituía la identidad de seres vivos (los hijos de secuestradas embarazadas que luego hacían desaparecer), resulta curioso que no se admita ni siquiera reconsiderar algunos rasgos filiatorios de un hombre que murió hace ciento cincuenta años y cuyos méritos no sufrirían ninguna mengua de confirmarse estos nuevos aportes”.

Para el historiador Hugo Chumbita, “un libro de memorias escrito en el siglo XIX por María Joaquina de Alvear y Sáenz de Quintanilla confirma rumores que recorren dos siglos de historia argentina: San Martín fue hijo del español Diego de Alvear y de una india guaraní, de quien la tradición afirma que se llamaba Rosa Guarú”.

Según su interpretación, “San Martín padeció su destino americano: no saber quién era, el extrañamiento, la ausencia materna, la conciencia de ser hijo de la violencia de los dominadores sobre los pueblos nativos. Se alzó desafiando al mundo de su padre. Transformó su humillación en rebeldía política. La persona, la memoria y la significación de San Martín no son patrimonio de una familia, ni siquiera de un país. Es una figura americana y universal. Es hora de saber quién fue”.

Lo fundamental del dato según el punto de vista de Chumbita es que sirve “para entender y resolver, entre otros enigmas, su venida a América en 1812, sus contradicciones con la élite porteña y su concepción de la revolución, la forma de gobierno y el destino común de los países emancipados”.

Sin embargo, ninguna de estas cuestiones parecen alumbrar la necesidad de revelar y masificar el pensamiento político, económico y social de San Martín.

Es más, al volver la discusión en torno a su comportamiento privado, individual, se lo recorta y se lo separa el sujeto social que le dio la dimensión de hombre público, es decir, las masas voluntarias que lo convirtieron general de Los Andes.

De tal forma se repite la más perversa de las lógicas de la falsificación histórica, aquella que supone que los grandes hechos son protagonizados y producidos solamente por grandes hombres, por semidioses que están más allá de los demás mortales.

El sistema económico y político que mantiene una estructura social que tiene en el vértice de la pirámide a un reducido grupo privilegiado continúa intocable. San Martín parece ser un hijo directo del status quo o, en el peor de los casos, uno de los principales gestores de la Argentina actual.

*“San Martín y la tercera invasión inglesa”.*

Pero quizás el autor que más cuestione el rol político de San Martín, sea Juan Bautista Sejean en sus dos libros “San Martín y la tercera invasión inglesa”, de julio de 1997, y su reciente “Prohibido discutir sobre San Martín”.

A pesar de las cuatro ediciones de su primer obra, Sejean sufrió los efectos de la censura de los grandes diarios nacionales, hecho repudiable en el marco de la democracia argentina.

Sus textos concluyen en que San Martín fue “el sucesor de Beresford y de Whitelocke, o, para ser más preciso, el jefe de la tercera invasión inglesa al Río de La Plata. Disfrazada, naturalmente, escondida dentro de la llamada “Logia de Lautaro”, especie de envase hermético con etiqueta criolla que contenía la salsa inglesa que supimos digerir”, sostuvo Sejean.

Para el autor, “el golpe de estado del 8 de octubre de 1812 por el cual la logia se encaramó en el poder colocando en los puestos claves del gobierno a sus hombres”, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Alvarez Jonte, favorecieron a los ingleses. Llega a decir que Saturnino Rodríguez Peña “fue innegablemente un agente inglés pues no solamente ayudó a escapar a Beresford sino que también percibía una pensión del gobierno británico y una asignación del general Whitelocke”. Sejean no repara en el hecho de que Nicolás Rodríguez Peña formaba parte de los logistas que respondían a Carlos de Alvear, contrario a los proyectos sanmartiniano, según declaró el general Zapiola a Bartolomé Mitre.

Sejean dice que el abandono que hizo San Martín del ejército del norte para “dirigirse a Córdoba” fue porque en esa ciudad estaba Paroissien, “el primer extranjero que solicitó la naturalización” en el país y dirigía una fábrica militar de pólvora. Con el tiempo Paroissien sería uno de los encargados de comprar dos barcos de guerra con fondos de un empréstito peruano. Para Sejean se trata de un hombre que trabajaba para Londres y que siempre acompañó a San Martín por esa misma razón. No hay mayores fundamentos para adjudicar al correntino una relación contractual o de subordinación a Gran Bretaña por esta relación con Paroissien.

Luego cuestiona la designación de San Martín como gobernador intendente de Cuyo y la declaración de la independencia en 1816. “En 1813 la asamblea constituyente no dio ese paso porque Inglaterra se opuso, según lo sostiene Rosa (por el historiador revisionista José María). En 1816 San Martín presionó para ello -lo dice Terragno- lo que significa que Londres dio la directiva en ese sentido”, remarca Sejean.

Resulta curioso el desarrollo de la lógica del autor. San Martín en 1813 apenas comenzaba a producir hechos políticos como el alzamiento de octubre del año anterior y la batalla de San Lorenzo y tres años después, siendo gobernador de Cuyo, demanda una rápida decisión política para la declaración de la independencia. La conclusión

parece descansar más en los aspectos del desarrollo de los hechos internos y del proyecto sanmartiniano que en las decisiones tomadas supuestamente desde Londres en 1816.

A posteriori señala la comunicación de la independencia de Chile a lord Castlereagh, la orden de partir hacia el Perú, la independencia del mismo país, su partida de la tierra de los incas como consecuencia de una resolución de “los amigos (la logia)” y que sería nada menos que una decisión de Gran Bretaña. Dice Sejean que “en su aspecto formal, en su epidermis, su misión no ofrece matices espurios. Empero, detrás de ella se advierte nítidamente entre bambalinas la actuación del titiritero inglés. Duff, Castlereagh, Paroissien, Robertson, dirigían o vigilaban sus pasos estrechamente para la consecuencia de las metas fijadas”. No hay ninguna documentación citada que fundamente semejante serie de relaciones que establezca en una aparente cadena de causas efectos la subordinación de San Martín al imperio dominante del siglo XIX.

Termina diciendo que “los ingleses consiguieron todo lo que habían programado. Dividieron y luego reinaron. San Martín contribuyó sensiblemente para lo primero. Seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

El trabajo es desafiante y polémico y a la vez contradictorio.

Si los ingleses consiguieron “todo lo que habían programado” no fue por obra y gracia de San Martín sino por los sucesivos gobiernos que convirtieron al país en “una de las joyas de la corona de su graciosa majestad”.

Pero he aquí otra vez el vicio de la falsificación histórica: los procesos sociales generan líderes, pero estos expresan la decisión de distintos sectores de un país o de una región.

La derrota del proyecto sanmartiniano, de su economía social puesta en funcionamiento en Cuyo, Chile y Perú, fue consecuencia de la victoria del programa político de la burguesía de Buenos Aires en relación con el capital inglés. El principal referente es Bernardino Rivadavia, enemigo político de San Martín, tanto en lo particular como en lo político. Y el que cobraba como miembro de una empresa inglesa era Rivadavia y no San Martín, como ocurrió con la Compañía Minera de Famatina.

El caso paradigmático de traición a la patria fue el que intentó llevar adelante Carlos de Alvear, enemigo político de San Martín y, según los recientes estudios, medio hermano del general de Los Andes.

El 31 de enero de 1815, Manuel José García, enviado del recientemente designado Director Supremo de las Provincias Unidas, Carlos de Alvear, partió de Buenos Aires con destino a Río de Janeiro para entrevistarse con Lord Castlereagh. Le llevaba una carta del jefe de estado argentino: “Este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y necesita una mano exterior que lo dirija y sostenga, antes que se precipite en los horrores de la anarquía”.

Alvear agregaba más adelante que “en estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único remedio para evitar la destrucción del país”.

Queda claro quién era el que quería la dominación británica.

Sin embargo los ingleses prefirieron seguir con sus negocios. No les interesaba el dominio político y si su colonialismo, primero mercantil y luego financiero. Esa parece haber sido la decisión política después de las derrotas de las invasiones realizadas en 1806 y 1807.

En junio del mismo año, otra vez Alvear, verdadero enemigo de San Martín en lo político, le envió un detallado informe al ministro español que se encontraba en Río de

Janeiro exponiendo la descripción de “la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata que están en insurrección”. Tropas de infantería, caballería, artillería, cuerpos cívicos, informes sobre los trabajos de San Martín en Mendoza, los estragos de la desertión, el ánimo en las montoneras de Artigas, la situación política de Córdoba, Tucumán y Buenos Aires y además de semejante información, “dos semanas después uno de los compañeros de exilio de Alvear -Angel Monasterio, que fuera miembro del Consejo de Estado de Posadas y Alvear- hacía llegar al ministro español un plano de Buenos Aires con el plan de defensa que se había preparado en caso de invasión”, cuenta el historiador Felipe Cárdenas.

Y el 23 de agosto de 1815, Alvear le terminó pidiendo perdón a Fernando VII: “Es muy sensible a un español que nació con honor...presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de un delincuente y con las sombras de rebelde y enemigo de su Rey. Yo habría ido lejos de los hombres a ocultar mi vergüenza, si no conservase una esperanza de poder hacer disculpables mis procedimientos o si conociese menos la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus ministros”.

Sin embargo, después de haber comandado las tropas americanas en Ituzaingó, en 1824, Alvear ingresaría en el olimpo de la historia oficial argentina, mientras que los proyectos políticos y económicos de sus dos principales enemigos, San Martín y Artigas, serían cuidadosamente relegados y ocultados para las mayorías.

Sería bueno saber qué piensa el doctor Sejean sobre las conductas y hechos políticos de Rivadavia y Alvear.

También es interesante observar que el proyecto político sanmartiniano va creciendo a medida que avanza la identificación de centenares de pobladores de las entonces Provincias Unidas del Río de la Plata con sus hechos y acciones.

De tal forma no es ilógico pensar, tal como lo hiciera Mariano Moreno en su Plan de Operaciones, el propio Artigas en su Reglamento de Tierras e Instrucciones a los Diputados, que la guerra de liberación nacional debía ser continental y que, por lo tanto, la idea de la unidad de las nuevas naciones sería paralelo y posterior al proceso independentista, tal como lo consignó el mismísimo Simón Bolívar. San Martín no podía estar en contra de una unidad que histórica y políticamente no existía ni en los hechos ni en los proyectos.

Su ideología era la derivada del liberalismo español que se opuso a la invasión napoleónica y con el cual vino a estas tierras para seguir luchando contra las monarquías, según coinciden la mayoría de los historiadores.

Al mismo tiempo Sejean se contradice porque permanentemente opina que el general trabajaba a sabiendas para la logia y de acuerdo a los planes ingleses pero termina diciendo que “seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

A pesar de esta discusión conceptual y política, de la falta de documentación para fundamentar sus dichos, el libro de Sejean abre una brecha para indagar en los motivos políticos de la falsificación histórica o su proceso paralelo, la construcción de la historia oficial. Sus denuncias sobre las censuras del presente y la publicación del decreto 22.131 del año 1944 que prohibía discutir sobre San Martín, definen con claridad hasta qué punto el sistema necesita preservar ciertas ideas sobre la formación del país para que nadie intente pensar que la nación del hoy es totalmente contraria a los proyectos que sostuvieron algunos de sus prohombres.

*“Maitland & San Martín”.*

Otra de las publicaciones recientes sobre San Martín y sus relaciones con los ingleses es el libro de Rodolfo Terragno, actual ministro coordinador, llamado “Maitland & San Martín”, editado en 1998.

“Al cruzar Los Andes, derrotar a los españoles en Chile y seguir a Perú, San Martín puso en práctica el plan que el general Thomas Maitland le presentara en 1800, en Londres, a Henry Dudas (más tarde vizconde Melville), secretario de Guerra del gobierno de William Pitt El Joven”, cuenta Terragno.

Sostiene que “San Martín buscó el apoyo británico. Esto no lo hace menos patriota. La conducción de toda guerra requiere una política de alianzas. Esto no significa identificarse con los ideales o los intereses de los aliados. El propio San Martín había aprendido en España que las alianzas militares son necesidades transitorias. Durante años arriesgó su vida junto a los franceses en lucha contra aquellos ingleses de los cuales había sido prisionero. Luego, terminó peleando al lado de los ingleses contra el invasor francés”. Según el escritor y actual funcionario, “San Martín no fue un agente inglés”.

Para Terragno, “la campaña de San Martín no fue sólo una magnífica campaña militar. El Libertador presionó por la independencia del Río de la Plata, contribuyó a la creación de Chile, proclamó la independencia de Perú y gobernó ese país. Combinó propósitos políticos y militares y los llevó a cabo al mismo tiempo. Una de las razones por las cuales Gran Bretaña nunca se decidió a aplicar un plan como el de Maitland fue, precisamente, por la falta de un líder de las características de San Martín”.

Termina diciendo que “San Martín demostró ser un líder con aquellas virtudes. Como general fue brillante. Como estadista, visionario. Honrarlo no obliga a ignorar el mérito de Maitland. El oficial escocés concibió, dos décadas antes de la expedición y sin conocimiento directo de Sudamérica, un plan que (está demostrado) era factible y eficaz. La caída del Perú, que ocurrió de un modo similar al sugerido por Maitland, marcó -como él lo previera- el fin del dominio español en Sudamérica”.

A pesar de esta presencia de San Martín en los medios de comunicación del año 2000, su pensamiento político y económico sigue desconocido para las grandes mayorías argentinas.

Como también es preciso remarcar la continuidad de la falsificación histórica.

Otra vez la historia aparece como el producto de los grandes hombres.

Como si nadie hubiera cruzado la cordillera junto al correntino, como si nadie hubiese muerto y sangrado en San Lorenzo, Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

¿O no fueron 3.700 voluntarios los que siguieron a San Martín en la utopía del cruce de Los Andes?.

¿No fueron ellos los que legitimaban al general?.

¿Y por qué lo hicieron?.

Seguramente no fue porque entendían que San Martín era hijo de guaraníes o de españoles, o porque era mujeriego o fiel esposo; tampoco pelearon porque les urgía saber si era masón, agente inglés o monárquico; sino porque los proyectos económicos y políticos que encarnaba eran las respuestas para sus necesidades existenciales.

Esa es la porción de la historia que se sigue ocultando al pueblo argentino.

Y en esa continuidad de la mentira se explica gran parte de la desesperanza de miles de argentinos que no saben dónde encontrar un camino para salir de las injusticias del presente.

**Malditos e indispensables.**

“Maldita sea mi estrella. El general San Martín siempre será un sospechoso en su país”, dijo el general correntino que se reconocía indio y que se opuso al proyecto de la burguesía porteña.

La maldición que alcanzó a San Martín y Artigas no es individual.

Sino colectiva.

La marginación, el olvido construido sobre sus proyectos económicos, políticos y sociales, conforman la derrota de un proyecto que incluía a las masas gauchas y nativas, a los pequeños propietarios y a las economías regionales.

La hipocresía institucionalizada a partir de la construcción de la historia argentina y uruguaya difundida desde la concentración de las riquezas que ahogó al interior y condenó a las mayorías a ser meras espectadoras de los procesos sociales; hizo que se levantaran estatuas, se multiplicaran calles y avenidas, pueblos, comunas y ciudades con los nombres de los exiliados, perseguidos, desocupados y censurados San Martín y Artigas.

Tanto bronce, tanta mentira, ocultaron los proyectos político, social y económico de ambos José.

La historia oficial los elevó a padres de la patria luego de haber ocultado sus derrotas frente a los intereses de las burguesías y oligarquías del Litoral, el Plata y las provincias de Buenos Aires y parte de la mesopotamia argentina.

La suerte de individual de Artigas y San Martín fue la suerte de las mayorías que le habían puesto del cuerpo a las ideas de la revolución de mayo.

Jubilados sin sueldos, despedidos de los estados nacientes por sus ideas políticas y económicas, San Martín y Artigas constituyen una imagen del presente: víctimas, como millones de personas, de un sistema de economía concentrada al servicio a los intereses de los dueños de la globalización.

Sin embargo, ambos forman parte del necesario ideal existencial que descubrirán las nuevas generaciones americanas.

Cuando los pibes del nuevo milenio vuelvan a morder los privilegios y se enamoren de los viejos proyectos aún por ser, Artigas y San Martín volverán a caminar con ellos para completar sus proyectos de igualdad, libertad y justicia para los que son más en estos barrios cósmicos del sur.

## Capítulo 12

### Rivero, tercer milenio

*-...Gaucha fue de por vida para Rivero un apelativo por antonomasia, apelativo del cual jamás pudo separarse porque representa un herencia muy grande como para perderla. Él era y sería por siempre y para siempre, el gaucha Rivero, en honor de aquel que entregó su vida en Montevideo por un mundo mejor...-cuenta Hugo Alberto Bottazzini en su libro "Rivero".*

La cancha chica del fútbol muestra cómo funciona la cancha grande de la realidad.  
El primer torneo oficial de 2012 llevó por nombre Torneo “Crucero General Belgrano”,  
Copa “Gaucha Rivero”.  
La Asociación del Fútbol Argentino y la empresa IVECO decidieron estampar dos  
nombres vinculados con la historia profunda.  
Ambas denominaciones aludían a los 30 años de la guerra de Malvinas.  
El 2 de mayo de 1982 los ingleses hundieron al crucero fuera de la zona de exclusión y  
produjeron la muerte de 323 soldados argentinos.  
De allí el nombre del torneo de la AFA.  
Pero la denominación de la copa rescataba del fondo de la memoria la experiencia de un  
peón rebelde, de un peón heroico, el gaucho entrerriano Antonio Rivero.

No era la primera vez que el tercer milenio era visitado por Rivero.  
El 25 de agosto de 2011, la Legislatura de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e  
islas del Atlántico Sur había aprobado por unanimidad (con el voto de quince diputados)  
la llamada ley Gaucha Rivero

“Artículo 1º.- Reafirmanse los imprescriptibles derechos sobre las Islas Malvinas,  
Georgias del Sur y Sandwich del Sur y sus espacios marítimos circundantes como parte  
integrante del territorio de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del  
Atlántico Sur conforme lo estipula la Ley nacional 26.552.

Artículo 2º.- Prohíbese la permanencia, amarre o abastecimiento u operaciones de  
logística en territorio provincial de buques de bandera británica o de conveniencia, que  
realicen tareas relacionadas con la exploración, explotación de recursos naturales,  
buques militares, dentro del ámbito de la cuenca de las Islas Malvinas sobre la  
plataforma continental argentina.

Artículo 3º.- Comuníquese al Poder Ejecutivo Provincial”.

Sin embargo, aquella ley no sería cumplida...

Mientras tanto, el 8 de diciembre de 2011, el portal “Noticias de San Pedro”, la  
localidad bonaerense donde se encuentra el sitio de la Vuelta de Obligado donde se  
librara la batalla que hoy se recuerda en el billete de 20 pesos, el 20 de noviembre de  
1845, el día de la soberanía; informaba sobre un proyecto de ordenanza ingresado el  
Concejo Deliberante de la ciudad.

El bloque Acción por San Pedro “busca imponer el nombre de Antonio “El Gaucho”  
Rivero a la plazoleta ubicada en Av. 3 De Febrero y Camino Crucero General Belgrano.  
Los concejales respondieron de ese modo a la nota presentada por el Centro Cultural  
“Aníbal De Antón” que solicita colocar ese nombre a la rotonda inaugurada el año  
pasado”, decía el portal.

Agregaba que Rivero nació en Arroyo de la China, actual Concepción del Uruguay,  
provincia de

Entre Ríos, el 27 de noviembre de 1808. Fue llevado a Malvinas alrededor de 1827 por  
el gobernador argentino de las Islas, Luis Vernet, para ejercer el oficio de peón. En 1833  
los ingleses usurparon las Islas Malvinas y seis meses después de la ocupación Rivero  
encabezó una rebelión de criollos e indígenas, desconociendo la autoridad impuesta de

los británicos. Sus compañeros en la rebelión fueron otros dos gauchos y cinco charrúas agauchados: Juan Brassido, José María Luna, Manuel González, Luciano Flores, Felipe Zalazar, Marcos Latorre y Manuel Godoy. El alzamiento fue derrotado rápidamente después de que el Reino Unido enviara una expedición para "pacificar" las islas, y los rebeldes llevados prisioneros a Londres. Aunque se exigió para ellos la pena de muerte, el Tribunal Inglés que les juzgó los absolvió al reconocer que sus acciones bélicas habían sucedido fuera de los dominios de la corona.

“El 20 noviembre de 1845 habría muerto a lo gaucho, al pie de una batería argentina peleando contra los ingleses y franceses, en otra heroica jornada, en la Vuelta de Obligado”, indicaron los impulsores de la iniciativa.

Por ello, se busca un reconocimiento a Rivero en San Pedro. El proyecto deberá ser tratado por el Concejo Deliberante, que tiene la facultad de imponer nombres a los diferentes lugares públicos, terminaba la noticia.

Desde las necesidades del presente, el peón rebelde, el peón heroico, Antonio Rivero, volvía a la vida cotidiana de los argentinos.

El 21 de marzo de 2012, el diario “Página/12”, daba cuenta de otro regreso de Rivero.

“Nueve bloques de la Legislatura porteña presentaron ayer un proyecto de ley para llamar Gaucho Rivero a la actual calle nombrada Ramón Falcón, la segunda más larga de la Ciudad, para “recordarnos todos los días lo extraordinario de algunas personas cuyo protagonismo pasa a la historia porque saben responder cuando la Patria los necesita”, se indica en el documento de presentación del proyecto. El Frente Progresista y Popular, Proyecto Sur, Frente para la Victoria, Coalición Cívica y Nuevo Encuentro son algunos de los nueve espacios políticos que coincidieron en considerar que destacar a Antonio “El Gaucho” Rivero, un peón de campo que lideró un alzamiento contra la ocupación británica de Malvinas en 1833 es más oportuno que hacer lo propio con un militar que participó en la Campaña del Desierto y como jefe de la Policía Federal reprimió y mató a obreros a comienzos del siglo XX”, sostenía la noticia.

Sin embargo, en Tierra del Fuego, en el territorio donde anida una ley que lleva el nombre del gaucho, las cosas no parecían sucederse de acuerdo a los nobles propósitos de su corto y contundente articulado.

El viernes 23 de marzo de 2012, los medios daban cuenta de un entredicho entre funcionarios de la provincia austral.

“El jefe de Gabinete de la Provincia, Guillermo Aramburu, dijo que no comparte las argumentaciones del Fiscal de Estado en cuanto a la interpretación de la Ley Gaucho Rivero. El funcionario sostuvo que Martínez de Sucre hace “una interpretación restrictiva” de la Ley. “Mientras desde el Gobierno hacemos una interpretación extensiva, Martínez de Sucre la hace restrictiva al razonar que la prohibición a la que hace mención la Ley sancionada alcanza solamente a la explotación de recursos hidrocarbúricos y pesqueros, y no a los recursos turísticos”, dijo el funcionario a El Diario del Mundo.

Aramburu sostuvo que Martínez de Sucre hace “una interpretación restrictiva” de la Ley “en contraposición a lo que él interpreta que lo nuestro es extensiva, no comparto lo que dice el Fiscal del Estado, lo veo de una manera distinta”.

Ampliando su posición sostiene que de la Ley 852 (Gaucho Rivero), “en ningún lado surge, que se remita estrictamente a los recursos que él dice que ahí dice”. “La ley no

dice que sean ictícolas, ni hidrocarburíferos, ni nada. Hay que ir a una interpretaciones histórica contextual al respecto”, dice. Y para ello se apoya en que no hubo “debate parlamentario”, de lo que asegura también “reconoce el Fiscal”. Por último sostuvo que si no hubieran ido en consulta a Cancillería, y al margen de la opinión del Fiscal de Estado, “el gobierno publicaba el decreto y seguía aplicando la Ley como la vino aplicando hasta ahora”. De todas maneras aclaró que frente a esta situación “no va a publicarse el decreto reglamentario”, hasta que se posea “una respuesta de Cancillería”.

Pero la historia es amiga de los pibes.

Cuando ellos descubren el orgullo y la rebeldía se enamoran de la Argentina.

El país empieza a ser algo diferente y superior a la descolorida metáfora de la selección de fútbol.

El sábado 31 de marzo de 2012, en Entre Ríos, un grupo de pibas y pibes hicieron que Rivero sea un compañero más en sus vidas cotidianas.

“Estudiantes homenajearon al Gaucho Rivero con un mural en la escuela que lleva su nombre Alumnos de la Escuela N° 52 Gaucho Rivero pintaron en la institución un mural con el rostro del entrerriano que defendió junto a otros gauchos e indios las Islas Malvinas, arriando la bandera británica e izando la celeste y blanca”, daba cuenta la información.

Alumnos de tercero y cuarto año de la escuela N° 52 Gaucho Rivero, pintaron sobre el patio de la institución un mural con el rostro del entrerriano y las Islas Malvinas en celeste y blanco. De esta forma, los estudiantes homenajearon a aquel entrerriano que con facones y boleadoras defendió junto a otros gauchos e indios el territorio austral, arriando la bandera británica e izando la celeste y blanca.

El mural fue inaugurado en un acto encabezado por el vicegovernador, José Cáceres, quién participó además del acto de la escuela primaria homónima en conmemoración a los 30 años de la gesta de Malvinas.

Ese viernes, en el patio de la escuela primaria N° 201 Gaucho Antonio Rivero, se desarrolló un acto para recordar el día que las tropas argentinas desembarcaron en las Islas Malvinas, dando comienzo a un enfrentamiento bélico con Gran Bretaña. La ceremonia fue encabezada por el vicegovernador, José Cáceres, a quien acompañó el ministro de Cultura y Comunicación, Pedro Báez, y las directoras de ambas escuelas, ya que funciona en instalaciones vecinas la escuela secundaria N° 52, también llamada Gaucho Rivero. En la oportunidad, Cáceres entregó una bandera de ceremonias a la institución escolar primaria.

“Luego del acto, las autoridades y el alumnado del nivel secundario se dirigieron al patio vecino, donde cortaron las cintas para dejar inaugurado un mural pintado por estudiantes del cuarto año. La imagen presenta el rostro del gaucho con las Islas Malvinas en celeste y blanco, homenajearo así a través del arte al entrerriano cuyo nombre llevan las dos escuelas. Según precisaron los alumnos que realizaron la tarea, se espera que de esta forma, que la imagen pueda ser vista desde el aire o a través de sistemas satelitales, además de embellecer el espacio escolar”, dice la crónica periodística.

Agrega: “Micaela expresó su “orgullo” por haber participado en el trabajo y dijo que “muchos se engancharon en la idea y los fuimos dejando participar”. Francisco a su vez, comentó que quién coordinó la tarea fue el profesor de plástica, “empezamos un día a la mañana y al otro día ya lo terminamos”. Solange explicó que participaron chicos de tercero y cuarto año, trabajando “aún en horarios que no teníamos que venir. Fue muy

linda la idea, estuvo bueno compartir con los compañeros y hacer algo para la escuela”. Todos coincidieron finalmente, en que era “un honor” que tan altas autoridades fueran los encargados de inaugurar su obra”.

El 2 de mayo de 2012, en San Pedro, se hacía realidad el sueño de la Plaza Rivero. “En la última sesión del HCD fue aprobado el proyecto que el exconcejal Adrián Macenet ingresó tras la propuesta del Centro Cultural Aníbal de Antón. Se trata del bautismo de la plazoleta de la rotonda del nuevo acceso al puerto, que desde el jueves pasado se llama Antonio “el Gaucho” Rivero. El personaje nació en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, y es considerado “héroe de Malvinas”, islas donde llegó en 1827 junto a Luis Vernet. El escritor Hernán Brienza relata en su libro Valientes que Rivero participó de un enfrentamiento con británicos en 1833, que lograron dominar la situación e izar la bandera inglesa en la isla Soledad; luego, con él a la cabeza, un grupo de hombres copó la plaza de Soledad e izó un pabellón nacional improvisado. El Gaucho Rivero fue apresado en 1834 y juzgado en Londres, de donde retornó al año siguiente. El año de 1845 lo encontró luchando en la Batalla de Obligado, donde murió”, apuntaba la información.

En Tierra del Fuego, en tanto, la presencia de un buque vinculado con Gran Bretaña reavivaba la discusión sobre la ley Rivero.

En el portal “Crónicas Fueguinas”, se leía: “Silencio del Gobierno de la Provincia, ante la presencia de un buque petrolero inglés en jurisdicción fueguina, esta vez por orden de Nación no se aplicaría la Ley Gaucho Rivero, el cual parece que se aplica solo para perjudicar el turismo en Ushuaia, pero se no se aplicara en este caso por orden del "Gobierno K", quien no es la primera vez que permite el ingreso de un buque ingles a puertos de Argentina, como ya sucedió hace un tiempo. El buque tanque británico Stena Polaris estaría dentro de la jurisdicción de Tierra del Fuego y hoy fondearía en la Bahía de San Sebastián. El arribo del carguero tendría el propósito transportar unos 17 mil metros cúbicos de petróleo para YPF SA hasta el polo petroquímico de Bahía Blanca para su procesamiento. De concretarse, el arribo del carguero que opera con bandera de Bermudas violará la Ley 852, conocida popularmente como “Gaucho Rivero”. El Gobierno fueguino conoce la situación, aunque la infantil excusa sera que el buque no viene de las Islas Malvinas, pero no dice nada mas al respecto sobre los recursos naturales que este buque transportara y el cual cobrara una millonaria suma”.

Remarcaba que “fletado por YPF SA, el buque tanque de origen británico Stena Polaris estaría fondeando hoy antes de las 4 de la tarde en la Bahía de San Sebastián (ubicada sobre la costa norte del litoral atlántico de la Tierra del Fuego), con el propósito de cargar de los yacimientos fueguinos unos 17 mil metros cúbicos de petróleo y transportarlos para su procesamiento hasta Puerto Rosales, puerta de acceso a la destilerías que se encuentran en el Polo Petroquímico de Bahía Blanca. El arribo del carguero que opera con bandera de Bermudas está en conocimiento del gobierno de Fabiana Ríos, quien hasta anoche no dio ninguna explicación respecto a la posible navegación del navío ingles por jurisdicción provincial, violando la Ley 852 conocida popularmente como “Gaucho Rivero”, que alcanzó alto impacto internacional cuando en el mes de febrero el Ejecutivo fueguino prohibió el amarre de los cruceros ingleses de turismo Star Princes y Adonia”.

La operación de carga petrolera, “tendría autorización de la Dirección Nacional de Vías Navegables y de la Secretaria de Energía de la Nación, no así del gobierno de Fabiana Ríos, a quien los Veteranos de Guerra de Malvinas le reclaman “hacerse cargo” y “coherencia” en el cumplimiento de la Ley. “Hace exactamente un año, con una

autorización como esta, el Stena Drillmax perforó en la Cuenca Malvinas y esa provocación derivó en la promulgación de la Ley Gaucho Rivero. ¿De qué sirve que haya sido aprobada en tres provincias más si no se cumple en Tierra del Fuego?”, plantearon anoche cuando fueron consultados respecto al posible arribo del carguero.

El primero de junio, la cuestión se ponía más densa en Tierra del Fuego.

“No se aplicará la ley Gaucho Rivero: periodista agredido y detenido”, eran los titulares de los diarios.

“Los medios provinciales de Tierra del Fuego publican que por orden del gobierno nacional no se aplicará la ley. Un periodista que pidió por su cumplimiento fue detenido y golpeado... exclamaba mientras se lo llevaban: Viva la Patria”...

“Media docena de policías para callar la voz, el derecho a la libertad de expresión. Un hombre fue detenido en el acto central por el aniversario de la jura de la Constitución Provincial, al reclamar a la gobernadora el cumplimiento de la Ley Gaucho Rivero, tras el arribo del buque inglés Stena Polaris, al cual no se le aplicará la Ley por una orden del Gobierno Nacional. El buque aún hoy no pudo amarrar en la provincia por las adversas condiciones climáticas.

“El detenido fue Ulises Barria, periodista y propietario de FM “América”, quién antes de comenzar el acto central conmemorativo del aniversario de la Constitución fueguina, fue retirado y golpeado violentamente por personal policial, cuando mostraba una pancarta donde le exigía a la gobernadora el cumplimiento de la ley “Gaucho Rivero”.

“Barria, luego de mostrar el cartel a los presentes mientras gritaba ¡Viva la Patria! fue retirado por la policía por la fuerza, lo esposó y lo trasladó en un móvil, antes que la gobernadora llegara al lugar. El incidente se produjo en el gimnasio del Colegio María Auxiliadora, cuando Barria, exhibía un cartel donde exigía el cumplimiento de la ley, acompañado por otras dos personas”, apuntaban los sitios que reivindican la guerra de Malvinas.

En Buenos Aires, en tanto, el jueves 14 de junio, Rivero y la memoria del Crucero hundido por los ingleses eran utilizados más para negocios que para fines de conciencia nacional.

“La empresa Iveco, sponsor oficial del Torneo "Crucero General Belgrano" Clausura 2012 - Copa "Gaucho Rivero", presentó en el Salón sur de la Casa Rosada la Copa y las medallas para el ganador del certamen. El premio surgió de la cuarta edición del concurso nacional "Diseñá una pasión". En el inicio de la ceremonia, que se llevó a cabo en el Salón Sur de la Casa Rosada, se presentaron los proyectos de los cinco finalistas del 4to. Concurso de Diseño Iveco: “Diseña una pasión”.

Estuvieron presentes en el acto, el Dr. Miguel Silva, Secretario General de la AFA, el Sr. Natale Rigano, Presidente de Iveco Argentina & Latin America Importers y el Licenciado Facundo Nejamkis, Secretaría de Gabinete y Coordinación Administrativa de la Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación.

El ganador del concurso fue Rodrigo Haedo, estudiante de la Universidad Nacional de La Plata. Los principales conceptos del trofeo unieron al gaucho y al futbolista. Además tiene detalles de la Bandera Nacional, la guarda pampa y la herradura de un caballo. En tanto, las medallas se basaron en el poncho tradicional de los gauchos y la camiseta de la Selección Argentina.

Sin embargo, Rivero está vivo en el presente de las urgencias argentinas más allá de los negocios de ocasión.

El llamado “Diario del Fin del Mundo” publicó como efemérides un dato preciso del gaucho heroico.

“EL 23 DE MARZO DE 1835 Esto pasó en nuestra región: Elevan al Almirantazgo inglés el sumario del Gaucho Rivero Este día, elevan al Almirantazgo inglés la prevención sumaria abierta al grupo comandado por Antonio Rivero, desde el buque Spartiate, estacionado en Río de Janeiro.

Rivero y sus siete compañeros, el 26 de agosto de 1833, habían asesinado a Mateo Brisbane, Guillermo Dickson, Juan Simón, Ventura Pasos y Antonio Wagner. El móvil consignado en el documento fue que, el grupo de trabajadores del establecimiento de Luis Vernet, pretendían recibir dinero británico y no billetes que sólo podían canjearse por productos en la empresa, según lo manifestado, en 1966, por la Academia Nacional de la Historia. El informe elaborado por destacados historiadores aclaró que todos los materiales “conocidos sobre la sublevación (...) son de origen británico”, pero esa documentación “es indudablemente auténtica y (...) nada hace presumir que los hechos relatados no se ajusten a la verdad” (Juan Lucio Almeida. Revista Todo es

Historia N°20). Sobre el contenido documental se determina que su “lectura permite conocer con cierto detalle como ocurrieron los hechos, con la base de las declaraciones de cinco testigos. No se desprende que un móvil patriótico impulsara a esos hombres a dar muerte al delegado y gente enviada por Luis Vernet, luego de cometida la usurpación de las islas Malvinas por la corbeta Clío. No eran las víctimas, por lo tanto, soldados o marineros británicos, sino empleados del ex comandante político y militar del gobierno de Buenos Aires, enviados para vigilar sus intereses y defender sus derechos ante el nuevo ocupante intruso”.

La Academia sostiene que la sublevación que no fue “la primera producida en las Malvinas. Se cuenta con el precedente de la del 30 de noviembre de 1832, con el asesinato alevoso del comandante Mestivier”.

Los encumbrados historiadores sostienen que todos los relatos y documentación disponible “nos muestran a Rivero bajo una faz en la que el patriotismo y el coraje nada tienen que ver” y concluyen, ante los homenajes que se efectúan a Rivero, “que si no se aportan pruebas de que el levantamiento obedeció al noble propósito patriótico de expulsar a los usurpadores de la soberanía nacional, no corresponde el homenaje proyectado”.

Acá está Rivero, entonces, en el presente de los argentinos.

Un obstinado fantasma que, desde el fondo de la historia, marca la dignidad de los que son más, de los de abajo, capaces del máximo compromiso por lograr la libertad, la justicia y la felicidad como patrimonio de todos.

## Capítulo 13

### Entre Ríos

*-Mi comarca mesopotámica primero fue República, después Provincia y mantuvo su espíritu federalista. Entre Ríos también fue parte importante de la geografía hernandiana, ya que el poeta la habitó y transitó en varias oportunidades...tierra de poetas, dramaturgos, juristas, hombres de ciencia y pintores, algún filólogo o folclorista debe preguntarse si también cuenta con su habla propia. Efectivamente, existen vocablos y giros idiomáticos con voces que provienen de arcaísmos hispanos, de regionalismos peninsulares, de lenguas aborígenes, del portugués de Río Grande Do Sul. Por eso los entrerrianos hablan muy parecido a los uruguayos. Evidentemente, algo tiene la tierra entrerriana que termina imprimiendo carácter como si fuera un sacramento – escribió el gran historiador Fermín Chávez sobre esa otra parte de la geografía argentina, cuna del gaucho Antonio Rivero, la provincia de Entre Ríos.*

-La otra banda del Paraná...

Así comenzaron los españoles a hablar de Entre Ríos.

Eran los días de Juan de Garay que había llegado a Santa Fe en 1573.

De acuerdo a las crónicas oficiales, en el siglo XVII prosperaron enormes extensiones dedicadas a la cría de ganado cimarrón o salvaje. Algunas de estas estancias pertenecieron a la Compañía de Jesús, expulsada en 1767.

Paraná, en tanto, es una ciudad sin fecha de fundación precisa.

Pero con una historia que arranca hacia 1660, cuando vecinos de Santa Fe se mudaron a la otra orilla, como decía el propio Garay.

Estos primeros habitantes estables cruzaron el río en busca de mayor seguridad para sus bienes y familias, debido a las elevadas barrancas que la ribera tiene frente a la ciudad de Santa Fe. Los primeros vecinos comenzaron a instalarse en un lugar de desembarco conocido como La Bajada.

Aquellas tierras, primero de Garay, fueron después propiedad de la Compañía de Jesús, a partir de 1659. La primera construcción grande fue la capilla de San Miguel, realizada por los jesuitas, dentro de una estancia ganadera del mismo nombre.

El acuerdo de paz firmado entre Hernandarias y el cacique Yasú, entre 1622 y 1632, permitió la llegada de muchas familias.

Hacia 1662, el gobernador del Río de la Plata, Alonso Mercado y Villa Corta, firmó otro tratado de paz, esta vez con tribus de cayagutáes, tocagües y vilos. Estas tribus debían recluirse y situar las tolderías dos leguas al sur de La Bajada.

Esos acuerdos con diferentes pueblos originarios ayudaron al desarrollo de la población que recibió españoles, criollos, mestizos y también otros indios reducidos o dados en encomienda y trasladados desde Santa Fe.

El desarrollo tomó mayor impulso a partir de 1715, tanto en la zona ribereña como en los campos ubicados hacia el interior.

El gobernador del Río de la Plata, Bruno Mauricio de Zabala, dispuso en 1729 la construcción de un fuerte en La Bajada con el objetivo de proteger de los malones a los habitantes.

El caserío había cobrado cierta importancia y aumentaba con los años. Allí vivían muchos españoles, en su mayoría oficiales y soldados de la milicia santafesina. Sin embargo, no se realizaron las ceremonias típicas de una fundación hispana, como la elección del terreno o la redacción de un acta fundacional.

Las condiciones de la región eran propicias: había abundante ganado cimarrón, el suelo era fértil, no faltaban agua ni leña y la situación con los indios era de relativa calma. El caserío trepó a lo alto de las barrancas y originó el corazón de la futura ciudad porque representaba una posición dominante para la defensa y tenía mejores condiciones climáticas.

Después de haber ordenado la construcción de los fuertes para defender la cosa entrerriana, Zabala gestionó ante las autoridades eclesiásticas la creación de nuevas parroquias y curatos. Fue así como resultó favorecida La Bajada del Paraná, cuya parroquia fue creada por el cabildo eclesiástico de Buenos Aires, el 23 de octubre de 1730. El presbítero Miguel de Barcelona fue el primer sacerdote.

Sin embargo, Entre Ríos permanecía como una tierra sin organización ni mayor trascendencia durante el virreinato.

Las cosas cambiaron con el virrey Juan José de Vértiz cuando nombró a Tomás de Rocamora como gobernador de esos lugares. Fue el primero en nombrarlos como Entre Ríos.

Rocamora había nacido en Guatemala en 1740 y era oficial español. Cuando Vértiz dejó su cargo, Rocamora tuvo otros destinos. En 1810, como gobernador de Misiones, apoyó la revolución de mayo y la guerra de la independencia. Además acompañó a Belgrano en su expedición al Paraguay. Murió en Buenos Aires en 1819.

Volviendo a la crónica de la provincia de Entre Ríos, otra fecha que es necesario destacar es el año 1733.

En aquellos días, las autoridades del Cabildo de Santa Fe crearon el cargo de Alcalde de la Hermandad de La Bajada y delimitaron el ejido de la pequeña población. El primer Alcalde de la Hermandad fue Santiago Hereñú.

Hacia 1749, el gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui, inició una expedición contra los charrúas de Entre Ríos y de Uruguay que prácticamente los aniquiló y que finalmente abrió esas tierras a los colonos provenientes de Buenos Aires.

El progreso económico, basado principalmente en el ganado existente en la región, fue rápido y satisfactorio. Hacia fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX, se embarcaron grandes cantidades de cuero, se construyeron fábricas para el procesamiento de carne y sebo, la leña y los postes eran provistos por la dura madera del ñandubay, abundante carbón se producía para el consumo local y el mercado de Buenos Aires existiendo además piedra caliza de excelente calidad y en grandes cantidades.

Las ciudades de la costa del Paraná reforzaron y abastecieron generosamente a la expedición de Belgrano, cuyo fin era extender la revolución al Praguay en 1810.

En 1811 se produjo un cambio cuando el triunvirato gobernante en Buenos Aires suscribió un armisticio con el gobernador Francisco Javier de Elío, de Montevideo, que pareció sacrificar la integridad política y geográfica de Entre Ríos para favorecer las necesidades de Buenos Aires.

De manera simultánea, Artigas encabezó el éxodo del pueblo oriental a través del río Uruguay y hacia Entre Ríos.

La provincia se convirtió en una de las principales banderas del federalismo.

También es interesante destacar de manera somera la evolución de dos de sus principales ciudades.

De tal manera, en todo este proceso, Paraná tuvo su propio cabildo, aún bajo jurisdicción de Santa Fe, en 1784. Recibió la categoría de Villa en 1813 y entonces fue denominada Villa Nuestra Señora del Rosario de Paraná.

Siete años después, Francisco Ramírez realizó un censo provincial. Paraná tenía 4.230 habitantes en 781 casas. Fue declarada ciudad el 26 de agosto de 1826 y adquirió la categoría de municipio en 1873.

Fue capital de la provincia entre 1822 y 1860 y nuevamente a partir de 1883. Entre 1854 y 1861, capital de la Confederación Argentina. Su puerto, inaugurado en 1822, fue considerado de primera clase durante los días de la Confederación.

Es necesario hacer notar que varias de las principales ciudades fueron fundadas por Rocamora: Concepción del Uruguay, Gualeguay y Gualeguaychú, entre ellas.

La provincia, como tal, fue creada por el director supremo, Gervasio de Posadas, en 1814 con la idea de restarle poder a Artigas.

Enmarcada por el Paraná y el Uruguay, la provincia tiene un relieve característico. Su suelo posee numerosas lomadas mal llamadas cuchillas, ya que sus crestas no son afiladas sino suaves y redondeadas.

Las lomadas llegan desde Corrientes y forman, al oeste, la cuchilla de Montiel, y al este, la cuchilla grande. Estas lomadas sirven de divisoria de agua a los ríos que van hacia el Paraná, el Uruguay y el Gualeguay.

La hidrografía es riquísima y, según mediciones recientes, abarca 7.700 cursos de agua, con más de doscientos ríos y arroyos. El norte de la provincia tiene clima subtropical y el resto, templado.

Pero uno de los lugares claves en esta riquísima geografía y no menos pletórica historia entrerriana es la actual ciudad de Concepción del Uruguay, anteriormente nombrada como Arroyo de la China.

El 25 de junio de 1783, Tomás de Rocamora distribuyó las tierras entre las primeras 133 familias que llegaron al poblado establecido cerca del Arroyo de la China y el río Uruguay.

Rocamora consultó con los nuevos pobladores el lugar ideal para el emplazamiento. De esta manera, eligieron la cuchilla situada al norte del arroyo que distaba media legua, unos dos kilómetros y medio, de una capilla. Los vecinos realizaron la limpieza y el desmonte, y delinearon calles y plazas.

El fundador también pidió al virrey Vértiz que la Virgen de la Purísima Concepción, de la que eran devotos los recién llegados, fuese patrona del pueblo. En pocos años,

Concepción del Uruguay demostró que tendría un rol destacado en la historia provincial y nacional.

El 8 de junio de 1810, su cabildo fue el primero en reconocer a la Primera Junta de Gobierno. Cuatro años después, el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Gervasio Posadas, la elevó a capital de la recién nacida provincia de Entre Ríos.

El 29 de junio de 1815, por otro lado, se llevó adelante el llamado Congreso de los Pueblos Libres, donde los representantes de Córdoba, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, la Banda Oriental y otros lugares, declararon la independencia nacional un año antes que el de Tucumán. Era el proyecto liderado por José Artigas.

Dicho sea de paso, aquel congreso debería revisarse a la hora de pensar si no fue mucho más representativo que el celebrado un año después. Una tarea pendiente para historiadores y dirigentes políticos.

En 1826, siendo diputado de la legislatura local, Justo José de Urquiza, logró que fuese declarada ciudad.

Por otro lado, el 28 de julio de 1849, comenzó a dictar sus clases el Colegio Nacional del Uruguay, también gracias a una iniciativa de Urquiza. Fue el primer colegio laico del país. El rectorado del doctor Alberto Larroque, entre 1854 y 1864, fue “la época de oro”, dado que afianzó la estructura educativa y su régimen disciplinario, calificado como “severo y paternal”.

El asesinato de Urquiza, en 1870 y la Guerra del Paraguay marcaron una era de adversidades. En 1877, el gobierno suprimió las becas para alumnos pobres y nació la Asociación Educacionista La Fraternidad para paliar la situación. Fue el origen de la Universidad de Concepción del Uruguay.

Antes de ello, la ciudad, el 15 de febrero de 1860 fue sede de la Convención que sancionó la constitución provincial. Además fue capital de Entre Ríos entre el 4 de abril de ese año hasta el primero de setiembre de 1883, cuando las autoridades provinciales se mudaron a Paraná.

A Concepción se la conoce como La Histórica: tiene ocho monumentos y dos sitios históricos nacionales.

Allí nacieron Francisco Ramírez, Justo José de Urquiza y Ricardo López Jordán.

Y muy cerca, el gaucho y peón rebelde, Antonio Rivero.

## Capítulo 14

### Rivero y las mayorías anónimas

*“Su nombre tiene los resabios del gusto a tierra del río Uruguay. Dicen quienes lo recuerdan que nació en ese caserío que ya no se llama Arroyo de la China cuando el año ocho amanecía. Sostienen también que en esos campos irregulares, victimizadas por las crecientes inesperadas, se hizo diestro con el puñal: que allí aprendió a lacear, a domar y a bolear animales. Y allí aprendió también a hundir el acero en la carne. No mucho más se sabe de él pero se intuyen su barba oscura, sus ojos indómitos, su coraje –apenas como unas ganas de matar- y las geografías de su destino: las islas del sur, la babilónica Londres y el promontorio de Obligado. Pocos sabían su nombre verdadero, Antonio, se llamaba. Quienes lo conocieron le decían, por su condición de pobre, el Gaucho Rivero. Y fue el hombre que, una mañana de agosto de 1833, les arrebató las islas Malvinas a los ingleses a fuerza de cuchillo e hizo que flameara la bandera azul y blanca en ese sur, que muchos pretendían que fuera de todos y ahora es de otros”, dice con belleza Hernán Brienza en su relato “Un mano de neblinas. Antonio el Gaucho Rivero”, en el libro “Valientes. Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX”, publicado en el año 2010.*

La historia de Antonio Rivero es la evolución de la Guerra del Paraná a las Malvinas, el viaje que junta las experiencias políticas que van desde Belgrano, Artigas y San Martín hasta Rosas, la distancia que separa los dibujitos que están presentes en los billetes de 5 a 20 pesos, los que tienen al Libertador, por un lado, y al Restaurador, por otro.

Una existencia bien de abajo.

Como la de los miles que hicieron de verdad el sueño colectivo inconcluso de una nación independiente.

La vida de Rivero, como la de Cabral, es la síntesis individual de los que pusieron el cuerpo, sangraron, soñaron y murieron contra las distintas formas de la dominación extranjera en estos arrabales del mundo.

También palpitan en su aventura cósmica los ecos de palabras tales como gauchos, peones y pueblo.

El pasado abierto en el presente y con claves de futuro.

Individual y colectivo.

-Por lo menos un treinta por ciento del total de soldados que pelearon en Malvinas, eran trabajadores del campo o provenientes de familias liadas al trabajo rural – dice el coronel Esteban Alberto Solís, jefe del departamento de Asuntos Civiles del Teatro de Operaciones Malvinas, en marzo de 1982, recuerda el periodista y escritor Roberto García Lerena en su muy buen trabajo, “Los peones de Malvinas”.

-Un veinte por ciento de los soldados provenientes de las provincias de la Argentina interior como Corrientes, Chaco y Misiones, provenían de los pueblos originarios que habitaron la Argentina, es decir tenían sangre indígena corriendo por sus venas – apunta Pablo Vicente Córdoba, uno de los responsables de la Federación de Veteranos de Malvinas de Corrientes, señala también García Lerena.

“Todas las historias de las luchas y guerras de la Argentina, tanto las escritas como las orales y hasta la literatura popular condensada en cielitos, recitados, payadas, canciones y relatos, dan cuenta precisa de que también estuvieron en todas las demás guerras que se libraron en este país desde sus comienzos como Nación independiente. Sangre peona. Sangre fusionada con todas las sangres que dieron sustento a la identidad nacional: indios, mestizos, criollos, negros, mulatos, zambos y blancos. Sangre que se derramó peleando por el país antes aún. Desde sus orígenes como territorio poblado por sus pueblos originarios. Los peones argentinos han sido como soldados y trabajadores, una parte primaria y esencial de esta estructura social que dio sustento a nuestra identidad nacional. Lo fueron por derecho de pertenencia a la tierra que los vio nacer, trabajar y reproducirse y morir. Lo fueron por “prepotencia de trabajo”, como decía Roberto Arlt y nunca mejor empleada la imagen y el mensaje si hablamos de los trabajadores rurales. Y por derecho de supervivencia conquistado en esa misma tierra, a la que defendieron, protegieron y alimentaron con su valor máspreciado e insustituible: su cuerpo y su sangre, y por añadidura, la de su familia y seres queridos, que los acompañaron solidariamente sin excusas ni reclamos. Esas raíces de trabajo y de lucha fueron robusteciéndose con el paso del tiempo y de la acumulación de vidas y de generaciones con más trabajo y más luchas. Raíces que se transformaron en genes culturales que les

dieron un sentido como seres humanos, nacidos en este país que algún tiempo atrás dio en llamarse Argentina. Y fue en ese compromiso solidario con el ser nacional, parte indisoluble de su razón de existir, que los trabajadores rurales fueron, son y serán peones soldados. Es decir ciudadanos de nuestra tierra predispuestos a defender esta Patria, entendida como una parte integral de sus familias, de sus seres queridos, de sus semejantes, de sus mismas vidas, con todos sus cuestionamientos y con todas sus circunstancias: sociales, políticas, religiosas y hasta espirituales. Así fue siempre. Simplemente así. Y así fue en Malvinas”, dice García Lerena en su prólogo.

La vida de Rivero, entonces, es un relato que supera los límites de su propia crónica individual.

Desde el artiguismo original que abrazaron sus paisanos en el siglo diecinueve a la necesaria reivindicación de la soberanía en Malvinas, ahora, en el tercer milenio.

Antonio Florencio del Rivero, hijo de don Antonio Rivero y doña Manuela Ferrer, nació en un paraje llamado Arroyo de la China, cerca de Concepción del Uruguay, Entre Ríos, el 7 de noviembre de 1808...Un poco más de un año después de la segunda invasión inglesa a Buenos Aires, le hace decir el escritor y periodista Armando Fernández a un soldado que está esperando el ataque de Gran Bretaña en un pozo de zorro en las islas Malvinas.

Fernández le explica al lector que “sólo basta recordar que el primer ataque a las islas Malvinas provino de una nave de guerra estadounidense, la fragata Lexington, que arrasó la incipiente colonia de argentinos allí afincada. Acerca de este hecho de usurpación territorial trata esta historia. Y en ese marco de insular continuidad de la estepa patagónica, aunada, la historia de un criollo, de un argentino denostado hasta por la propia historia oficial. Me refiero al gaucho entrerriano Antonio Rivero, que encabezó el primer alzamiento contra los usurpadores y padeció toda clase de vicisitudes y agonías”.

Agrega que “trece años después volverá a enfrentar al mismo antiguo enemigo, en el combate de Vuelta de Obligado. Allí, alistado en las filas del quinto regimiento de Caballería de los Colorados del Monte, ofrendaría su vida. En estos tiempos en que se conmemoran tanto el bicentenario de la reconquista como la defensa de Buenos Aires (1806 – 1807), dos derrotas que impidieron que el imperio británico anexara el Río de la Plata a sus posesiones mundiales, se hace necesario tonificar la memoria para vislumbrar que a las acechanzas del pasado pueden ser también las acechanzas del futuro. En ese sentido, en cada soldado argentino que combatió con valor en las islas Malvinas hubo un Antonio Rivero. Porque los que no están dispuestos a darlo todo por su tierra cuando las circunstancias lo requieren, no son dignos de habitar el suelo en que han nacido”, sostiene Fernández en el prólogo de su libro “El gaucho Rivero. Y la conspiración para apoderarse de Malvinas”.

Rivero fue condenado por la historia oficial argentina.  
Aquella que todavía forma la conciencia de millones y millones.

El 15 de noviembre de 1947, Enrique de Gandía, presidente por entonces de la Academia Nacional de Historia, publicó en el diario “La Capital”, de Rosario.

“Por los cientos de pruebas indiscutibles que hacen del gaucho un hombre sin ley, sin moral, sin religión, sin principios, sin concepto de patria y sin ideal. El gaucho era esto y querer negarlo es esfuerzo antihistórico y antipatriótico. No sabía de leyes, no conocía ninguna religión, raptaba y abandonaba mujeres, huía del trabajo, no se detenía ni ante el robo ni ante el crimen, nunca tocó la guitarra ni supo poesías, ni soñó con patrias ni ideales políticos...El gaucho de la historia está en los documentos, especialmente en los archivos policiales”, expresó.

Una lapidaria condena contra los que hicieron posible la Argentina.  
Los que sangraron con Belgrano, Güemes, Artigas y San Martín.

Los gauchos de a pie, los peones, y los que cabalgaban, son considerados criminales por el padre de la historia oficial argentina.

Fenomenal desprecio contra los de abajo, contra los que son más, contra los que trabajaron y trabajan para que la felicidad sea de todos y no el privilegio de unos pocos.

No será casualidad, entonces, que esa misma Academia Nacional de Historia reduzca a Rivero a un bandolero y que se sume a la visión que los ingleses impondrán sobre el prisionero luego de atraparlo en Malvinas.

La visión de los ingleses será la visión de los historiadores oficiales argentinos.  
Los que escriben el pasado definirán, entonces, el desprecio contra lo popular, contra los de abajo, contra las mayorías: los pueblos originarios, los esclavos, los gauchos y los peones.

De allí la necesidad de recuperar la historia de Rivero.

Su coraje individual es la síntesis de la resistencia de lo colectivo contra la doble condena que siempre quiere abatirse sobre las mayorías: la sumisión al extranjero y la subordinación a las minorías dominantes dentro de los límites geográficos de cualquier país.

La doble dependencia, nacional y social.

Aquella posición política y cultural de la Academia Nacional de Historia es interpretada por Mario Tesler en su libro “El gaucho Antonio Rivero”, como una definición “emanada quizás del estudio sobre Juan Moreyra realizada por José Ingenieros, quien se basó exclusivamente en los informes de la policía. Pues sería lo mismo que para definir el movimiento gremial argentino, por ejemplo, se recurriese a los archivos policiales donde seguramente no se encontrarán las virtudes de los artífices de la lucha obrera nacional. Estos serían entonces malandrines, vagos, iracundos y asesinos y el coronel Ramón Falcón una víctima inocente de aquellos como consta en una placa en la recoleta, al pie de la estatua colocada por la colectividad judía de extrema derecha”.

Para el escritor Hugo Alberto Bottazzini, en su novela histórica “Rivero”: “Hoy, transitando un nuevo siglo, presionados por una deuda externa impagable que nos exprime y nos acosa, cuando ni siquiera nos quedan las joyas de la abuela para hipotecar, cercados por multinacionales que manejan las comunicaciones, los transportes, los combustibles...y los gobiernos, sólo nos queda la inocente vendetta de

ver una y mil veces el gol de Maradona...o leer lo que en realidad mereció ser la historia del gaucho Rivero”, sostiene en el prólogo de su excelente trabajo.

Sin embargo, la historia de Rivero apenas es tenida en cuenta para nombrar la copa del torneo de fútbol argentino, un año antes que se cumplan los 180 de la usurpación inglesa pero también el mismo tiempo de la reconquista que protagonizó.

### **Carmen de Patagones**

“En 1827 Carmen de Patagones, que había sido fundada por Francisco de Viedma el 22 de abril de 1779, era una aldea poblada por ochocientos habitantes y su nombre esta formada por la combinación del nombre de su patrona, la Virgen del Carmen y los patagones, indígenas que ya habitaban el lugar antes de la llegada de los españoles. El cacique Chanel había cedido por convenio este estrecho territorio (una lonja de tierra de cincuenta kilómetros por quince de ancho, desde los alrededores de San Javier hasta el Río Negro) al virrey Vértiz en 1778. El naturalista Charles Darwin, que la visitó, la llamó acertadamente “una isla en tierra de indios”, dice Armando Fernández en una de sus obras.

Agrega que “los presos deportados desde Buenos Aires proporcionaban la mano de obra para trabajar en las chacras porque Patagones era una cárcel con dos muros. Uno, formado por lanzas aborígenes y, el otro, por el mar. Y esos reos se convirtieron paulatinamente en peones diestros en las tareas rurales. También desde Africa llegó mano de obra barata, desde que en 1826 los corsarios comenzaron a traer sus presas a la aldea. Los negros se integraban a la infantería del fuerte o eran entregados a los vecinos como peones”.

“Para fines de 1825, a quince años e acontecida la revolución de mayo, nuestro país se encontraba en guerra con el Imperio del Brasil. En diciembre de 1826 un alarmante rumor llegó a oídos de la gente de Patagones. Los brasileños, hartos de sufrir los devastadores ataques de los corsarios que combatían para las Provincias Unidas, los que al capturar numerosos navíos comerciales atiborrados de mercaderías y esclavos africanos, imprescindibles para las labores de las plantaciones y minas brasileñas, infligían un golpe letal a la economía enemiga y que al ser bloqueado por la flota imperial el puerto de Buenos Aires en 1826, habían trasladado sus amarraderos al puerto de Patagones, habían decidido invadir y apoderarse de la por entonces población más austral del mundo. Y con este acto, también apropiarse de la Patagonia. Cumpliendo órdenes del emperador Pedro I, el almirante Rodrigo Pinto Guedés nombró comandante de la escuadra invasora al capitán de fragata inglés James Shepherd. Esta fuerza naval estaba compuesta por las corbetas Duquesa de Goyaz e Itaparica, de veintiún cañones cada una, el bergantín Escudero y la goleta Constancia. Más de seiscientos hombres irían a bordo, de los cuales unos doscientos cincuenta eran mercenarios ingleses y norteamericanos. Esto fue juzgado como más que suficiente motivo para arrasar a las endebles defensas maragatas y la expedición se hizo a la mar desde el puerto de Maldonado, Uruguay, a mediados de febrero de 1827. La guerra, que por entonces parecía lejana, había llegado finalmente a Carmen de Patagones”, escribió Fernández.

A las dos de la mañana del 7 de marzo de 1827, numerosos botes llegaron a la orilla y más de cuatrocientos infantes imperiales pusieron pie en tierra.

Alrededor de las dos de la mañana del 7 de marzo de 1827, las tropas brasileñas inician su marcha hacia El Carmen desde un punto ubicado a unos dieciocho kilómetros río abajo, al este del Cerro Dirección. La fuerza, compuesta por cuatrocientos efectivos y trece oficiales, fue conducida hasta el Cerro de la Caballada por un negro brasileño. El baqueano - que había vivido un tiempo en Patagones luego de ser tomado en una de las presas del corsario "Lavalleja" -, para eludir las zonas barrancosas y cortadas de la costa se internó por el monte cerrado, sometiendo a los invasores a una difícil travesía.

El calor sofocante y los terrenos arenosos de la ruta elegida, pronto comenzaron a minar la energía de los agresores que durante todo el trayecto estuvieron privados de agua y con el río demasiado lejos para obtenerla.

A las cinco y media de la mañana, cuando ya el negro del "Lavalleja" había enfilado la columna hacia el Cerro de la Caballada, distante a unos cuatro kilómetros, los hombres del subteniente Olivera apostados en Laguna Grande se preparaban para una nueva vigilia.

Ninguno de los dos bandos sabía, obviamente, que estaban separados por apenas un kilómetro de monte y que en pocos minutos se trabarían en combate.

En esos momentos, Francisco Herrero y Domingo Miguel son mandados por Olivera a buscar unas reses para carnear y racionar a los milicianos. Se internan hacia el norte. A poco andar comprueban una infinita cantidad de huellas que delatan la presencia del enemigo. En menos de quince minutos están frente a Olivera con la novedad y toda la caballada, a brida suelta, sale en busca de la gloria.

Los brasileños, por su parte, ignoraban que los milicianos estaban alertados y empeñaron los últimos alientos para trepar por el cerro desde el que pensaban rendir sin mayor trámite al pueblo de Patagones.

“En los pliegues del uniforme del capitán James Shepherd - uno de los primeros enemigos que cayó bajo el fuego de los defensores - se encontró una carta en la que requería la rendición: "Permaneced tranquilos en vuestros hogares; vuestras personas y propiedades serán respetadas, en caso de acceder a mi justa solicitud; pero en caso contrario incendiaré todas vuestras propiedades". Para su desazón, el comandante imperial comprobó que toda la población estaba en pie de guerra y que su demanda, en Patagones y Viedma, jamás encontraría destino”, termina diciendo Pedro Pesatti, uno de los investigadores de aquellos hechos.

Entre los resistentes de Carmen de Patagones estuvo Antonio Rivero. Dos años después, de la mano del alemán Vernet, llegaría a las Malvinas.

### **Los tiempos de Vernet**

Luis Vernet, el gobernador de las Malvinas designado por el gobierno de Buenos Aires, nació en Hamburgo, Alemania, el 6 de marzo de 1791. Vivió 8 años en Filadelfia, donde en la firma de sus amigos de negocios Brock y Kumbhaar se desempeñó como sobrecargo (administrador de cargas navieras), lo cual le permitió conocer mundo y lograr una vasta experiencia en el comercio internacional. Políglota, explorador, preparado científicamente, colonizador, imaginativo, culto, sociable y tenaz trabajador,

no tuvo problemas para hacer fortuna y emplearla en beneficio de la Argentina, su patria adoptiva.

Desde Río de Janeiro se embarca Vernet para Buenos Aires en cuanto se entera de la formación de un gobierno propio el 25 de Mayo de 1810. Se inicia en actividades comerciales con rápido éxito y goza de vinculaciones sociales relevantes en la ciudad. Se casa con gran pompa en la catedral el 17 de agosto de 1819 con María Sáez, hija de un acaudalado negociante uruguayo (Francisco Sáez). De dicha unión saldrían 4 hijos: Luis, Emilio, Luisa y Sofía.

En 1823 el gobernador Martín Rodríguez le concede a su amigo Jorge Pacheco autorización para establecerse en la isla Soledad (Malvinas) para explorar la fauna marítima y el ganado cerril. Como Pacheco adeuda una gran suma de dinero a Vernet, le cede a éste la mitad de la concesión de 30.000 leguas y acuerdan asociarse y planean grandes proyectos.

En 1826, Vernet propone al gobierno de Buenos Aires que le otorgue el resto de tierras no cedidas a Pacheco para fundar una colonia, con excepción de impuestos por 30 años. Funda su solicitud en razones políticas, económicas y soberanas, teniendo en cuenta la guerra de esos momentos con el Imperio del Brasil, que ya había intentado desembarcar en la Patagonia, atacando sin éxito en Carmen de Patagones. Consigue la nueva concesión, comprometiéndose a establecer allí una colonia en el término de 3 años.

Emilio Vernet, hermano de Luís, junto a Loreto Sáez, cuñado del colonizador, viajan de inmediato al Sur a explorar el terreno y las instalaciones abandonadas y preparar viviendas para la radicación de sus familias y las de otros colonos. Desde Buenos Aires, Vernet escribe a amigos de Europa para interesarlos en participar de la empresa, informándolos de las riquezas de las Malvinas.

El 10 de junio de 1829, el gobernador Martín Rodríguez y su ministro Salvador María del Carril deciden nombrar un comandante político y militar en las Malvinas y las adyacencias al Cabo de Hornos en el mar Atlántico, designando para ese cargo a Luís Vernet, “teniendo en cuenta las condiciones que reúne“.

A solo 35 días del nombramiento, al mando de una flotilla propia, Luís Vernet regresa a Malvinas, esta vez con su esposa. De inmediato, el nuevo comandante se dedica a diversas tareas. En primer lugar, de acuerdo al decreto de Martín Rodríguez, arma una batería bajo la bandera nacional. Luego toma otras medidas, desde hacer un relevamiento topográfico a estudios sobre la flora, fauna y clima, pasando por la instalación de una lobería en la isla de los Estados. Se vincula personalmente con los 80 colonos en Malvinas, a quienes aconseja técnicamente. Promete y cumple la rápida construcción de mejores viviendas con maderas que trae de la Isla de los Estados. También toma el compromiso de darles en propiedad espacios para su cultivo o explotación ganadera. La minuciosa descripción de sus labores, es conocida por el diario que lleva su culta esposa.

La incesante correspondencia de Vernet llama colonos explicándoles las ventajas del lugar. Y comienza a arribar gente de diversos lugares del globo y en particular gauchos, que pronto son mayoría. Todos reciben del comandante tierras, semillas y herramientas.

Asimismo se preocupa con éxito para crear un clima de camaradería y solidaridad entre los colonos.

Los gauchos venidos de Buenos Aires apresan caballos salvajes, los doman y domestican. Diversas iniciativas entran a funcionar rápidamente. Un saladero para carne vacuna y pescado sirve para abastecer a los barcos de paso y exportar en sus propios navíos. También encarga la construcción, bajo diseño y dirección propios, de una goleta llamada “Aguila”, que lleva a feliz término para la pesca de anfibios, tripulada con 10 hombres.

Construye el navío con maderas de la Isla de los Estados y metales de naufragios, todo trabajado en sus talleres de herrería y carpintería.

En un renglón industrial pasará también a la historia al inventar una fórmula química para permitir que los cueros lleguen bien a destino, soportando las largas travesías. De allí surge la palabra “vernetizar” que se difundió en la Argentina y el mundo. En las piletas construidas por el comandante, llegó a “vernetizar” hasta 3.000 cueros por día. El invento le mereció un gran prestigio y hasta el elogio público del ingeniero Carlos Pellegrini. Allí quedaron confirmadas sus cualidades de científico.

El gobernador no descuida la atención a los frecuentes naufragios en esos mares. en esas costas. El marino y sus tripulantes fueron salvados y auxiliados por medio del “Aguila”, que pone en manos del capitán en desgracia para las tareas de salvamento. Ante las atenciones de Vernet a esos náufragos, los convenció de aceptar Mateo Brisbane, capitán de la marina británica fue uno de los que perdió su barco, el “Baufort“. Este trabajó en las tareas de pesca y todos se quedaron en Malvinas, junto al capitán Brisbane, cuyos restos reposan allí.

El capitán Fitz Roy, que estuvo en Malvinas con Carlos Darwin, escribió: “El gobernador Vernet me recibió con cordialidad. Posee una gran ilustración y habla varios idiomas. Su casa es una construcción larga y baja, de un solo piso, con gruesos muros de piedra. Encontré en ella una buena biblioteca compuesta de obras españolas, alemanas e inglesas. Una alegre conversación amenizó la comida, a la cual asistieron el gobernador Vernet, su esposa y algunos invitados. Por la noche hubo música, canto y baile. En la habitación había un gran piano, la señora de Vernet, una bonaerense, nos dejó oír su excelente voz, que sonaba un poco extraño ‘en las Falkland’, donde solo esperábamos encontrar algunos loberos”.

Luis Vernet demostró una incansable fe en sus proyectos. Allí invirtió y perdió toda su gran fortuna. “...lo que pensábamos realizar en un año–dijo– estuvo terminado al cabo de cinco. Mis socios se desanimaron y me vendieron sus derechos....Compré 5 barcos y los perdí...” (con el acto de piratería inglés).

La preocupación del gobernador de Malvinas, Tierra del Fuego y adyacencias, por la preservación de especies que explotaban pescadores furtivos, pide sin resultado un barco de guerra y hombres de caballería a Buenos Aires. No obstante, con sus escasos medios, Vernet, luego de advertir de las restricciones vigentes a sus respectivos capitanes, detiene a las goletas norteamericanas “Harriet”, “Braskwater” y “Superior”. Con las naves propias y las incautadas, viaja a Buenos Aires para presentar su acción al Tribunal de Presas, dejando a cargo a su segundo Enrique Meteaf.

En esa ausencia de gestiones del gobernador, Estados Unidos, que no reconoció la soberanía argentina, ataca con su cañonera “Lexington”, comandada por el corsario Silas Duncan, y destruye la obra allí realizada con una colonización pujante y en continuo aumento.

Luego, el 31 de diciembre de 1831, apoyándose solo en la fuerza de su Marina Real, Inglaterra ocupó las Malvinas, convirtiendo al archipiélago en colonia, cosa que Argentina no ha dejado de reclamar nunca.

El 19 de noviembre de 1832, Vernet y su familia regresaron al puerto de Buenos Aires a bordo de la apresada goleta lobera “Harriet”.

“Nadie lo sabía en ese momento, pero la primera represalia armada extranjera iba a desencadenarse brutalmente sobre la indefensa comunidad de Puerto Soledad. Nada menos que el ataque de la nave de guerra estadounidense “Lexington”, agrega Armando Fernández.

El esforzado, creador y talentoso Luís Vernet, murió en San Isidro (Buenos Aires) a los 80 años de edad, el 7 de enero de 1871, luego de un escabroso período de juicios calumniosos en su contra, que pudo superar.

Poco después, el general Bartolomé Mitre, escribiendo elogiosamente sobre Vernet y su “preservativo de cueros”, dijo: “Murió pobre después de enriquecer a un país”, escribió Enrique Oliva.

## **La Lexington**

La captura de los pesqueros estadounidenses “Harriet”, “Breakwater” y “Superior”, de parte del gobierno del gobernador Luis Vernet, cayó muy mal en el que sería el imperio del siglo veinte.

El cónsul en las entonces Provincias Unidas del Río de la Plata era George Slocum y ordenó al capitán Silas Duncan, comandante de la fragata de guerra “Lexington”, anclada en el puerto de Buenos Aires que avanzara hacia las islas Malvinas.

El 28 de diciembre de 1831 las balas de cañón provenientes de la “Lexington” comenzaron a caer sobre la indefensa colonia de Puerto Soledad. La fragata de guerra había entrado tranquilamente al puerto malvinero y desde allí sus baterías navales castigaban a placer las inermes defensas nacionales.

“Entre casas y depósitos que ardían furiosamente, desembarcaron las tropas estadounidenses. Los depósitos abarrotados de pieles de focas y lobos marinos se vieron metódicamente saqueados y llevados a las bodegas de la nave extranjera. Varios oficiales argentinos fueron hechos prisioneros y algunos colonos, que intentaron defender sus pertenencias, resultaron cruelmente azotados.

Triste suerte corrieron también algunas mujeres, entregadas a la lujuria de la soldadesca. El capitán Duncan arrió nuestra bandera y, tal como lo había ordenado el cónsul Slocum, declaró las islas “libres de todo gobierno”. La feroz represalia había sido ejecutada. Y luego, dejando atrás la desolación que había desatado, la “Lexington” se hizo a la mar”, cuenta Armando Fernández en otras de sus crónicas fundamentales.

El gobierno nacional reaccionó enérgicamente; siguiendo directivas de don Juan Manuel de Rosas, el ministro Manuel Maza elevó una protesta formal ante Washington. Como resultado de esta crisis política desatada por el alevoso ataque a la colonia de Puerto Soledad, el cónsul George W. Slocum y el encargado de negocios Bayles fueron declarados personas no gratas y expulsados de nuestro país. Pero el diplomático yanqui se ocupó de informar al ministro inglés, John Woodbine Parish, sobre el estado de indefensión en que se hallaban las Islas. Inglaterra, madre patria de EE.UU., y sempiternos aliados luego de la guerra de la independencia que las colonias norteamericanas debieron librar, tomó buena nota de los informes de Slocum. Los nunca abandonados planes de apoderarse de las Islas Malvinas recibieron nuevo brío, relata el citado investigador.

Sir Tomás Baker, jefe de la fuerza naval británica en América del Sur con base en Río de Janeiro, ordenó que las fragatas de guerra HMS “Clío” y HMS “Tyne” se hicieran a la mar para invadir esas lejanas islas del Sur.

Después del ataque de la “Lexington”, el gobierno nacional no iba a quedarse de brazos cruzados. En octubre de 1832 la goleta “Sarandí”, comandada por el Teniente Coronel de Marina José María Pinedo, navegaba por las frías y salobres aguas del océano Atlántico. Llevaba a bordo a cincuenta nuevas familias de colonos y a medio centenar de soldados. Además, en uno de los camarotes de la nave se encontraba el nuevo gobernador militar de las islas. Se trataba del Sargento Mayor de Artillería Esteban Francisco Mestivier, quien viajaba acompañado por su esposa, Gertrudis Sánchez, que se hallaba en avanzado estado de gravidez

### **El asesinato de Mestivier**

En octubre de 1832, el Sargento Mayor de Artillería, Esteban Francisco Mestivier, asumió como gobernador militar de las islas Malvinas. Lo acompañaban medio centenar de soldados y un número parecido de colonos.

Aquellos soldados eran condenados, prófugos y vagabundos, reclutados compulsivamente para enviar a las islas.

En poco tiempo articuló el sistema defensivo de Puerto Soledad con cañones que cubrían perfectamente la entrada a los muelles. El llamado “viejo fuerte de los franceses” estaba equipado con aquellos cañones traídos de Buenos Aires.

El segundo de Mestivier era el Capitán José Antonio Gomita, alguien que luego sería muy cuestionado por su actuación. Contaba también con el aporte de la goleta de guerra “Sarandí”, al mando del Teniente de Marina, José María Pinedo. La función del barco era patrullar en torno a las islas y desanimar la caza y la pesca ilegal que llevaban adelante las naves extranjeras.

“La vida en las islas se deslizaba sin mayores novedades y los colonos y los gauchos que las habitaban se dedicaban a sus labores cotidianas. En el fuerte ondeaba la bandera nacional y las baterías costeras ya no hacían temer a la población otro ataque como el de la “Lexington”. Sin embargo, el enemigo inglés no estaba ocioso. Las fragatas “Clío” y “Tyne”, que habían partido de Río de Janeiro, habían llegado a las islas el 20 de

diciembre de 1832 y aguardaban ocultas en Puerto Egmont (Gran Malvina). Merced al trabajo de los espías, sus capitanes sabían que Puerto Soledad estaba defendida por cañones y que una nave de guerra argentina patrullaba los mares aledaños”, cuenta Armando Fernández en su nota “Mestivier, el soldado que pudo haber cambiado la historia”, publicada en “Soldados”, en julio de 2011.

Estalló, entonces, un motín encabezado por el Sargento Manuel Sáenz Valiente, quien dio muerte a Mestivier y a su hijo recién nacido. Gertrudis Sánchez, esposa del gobernador, fue maltratada y vejada por los sediciosos.

“El Capitán Pinedo, que regresaba de un patrullaje con la “Sarandí”, fue sorprendido por los luctuosos sucesos. Rápidamente hizo atrapar a los culpables de la sedición y los confinó a bordo para ser llevados a Buenos Aires. Pero Pinedo ya no tendría tiempo de reaccionar. En la mañana del 2 de enero de 1833, la fragata inglesa “Clío”, al mando del Capitán John James Onslow, se presentó en Puerto Soledad. No abrieron fuego los cañones criollos que podrían haberla pulverizado. El caos reinaba en la colonia malvinera. El Sargento Mayor de Artillerías, Francisco Mestivier, el primer soldado caído en cumplimiento del deber en Malvinas, ya no estaba para comandar la defensa de nuestros territorios insulares”, finaliza la nota de Fernández.

El 8 de febrero de 1833, en la Plaza de Marte, Retiro, los siete sediciosos fueron ejecutados. Al Sargento Manuel Sáenz Valiente, autor material del asesinato de Mestivier, le fue cortada la mano derecha, antes de ser ahorcado. En cuanto al capitán Gomila, acusado de encubrimiento, fue degradado.

Mathew Brisbane, antiguo capataz de Luis Vernet, fue nombrado por el capitán Onslow como máxima autoridad civil de las islas, con el título de “Encargado de negocios de la corona”.

Junto a él, tomaron posiciones de privilegio Ventura Pazos, William Dickson y el alemán Wagner, entre otros.

Brisbane tenía por misión izar la bandera británica cada vez que una nave extranjera llegaba a puerto para indicar que esos territorios insulares pertenecían al imperio.

“Bajo la protección inglesa, este grupo de individuos comenzó a ejecutar una política de opresión y expoliación sobre los peones criollos que residían en las islas”, cuenta Fernández en sus crónicas.

**“Un gaucho llamado Antonio Rivero”, por Armando S. Fernández (publicado en el número 181 de la revista “Soldados”, en setiembre de 2011).**

“El despojo había sido consumado. El 3 de enero de 1833 la bandera británica ondeaba en Puerto Soledad, Islas Malvinas. Y bajo el poder inglés, una nueva administración se hizo cargo interinamente del gobierno insular. La reacción argentina se limitó a una serie de protestas diplomáticas ante Gran Bretaña, las cuales ni siquiera fueron respondidas.

Las naves de guerra HMS "Clío" y HMS "Tyne" habían partido de las Islas dejando como máxima autoridad civil, con el título de "Encargado de negocios de la Corona", a Mathew Brisbane, antiguo capataz del gobernador nacional Luis Vernet.

El nombrado Brisbane tenía la obligación de izar el pabellón inglés cada vez que una nave extranjera arribara al puerto para, con este acto, señalar que las islas pertenecían al imperio británico. Secundando a Brisbane estaban Ventura Pazos, William Dickson y el alemán Karl Wagner. Este grupo de individuos ejecutó una política de opresión y expoliación sobre los peones criollos que se habían negado a abandonar las Malvinas a bordo de la goleta argentina "Sarandí".

Poco a poco, este lamentable estado de cosas y el rencor por el atropello y desalojo de las legítimas autoridades nacionales, se acumuló entre un grupo de paisanos y de ellos, como líder natural, surgió la figura del gaucho Antonio Florencio Rivero.

### LA REBELIÓN DE LOS GAUCHOS

El domingo 26 de agosto de 1833 estalló la rebelión encabezada por el gaucho Rivero. Él y siete de sus compañeros se alzaron en armas y pasaron a cuchillo a Mathew Brisbane, a Ventura Pazos, a William Dickson, al alemán Wagner y a algunos otros.

La bandera británica fue arriada del mástil de la gobernación y en su lugar se izó la enseña de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Las Malvinas volvían a estar en manos nacionales, merced al coraje de un puñado de criollos, hartos de los atropellos y el despojo.

Aquellos valientes contaban con que desde Buenos Aires llegarían los refuerzos que respaldarían aquel acto de coraje. De modo que, con ansiedad, esperaban ver entrar a puerto a naves de guerra argentinas. En Buenos Aires, en tanto, el ministro Francisco Maza urgía a Rosas a enviar una expedición armada a Malvinas, luego de que la llegada de la goleta "Sarandí", capitaneada por José María Pinedo, trajera las funestas noticias de la toma de las Islas por parte de los ingleses.

El pueblo porteño exigía que se enviara tal expedición. Pero nada de ello se hizo e inexplicablemente los esfuerzos argentinos se centraron en estériles protestas diplomáticas. Los que sí regresaron a Malvinas fueron los británicos.

### CACERÍA HUMANA Y PRISIÓN

La mañana del 7 de enero de 1834, a poco más de un año del despojo de nuestras Islas Malvinas, la goleta de guerra "Challenger" al mando del teniente Henry Smith, se hizo presente en Puerto Soledad. Los soldados británicos desembarcaron y tres días después, el 10, la enseña inglesa volvía a ondear en el mástil de la gobernación malvinera. Ante la lógica desproporción numérica, Rivero y sus gauchos debieron huir, buscando refugiarse en el interior de las islas. Smith ordenó la despiadada persecución de nuestros patriotas.

Una circular suya, emitida el 6 de febrero de 1834, advertía a todos los capitanes de los buques que recalaban en Malvinas que cualquier ayuda que se prestara a los criollos fugitivos sería interpretada como una agresión hacia Inglaterra. Tres goletas inglesas

vigilaban las costas para impedir que el entrerriano y sus hombres pudieran embarcar en alguna nave y así escapar hacia el continente.

Entretanto, las patrullas inglesas trataban de dar caza a los criollos en las Islas. Pero Rivero y sus gauchos no eran hueso fácil de roer. Aunque acosados por el hambre, el frío y las partidas enemigas, conocían perfectamente el terreno. No fue sencillo atraparlos. Dieron lucha y en ella, aunque algunos de sus compañeros perecieron, también cayeron varios soldados del imperio.

Finalmente, el 14 de abril de 1834, luego de más de tres meses de persecuciones y combates, Antonio Florencio Rivero resultó capturado por los británicos.

Fue enviado a Londres y allí padeció los horrores de la siniestra prisión de Newgate. Entonces el valiente gaucho se encomendó a Dios. Pero otro sería su destino.

Seguramente por razones políticas, a los ingleses no le convenía convertirlo en mártir, llevarlo al cadalso y exacerbar de tal modo al pueblo y gobierno de Buenos Aires. Por consiguiente y en silencio, fue embarcado con destino al Río de la Plata. Según algunos historiadores, Rivero murió combatiendo contra la flota anglofrancesa en la Vuelta de Obligado el 20 de noviembre de 1845.

#### LOS OCHO DE MALVINAS

Antonio Florencio Rivero había nacido en Arroyo de la China, provincia de Entre Ríos, el 27 de noviembre de 1808 y fue llevado a las islas para trabajar como peón por el gobernador Luis Vernet alrededor de 1827. En la rebelión que restauró temporalmente nuestra soberanía lo acompañaron otros dos gauchos y cinco indios. Sus nombres eran: JUAN BRASSIDO, JOSE MARIA LUNA, MANUEL GONZALEZ, LUCIANO FLORES, FELIPE ZALAZAR, MANUEL LATORRE Y MANUEL GODOY. Pasaron a la historia como "LOS OCHO DE MALVINAS" y con justicia pueden ser considerados los primeros combatientes por nuestros derechos soberanos en el Atlántico Sur", termina diciendo la excelente nota de Armando S. Fernández.

“Las voces inglesas los acusan de delincuentes, los señalan como “indios y gauchos asesinos”, poco más que animales. Pero la historia argentina tampoco se ha puesto de acuerdo en cómo tratarlos. La academia ha cerrado la discusión creyendo a pie juntillas los expedientes británicos. Para el revisionismo, en cambio, Rivero fue el primer defensor de la soberanía nacional en las islas Malvinas. Me gusta la explicación del historiador marxista Eric Hobsbawm, que escribió sobre los bandidos sociales –los Robin Hood que el pueblo admira– como personajes rurales que buscan “corregir los abusos” mediante una “justa venganza”, y los consideró una forma “primitiva de protesta”. Quizás, sin saberlo a ciencia cierta, el Gaucho hizo patria, así, en minúscula, sin la pompa ni el mármol de los grandes generales, pero con la segura certeza del hierro popular”, escribe Hernán Brienza.

En enero de 1834 el buque Challenger y la embarcación Hopeful llegaron a las Malvinas. Al mando del teniente Henry Smith comenzaron la persecución de Rivero y sus compañeros. Arriaron la bandera argentina y volvieron a levantar la inglesa.

Fue el tiempo de la guerrilla en Malvinas. Hasta que Luna cayó detenido. El 18 de marzo de aquel año terminó la insurrección.

“Hambrientos, muertos de frío, delgados, fueron engrillados y alojados en los calabozos de la alcaidía. Unos días después los cinco detenidos fueron embarcados en la nave Talbot rumbo a Londres. El juicio militar a Rivero y los suyos fue una farsa. La acusación de traición a la corona británica fue desestimada de inmediato por la sencilla razón de que ninguno de ellos se había reconocido como súbdito de su Majestad. Los gauchos fueron mostrados como animales de circo y los fiscales, incluso, dudaron de su condición de seres humanos. El cautiverio en territorio enemigo duró prácticamente un año. En 1835, Rivero y los suyos fueron embarcados rumbo a Buenos Aires”, cuenta Brienza.

### **En Inglaterra**

“La prisión de Newgate, en Londres, era un gran edificio cuadrado levantado con enormes piedras de color gris negro, las que en su cincelado parecían imitar la piel del tigre. Desde la calle, los transeúntes podían ver las ventadas de las celdas selladas con gruesos barrotes de hierro. La de entrada, era una gran puerta de hierro y en ella podría haber estado perfectamente inscrita la leyenda que, según asevera el poeta Dante Alighieri en su Divina Comedia, se encuentra grabada en las puertas del infierno: “Abandonad toda esperanza, vosotros que aquí entráis”, dice Fernández en su libro sobre el gaucho rebelde.

“Porque Newgate era la prisión de los condenados a muerte. Allí se ejecutaba a los reos más peligrosos de Inglaterra. Los lunes por la mañana la muchedumbre se reunía y pagaba hasta diez libras esterlinas para tener lugares de preferencia y así poder asistir al final de los infelices, a los que la soga del verdugo de Su Majestad enviaba a regiones seguramente más benévolas que este atormentado mundo al que el vientre de una mujer los había lanzado. La prisión que era la principal de Inglaterra, estaba ubicada al lado del puente de Londres y había sido levantada originalmente en el año 1188 siendo reconstruida en 1770. No solo hombres padecían en sus celdas sino que había una sección femenina que albergaba a trescientas mujeres, algunas con sus niños, las que en no pocos casos estaban encarceladas por haber robado unos trozos de pan para dar de comer a sus hambrientos hijos. Estas desdichadas yacían en las celdas junto a prostitutas comunes, ladronas de mayor fuste y crueles asesinas y la sombra de la horca pesaba también sobre ellas”, apunta el historiador.

Es en el territorio de la imaginación donde las ausencias históricas hacen nacer las explicaciones que faltan.

“La opinión pública y el periodismo inglés, enterados de la partida a bordo de la Sloop “Shake” de los supuestos asesinos de aquellas lejanas islas perdidas en el Atlántico Sur se conmocionaron, levantando un revuelo espectacular. Por su lado, Buenos Aires ignoraba completamente a sus compatriotas, como suele suceder generalmente tras las derrotas donde desprotegidos afectiva y jurídicamente debían enfrentar un juicio por el cual, a todas luces, terminarían siendo condenados”, escribe Bottazzini en su novela histórica sobre Rivero.

Agrega: “Únicamente Manuel Moreno, ministro argentino en Reino Unido, movía cielo y tierra tratando de ganar el tiempo necesario para frenar una sentencia que se presentaba sumamente complicada para los pobres gauchos involucrados en este juego político, incomprensible para un hombre común, pero claramente orientado para convertir a un grupo de inocentes en víctimas de una confabulación increíble”.

“Al llegar los reos al Reino Unido los alojaron preventivamente en una prisión existente en la isla de Sheerness, población marítima designada plaza fuerte del condado de Kent, ubicada a 16 kilómetros de Chatam, en la confluencia del Támesis con el estuario de Medway. Allí fueron puestos a disposición de los fiscales reales encargados de llevar adelante la causa. En esa oportunidad y en democrática medida, se procedió a levantarles la incomunicación, permitiéndoles ser visitados por los funcionarios de la embajada argentina, quienes comandados por Moreno, trataban de armar una estrategia inteligente tendiente a suavizar los duros conceptos con los que se intentaba demostrar la peligrosidad y culpabilidad de los acusados”, sigue diciendo el investigador de Rufino, sur de la provincia de Santa Fe.

Más adelante dirá que “solamente el gobierno de Buenos Aires continuaba guardando un silencio hartamente dudoso, demostrando con ese penoso proceder, temer la reacción de sus acreedores ingleses cuando molestos al verlos asumir una postura lesiva para su economía y sus intereses terminarían reclamando la normalización de los servicios impagos de la millonaria deuda contraída... Aquello que parecía una utopía se había logrado, el almirantazgo en escueta nota, procede a comunicar a Hammond la orden de repatriar al acusado tan pronto como fuera posible: “Los lores orden ponga en su conocimiento que al parecer los magistrados judiciales de la Corona, no pueden aconsejar proseguir la acción fiscal del individuo que ha sido traído a Inglaterra bajo la acusación de los asesinatos cometidos en las Falkland en agosto de 1833, y sus señorías han ordenado por lo tanto que se hombre, como las personas arrestadas como testimonio del Rey, sean enviados de vuelta a Sud América por el primer paquete...”, apunta Bottazzini.

### **La Vuelta de Obligado**

Las crónicas sostienen que Rivero se hizo soldado del Ejército Confederado de Rosas y hasta algunos dicen que fue integrante de La Mazorca, dirigida por Ciriaco Cuitiño y Leandro Alén.

Pero casi todos coinciden en el final de Rivero.  
Nada menos que en la batalla de la Vuelta de Obligado.

“En los primeros días de noviembre de 1845 zarpó de Montevideo la escuadra combinada anglo-francesa con el fin de remontar el Paraná, estando compuesta por seis barcos con bandera inglesa y otros cinco con la de Francia, además de las barcas carboneras para abastecer los navíos a vapor. Detrás de este contingente bélico, navegaba un convoy de noventa barcos mercantes de distintas banderas cargado con mercadería para ser comercializadas en Corrientes y el Paraguay. Señala el Historiador Alberto Noblia en su “Reseña Histórica de San Pedro” que “el 14 de Agosto el General Lucio N. Mansilla solicita por nota al Juez de Paz sampedrino, don Benito Urraco, le informe el estado de todas las fuerzas del distrito desde la edad de 15 a 70 años, como también del armamento existente y agrega que se mantenga en Estado de Asamblea a la

Milicia Activa. El 22 el mismo jefe militar pide al Juez el envío de 25 o 30 tirantes de madera fuerte, posiblemente para la construcción de las baterías. El 12 de Noviembre Mansilla envía a San Pedro al Sargento Mayor Julián Bendim al mando de “ciento setenta y tantos” soldados de caballería e infantería, con el fin de rechazar cualquier intento de desembarco por parte de los anglo franceses”.

El 18 de noviembre, la flota invasora pasó frente a San Pedro y desprendió de ella a varias balleneras que penetraron en la laguna con el fin de efectuar un desembarco armado. No lograron su objetivo al ser rechazados a tiros de fusil por un grupo de valientes vecinos comandados por Tomas Obligado. En la tarde de ese mismo día la flota fondeo a la vista de la vuelta de Obligado, pero fuera del alcance de los cañones.

Eran 21 piezas se hallaban servidas por 220 artilleros, protegidos por débiles parapetos de tierra y madera, siendo mandadas respectivamente por Alvaro Alzogaray, Eduardo Brown (Hijo menor del almirante) Felipe Palacio y Juan Bautista Thorne.

Junto a la batería Mansilla, ubicada sobre la playa para tiro rasante, se hallaban amarradas tres gruesas cadenas que atravesaban el río, sostenidas por 24 pontones a los que se había quitado los mástiles y que se hallaban ancladas y aseguradas en la margen opuesta al Bergantín “Republicano”, al mando del capitán de marina Thomas Craig. La cadena poseía un espesor de 1 1/8 de pulgadas y 360 brazadas de largo, habiendo sido solicitada por Mansilla a Buenos Aires el 27 de agosto de ese mismo año

La artillería de los invasores era la más moderna que existía en el mundo. Los barcos ingleses poseían cañones cuya particularidad era que el interior del caño era “rayado”, siendo los primeros que se empleaban en la guerra. El “alma rayada” revolucionaría la armamentística mundial. Por su parte los franceses emplearon el modernísimo cañón-obús “Paixhands” que disparaba balas explosivas de 40 kilos.

Como se sabe esta flota de guerra custodiaba a unos 90 mercantes que querían llevar producción al Paraguay. Esas naves aguardaban detrás de las de guerra, en espera que liberaran el paso defendiendo la banderas del libre cambio y forzando la navegación de lo que eran ríos interiores del país.

Esto era descabellado, como si naves Argentinas pudieran haber navegado de prepo el Sena o el Támesis.

Señala Noblí en su obra citada que: “según las costumbres de esa época, los ríos interiores pertenecían al territorio que surcaban, o sea que se los consideraba como verdadera tierra firme, siempre y cuando ambas orillas pertenecieran al mismo estado. En el caso que las orillas tuvieran distintos propietarios solamente ellos poseían la exclusividad de navegarlo. Estos conceptos jurídicos tenían aceptación mundial y no había legislación, ni nacional ni internacional, que expresara lo contrario, salvo pactos aislados surgidos luego de la finalización de alguna guerra, donde los vencidos se veían obligados a perder parte de sus derechos otorgando al vencedor la libre navegación de sus ríos interiores”.

Cuando aconteció esta batalla las dos orillas del Paraná pertenecían a la Confederación Argentina comandada por Rosas, y recién la Constitución de la Nación Argentina de

1853, dictó el artículo 26: “la navegación de los ríos interiores de la Confederación es libre para todas las banderas”.

En la noche del 18 Mansilla con dos balleneras se acercó a la flota enemiga para reconocerla personalmente. Disparos de fusilería provenientes de las naves invasoras lo obligaron a retornar a las baterías. El día 19 transcurrió en paz por dos razones, carencia de vientos favorables para las velas de las naves invasoras y por una intermitente lluvia. Por su parte Mansilla, ese día, efectuaba un segundo reconocimiento.

El 20 cambian las condiciones atmosféricas, finaliza la lluvia, se disipa la niebla y comienza a soplar un viento suave, sostenido y a favor para las naves invasoras. A las 8,30 de la mañana de ese mismo día, los barcos anglo-franceses comienzan a moverse.

Al notarlo Mansilla arengó a sus hombres diciendo:” ¡Allá la tenéis! Considerad el insulto que hacen a la soberanía de nuestra Patria al navegar, sin más título que la fuerza, las aguas de un río que corre por el territorio de nuestro País. ¡Pero no lo conseguirán impunemente! ¡Trémola en el Paraná el pabellón azul y blanco y debemos morir todos antes que verla bajar de donde flamea!

A continuación la banda del Regimiento Patricios de Buenos Aires comenzó con los acordes del Himno Nacional que fue coreado por toda la tropa.

Al frente de la escuadra navegaba la fragata “San Martín”, ex nave insignia del Almirante Brown, vilmente apresada frente a Montevideo, luciendo el pabellón de Francia. Cuando llegó a las proximidades de la primer batería Mansilla dio la orden de fuego gritando “VIVA LA PATRIA”, señal ya tradicional en nuestras guerras. A medida que los invasores se acercaban se generalizó el cañoneo.

Cuando el Libertador don José de San Martín se enteró del bloqueo a los puertos de la Confederación, inmediatamente le escribió a Rosas ofreciendo sus servicios de militar, y cuando tuvo noticias de los acontecimientos de Obligado, realizó otro tanto con el General Guido inmortalizando la frase: “que los Argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca”.

En marzo de 1849, Rosas contestó una carta al Libertador en los siguientes términos: “Nada he tenido más a pecho en este grave y delicado asunto de la intervención, que salvar el honor y dignidad de las repúblicas del Plata, y cuando más fuertes eran los enemigos que se presentaban a combatirlos, mayor ha sido mi decisión y constancia para preservar ilesos aquellos queridos ídolos de todo americano. Usted nos ha dejado el ejemplo de lo que vale esa decisión y no he hecho más que imitarlo. Todos mis esfuerzos siempre serán dirigidos a sellar las diferencias existentes con los poderes interventores de un modo tal que, nuestra honra y la independencia de estos países, como de la América toda, queden enteramente salvos e incólumes." .

“No puedo concebir que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española. Una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer.", sostuvo San Martín.

Dispuso entonces: “El sable, que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América de Sur, le será entregado al general de la República

Argentina, don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarnos."

La lucha continúa pero ya las naves invasoras van cruzando la línea mientras cañonean terriblemente a la batería Manuelita, quién puede contestar solo esporádicamente debido a la escasez de balas.

En esos momentos un proyectil de artillería enemigo voltea al heroico Juan Bautista Thorne, jefe de la batería que, al golpear su cabeza en la tierra sufre una afección por la cual pasará a la historia con el apodo de "El Sordo de Obligado". Otra versión sostiene que la sordera de Thorne se produjo a consecuencia de estar tanto tiempo al lado de cañones que disparaban sin cesar durante casi nueve horas, varios artilleros sobrevivientes padecieron las mismas consecuencias. Las baterías finalizan su lucha ya sea por falta de municiones, o porque directamente habían sido arrasadas por el cañoneo. Es en éste momento cuando comienzan los intentos de desembarco masivo del enemigo.

Sin embargo la situación no da para mucho más. Con las baterías mudas por el fuego enemigo o la falta de municiones, la "Gorgon" y la "Firebrand" se acercan a la costa. Son las 5,45 de la tarde. Dos compañías de infantes comandadas por Sullivan se descuelgan de los barcos hacia los botes y enfilan hacia la playa en un segundo intento de desembarco. Este nuevo ataque se compone de 325 hombres que hacen pié en tierra firme a la altura del morro donde estaban amarrados los extremos de las cadenas, con el apoyo constante de la artillería de sus barcos. Media hora después lo hace el comandante francés con 100 hombres más.

En ese momento los encargados de la defensa de la soberanía nacional, en esa zona, son el Batallón Norte y los Patricios Nicoleños, ambos de San Nicolás, compuesto por múltiples sampedrinos, quienes cargan a bayoneta calada a los invasores y los obligan a retornar a sus botes para luego reembarcarse nuevamente. Mientras se desarrolla la lucha cuerpo a cuerpo, un casco de metralla hiere a Mansilla, quien debe ser sustituido en el mando por el segundo jefe de las fuerzas patriotas de Obligado, el Coronel Francisco Crespo.

Un tercer desembarco de los aliados se produce a continuación, pero esta vez no puede ser rechazado por los patriotas en retroceso debido al intenso cañoneo y los cohetes disparados por la "Expeditive", "Procide" y "Philomel". Las arremetidas de la caballería Federal en su intento de rechazar el ataque son vanas y las tropas anglo-francesas mandadas por Sullivan y Tréhouart en persona se hacen dueños del lugar.

Ha comenzado a caer la defensa de Obligado, luego de casi doce horas de intenso combate. Las fuerzas patriotas se retiran rumbo a San Nicolás con el fin de reorganizarse.

Como queda dicho, entre los participante de la batalla estuvo el legendario gaucho Antonio Rivero, protagonista de la rebelión en Malvinas contra la dominación inglesa.

Antonio Rivero fue dado de alta en el ejército de Buenos Aires por el gobernador Juan Manuel de Rosas y allí prestó nuevos servicios hasta que, como lo comprobara el

historiador José María Rosa, murió en su ley de gaucho patriota, al pie de una batería argentina peleando contra los ingleses el 20 de noviembre de 1845 en la Vuelta de Obligado. Algunos "historiadores" (sic), a pesar de la heroica y esforzada vida de Antonio Rivero, prefirieron mezquinarle honores diciendo que fue un gaucho pendenciero porque se basaron en las crónicas británicas sobre la sublevación de Malvinas. Hasta la Academia Nacional de Historia en un dictamen dado en Buenos Aires 19 de abril de 1966 con la firma de los académicos Ricardo R. Caillet-Bois y Humberto F. Burzio sostuvo que "los antecedentes documentales hasta ahora conocidos, no son nada favorables para otorgar a Rivero títulos que justifiquen un homenaje".

En 1846 llegó al Plata, enviado por ambos gobiernos, el ex cónsul Thomas Samuel Hood y sus propósitos de arreglo no tuvieron éxito a pesar de su buena voluntad. El repetido fracaso de los diplomáticos europeos agudizaba el problema y tenía visos de nunca acabar.

Por ello, a comienzos de 1849, el Premier Palmerston envió a Buenos Aires a Henry Southern munido de especiales instrucciones, quien tras arduas negociaciones anunció que su país aceptaba la posición defendida por nuestro gobierno.

Concluyeron las deliberaciones con los tratados Southern-Arana (24 de Noviembre de 1849) y Arana-Lepredour (31 de agosto de 1850) cuyos puntos análogos establecían: suspensión de hostilidades en Uruguay, devolución de Martín García y barcos apresados, reconocimiento de la exclusiva jurisdicción y control argentino sobre sus ríos interiores, consideración del general Oribe en su investidura legal.

El pabellón argentino sería solemnemente desagaviado. La victoria estaba totalmente consumada. Los cañones de la fragata Southampton, "saludaron con 21 disparos de desagravio y homenaje a una humilde bandera, desconocida del mundo, pero no ignorada por ellos".

Para el historiador sampedrino Eduardo Héctor Campos en su libro "El combate ignorado. Vuelta de Obligado", es necesario destacar "el rol que tuvo esta acción de combate en el marco de las guerras internas que vivió nuestro país y que sirvieron para definir el tipo de nación que se deseaba construir".

Según Campos, "hablar de este combate es hablar de dos proyectos de país, proyectos que harán que los argentinos libren, con algunas interrupciones, una guerra civil desde la independencia y que les llevará casi un siglo definir. La acción de Obligado permite observar argentinos presentes también en el bando anglo francés lo que permitiría sumar argumentos para vincular también a este combate dentro del marco de nuestra larga guerra civil".

Más adelante apunta que "las generaciones continúan sucediéndose y los proyectos Unitario – Federal están continuamente pujando en nuestro interior aunque no lo percibamos, como emerge en la frase que, cuando se toca el tema, no falta un argentino que la suelte como al pasar: "Si las invasiones inglesas se hubiesen visto coronadas por el éxito, muy otro hubiera sido el curso de nuestra historia, así como el destino de la Argentina". No son pocos los que lamentan la derrota inglesa suponiendo que, con el triunfo británico, nuestro país habría alcanzado hoy el desarrollo de los Estados Unidos, Canadá y Australia".

Termina diciendo Campos una frase de Leopoldo Marechal: “La historia no es una ciencia; es el arte de mostrar una cara limpia y esconder un culo siniestro”.

En el billete de 20 pesos, en tanto, en la vida cotidiana de los argentinos del siglo veintiuno, está la imagen de la Vuelta de Obligado.

Y su recuerdo evoca la resistencia al imperio británico y el misterio que envuelve la palabra soberanía.

### **La presencia de Rivero**

“Dicen que los ingleses eran los dueños de su destino. Aquellos que lo quisieron ajusticiar en las islas lejanas del Sur, los que quisieron colgarlo por traidor a la Corona en esa otra isla chúcará, los que estuvieron allí, demorados en el Paraná por las cadenas del general Lucio Mansilla. Porque fue justamente allí, en la Vuelta de Obligado, ese heroico 20 de noviembre del 45, donde el Gaucho Antonio Rivero encontró el final de agua y de fuego que toda la vida lo anduvo buscando”, termina Brienza su hermoso relato sobre el hombre nacido donde por primera vez se declarara la independencia de estas tierras, en Arroyo de la China, hoy Concepción del Uruguay.

Al igual que Cabral, los huesos de Rivero debieron ir a parar a una tumba colectiva y anónima.

Tan colectiva, anónima y cotidiana como es la entrega de los que son más a favor de un país con libertad, justicia e igualdad.

Mayorías que no aparecen en la televisión ni en la radio pero que hacen, con su esfuerzo diario, la historia concreta de la esperanza.

Un proyecto que está vivo en la memoria.

A la cual siempre hay que volver para darle sentido colectivo, justamente, a la vida individual de cada uno.

Y en ese sentido superior a lo particular, en el corazón mismo de la dignidad que anida en las historias de los anónimos, allí aparecen los peones heroicos, Cabral y Rivero.

Síntesis de los que pelean para hacer realidad sus sueños.

## **Capítulo 15**

### **Cabral, Rivero y Malvinas**

*-La verdadera historia de la Patria se escribe con estos simples símbolos del día a día de la gente común. Con su discurrir anónimo y profundo. Con su sacrificio solidario y desinteresado. Parte de esa historia es la historia de los gauchos soldados, de los peones soldados. Es la de Malvinas. Con su historia chica y vulnerable de luchas de poder económico y político, de intereses de élites y de grupos imperiales. Y con una épica de gente común llamada a actos heroicos y valientes. Con ejemplos increíbles de solidaridad y sacrificio. Muchas veces incomprensidos por la sociedad de donde surgieron...-escribió Roberto García Lerena en “Los peones de Malvinas”.*

El billete de 20 pesos refleja el combate de la Vuelta de Obligado.

No está mal.

El heroísmo de las cadenas, la resistencia ante las principales potencias del mundo de entonces, Francia e Inglaterra y la dignidad de un pueblo perdido que demuestra su dignidad.

Sin embargo se perdió.

Los ingleses y los franceses pasaron.

Cortaron las cadenas y avanzaron por los ríos interiores.

En pleno siglo veintiuno, el símbolo que es sinónimo de soberanía recuerda, todos los días, que semejante gesto equivale a una derrota.

Sin embargo, aquella guerra del Paraná continuó.

El pueblo argentino no se rindió.

Y siguió habiendo peleas, combates y escaramuzas.

Hasta que un día, en estos desolados confines del mundo, donde la civilización solamente era una palabra que nunca parecía nutrirse de realidad, el 4 de junio de 1846, en Punta Quebracho, sur de la provincia de Santa Fe, los paisanos les ganaron a los poderosos invasores.

En el exacto lugar de la contienda, una maravillosa terraza cósmica que dibuja el Paraná a la altura de Puerto General San Martín, se levanta hoy la multinacional Cargill que llega a facturar 9 mil dólares por minuto y no paga impuestos provinciales.

Aunque hay una cruz y una placa que nada dice, ese punto del mapa argentino fue – alguna vez- monumento nacional. En los papeles sigue siéndolo. El problema es que corrieron de lugar ese mojón. Le molestaba a la empresa estadounidense.

El viejo Heráclito, en Éfeso, hacia el siglo quinto antes de Cristo, sostuvo que nadie se baña dos veces en las aguas del mismo río. Quería reflejar el continuo cambio de la realidad. El movimiento como eje del universo. Fuego que se prende y se apaga de manera constante. Eso decía aquel filósofo caratulado como un presocrático, según la historia del pensamiento occidental.

Uno tiene la sensación que efectivamente Heráclito tiene razón. Las aguas de los ríos nunca son las mismas. Pero ese curso de agua que desemboca en el mar también es portador de la memoria del pueblo o los pueblos que crecieron, amaron y sufrieron en sus barrancas o en sus orillas.

A doscientos años del combate de San Lorenzo y ciento ochenta años de la reconquista de Malvinas que lleva adelante Rivero y sus compañeros, estar en Punta Quebracho es sentir que el Paraná tiene un mensaje.

Aquel 3 de febrero de 1813, los representantes del rey español fueron derrotados por un pequeño ejército compuesto por peones, hijos de esclavos y criollos que luchaban por decidir su futuro sobre la tierra donde habían nacido.

Cabral, aquel morocho de casi dos metros de altura, murió muy cerca del Paraná con la idea de que su sacrificio tenía sentido en homenaje a las futuras generaciones que poblaran esas regiones.

Rivero, también en otro maravilloso dibujo que ofrece el poder del Paraná, en la Vuelta de Obligado, terminó sus días enfrentando a otro invasor, poderoso, como la alianza anglo francesa.

Un año después, la resistencia del pueblo argentino, en Punta Quebracho, otra vez con el Paraná como testigo, logró su victoria sobre la primera potencia imperial de entonces.

Es cierto que las aguas nunca son las mismas, pero sobre las costas y barrancas del Paraná hay algo que no cambia: la decisión de un pueblo de enfrentar a los mandamás del planeta para expresar que no quieren resignarse a vivir pidiendo permiso sino que eligen la libertad de construir sus propios sueños y convertirlos en realidad de acuerdo a sus proyectos y no según las imposiciones de afuera.

El Paraná, por lo tanto, es un río que tiene un claro mandato de libertad y soberanía, de dignidad y resistencia, de esperanza y futuro.

Sobre ese lugar de singular belleza, donde las aguas marrones se transforman en distintos colores según el juego que haga el sol al reflejarse en su curso, el ciclo de doscientos años parece hacerse pequeño.

Y allí está Rubén Rada, varias veces presidente de los Ex Combatientes de Malvinas a partir de los años noventa.

-Yo laburaba y era hijo de laburantes. Fui a pelear a Malvinas para defender la bandera. Como me enseñó mi viejo que también era trabajador. Y acá cerca peleó Cabral y más allá, en la Vuelta de Obligado, lo hizo Rivero... Los dos eran laburantes y pelearon contra los invasores. Eran peones, trabajadores, gente bien de abajo. Como la mayoría de nosotros que peleamos en Malvinas. Me parece que ya es hora de reconocerlos – dice el veterano.

La continuidad de la historia no es forzada.

Por lo menos no se siente de esa manera allí, al borde del Paraná, en Punta Quebracho donde, efectivamente, le ganamos a los ingleses.

Muy cerca, donde ahora funciona el Museo del Convento San Carlos de San Lorenzo, Juan Scapigliati, director del mismo, relata que en los tiempos de la revolución los franciscanos apoyaron el movimiento de liberación.

-Hay que destacar al cura guardián de ese momento del convento, Spuru, le envía un saludo al nuevo gobierno. Son nuevos tiempos pero los sacerdotes juegan a favor de lo nuevo. Ya habían apoyado a Belgrano para instalar sus baterías con materiales que estaban usando para restaurar el convento. Estaban comprometidos con la revolución – sostiene Scapigliati.

En Saladas, en la provincia de Corrientes, mientras tanto, Carina, una maestra de tercer grado le cuenta que Cabral, el hijo de esas tierras, “fue un héroe y que hay que estar muy orgullosos de formar parte del mismo lugar donde nació. Pero también es verdad que los chicos de hoy no encuentran mucha relación con él”, confiesa.

La maestra es sincera y habla con este cronista en medio de los festejos del 25 de mayo de 2012, donde una escuela camina por las calles centrales de la ciudad con una gran bandera que anuncia que el próximo año recordarán los 200 años del paso a la inmortalidad del saladeño más famoso, Juan Bautista Cabral.

Rubén Torres es el titular del Centro de Ex Combatientes de Malvinas de Saladas. Está orgulloso de desfilarse junto a la gente de su pueblo y teniendo en el horizonte cercano el bicentenario del combate de San Lorenzo.

Dice que la guerra de 1982 los sorprendió cuando eran muy jóvenes.

-Pero siento orgullo de pertenecer a la tierra de San Martín y Cabral. Los chicos nos toman de referentes. Dicen que nos parecemos a Cabral, que somos los Cabral de este siglo... Para mi es necesario defender la patria, cantar el himno y respetar los símbolos – dice Rubén no sin melancolía y una marca de tristeza que no parece irse.

Uno de los grandes historiadores de la Argentina, Norberto Galasso, autor de la imprescindible obra sobre San Martín, “Seamos libres, lo demás no importa nada”, marca la contradicción de las crónicas oficiales en torno a Cabral.

-Encontré una carta del que sería el padre o mejor dicho el dueño de Cabral que le pide a San Martín que no lo haga pelear con la caballería, sino con la infantería. Hablaba como si fuera el dueño de un esclavo. Los del Instituto Sanmartiniano no dijeron nada. Hasta que un sacerdote escribe un libro donde dice que se trata de un esclavo y que cuando muere dice su famosa frase: “Muero contento hemos batido al enemigo”, pero en guaraní. Seguramente era bilingüe, como San Martín también lo era. De allí que traduce la frase y lo escribe en el parte de batalla. Cabral agoniza en el Convento. Para Mitre y la gente civilizada esto es irritante: que tanto Cabral como San Martín supieran y fueran guaraníes es mucho. No lo pueden soportar. Y tampoco se encontró su nombramiento como sargento – sostiene Galasso.

Una vez más en Saladas.

Rosa es una mujer muy simpática que trabaja en el museo histórico donde hay una potente recreación artística de Cabral en una de sus esquinas.

Ella está acostumbrada a contar la historia a los visitantes.

-El sargento Juan Bautista Cabral nace a 16 kilómetros de aquí. En el campo de los Casafús. Lo traen con la peonada. Y luego va con los granaderos en Retiro y muere el 3 de febrero de 1813 en la batalla de San Lorenzo... Lo valoramos mucho. Es muy importante lo que hizo. Se hizo la patria gracias al coraje del negro Cabral – dice Rosa y hay algo que emociona cuando pronuncia esa última parte “gracias al coraje del negro Cabral”.

Lo dice con orgullo y también con ternura y simpleza.

El orgullo, la ternura y la simpleza que caracteriza a las mayorías argentinas cuando reconocen que uno de los suyos es reconocido por auténtico y valiente.

Elpidio González está vestido de gaucho.

Es hombre de a caballo.

Está en el desfile junto a su pueblo. Es 25 de mayo de 2012.

El sol de la tarde va pintando las primeras sombras en Saladas, la tierra de Cabral.

Elpidio lleva orgulloso la bandera argentina.

Es el principal referente del Centro Tradicionalista “Juan Bautista Cabral” de esta porción de la geografía correntina.

-Juan Bautista Cabral fue un morocho, un negrito, hijo del indio Francisco y la esclava Carmen. Desde niño fue educado en las difíciles tareas rurales y se convirtió en un muy buen jinete. Se enganchó en las milicias y se sumó entonces al regimiento de Granaderos a Caballo. Seguramente cuando se embarcó con destino a Santa Fe no sabía que, en realidad, su destino sería muy grande. Lo único que tenía viajó con él: dos fletes, según dicen los testimonios de la época. Aunque cuentan que estuvo en las invasiones inglesas eso no es verdad, primero por la edad y segundo porque eso se desprende de una carta y él no sabía leer ni escribir. Era analfabeto pero hablaba el guaraní y el castellano también. Para nosotros Cabral es el ejemplo de lo que son capaces los hombres más humildes que están aferrados a la suerte de su tierra y que son amantes de sus familias. Siento orgullo como saladeño por Cabral – dice Elpidio, fiel creyente en cada una de las palabras que pronuncia, en cada una de las palabras que desde el fondo de la historia hace que él se sienta único en este lugar del mundo.

Armando Fernández nos recibe en su casa en un edificio cercano a la Plaza de Mayo, allí donde nació el sueño colectivo inconcluso de la Argentina.

Sus notas y libros son los principales documentos utilizados para la realización de esta investigación.

Es un hombre apasionado y generoso.

Y trata de contagiar sus sentimientos cuando refiere la historia de Rivero en Malvinas.

-Cuando la Sarandí marchó a Buenos Aires, Rivero y sus indios se quedaron. Maza urgía a Rosas para recuperar Malvinas pero había otros asuntos que le merecían más atención. Los nuevos jefes pusieron al nuevo gobernador. Empezó un tiempo de explotación y expoliación. Entonces a los peones les estalló la rebeldía liderados por Antonio Rivero. Había nacido en 1808 en Arroyo de la China. Esa rebeldía fue llevada adelante por ocho hombres que pasaron a la historia como los ocho de Malvinas. Pasaron a degüello a los ingleses y Rivero izó la bandera argentina. Fue la primera reconquista de Malvinas – dice con orgullo y tristeza por el final de aquel tipo valiente y humilde como era Rivero.

Para Hugo Bottazzini, otro historiador conmovido por la historia del entrerriano, existe una marca de su historia en la memoria popular.

-En los fogones hablaban de Rivero como lo hacían de Juan Moreira. Todos contaban que habían estado con él. Era un motivo de orgullo. Porque el orgullo era consecuencia de lo que creían. Ellos creían en la patria como algo más que una simple palabra – dice el escritor que vive en Rufino, sur profundo de la provincia de Santa Fe.

Pero hay que volver al Paraná.

Es el río que lleva a Malvinas.

Sus aguas tienen la memoria de una lucha que va y viene por la historia argentina.

La Vuelta de Obligado, cerca de la ciudad bonaerense de San Pedro, es también una geografía hermosa.

Allí está Karen, guía del museo que refleja algo de aquella pasión puesta al servicio de la defensa de la tierra como sinónimo de familia y futuro.

-Este es el museo de la Vuelta de Obligado...está ubicado sobre el campo mismo de batalla...lo que más me llama la atención a mi y a los chicos es estar parados en el campo de batalla donde se peleó por la soberanía y fue acá enfrente donde se cortaron las cadenas - dice.

El futuro vuelve arrastrando el pasado.

Las aguas del Paraná y del río de la Plata vienen de Malvinas.

-El 3 de enero de 2013 los ingleses van a celebrar la toma de Malvinas producida ciento ochenta años atrás. El 26 de agosto nosotros también tenemos que celebrar que indios y gauchos se rebelaron contra esa usurpación. Porque lo hicieron los hombres del pueblo. Allá por 1982 algunos militares quisieron ponerle a Puerto Argentino, Puerto Rivero. Vi los mapas. Pero aquellos que seguían interese inconfesables lo dejaron de lado porque recordaron que lo habían nombrado como ladrón y asesino – dice Armando Fernández, con irrefrenable pasión argentina.

-Sueño que alguna vez haya una estatua del Gaucho Rivero en las Malvinas – marca como cierre de la entrevista.

Otra vez las aguas del Paraná.

Pasado, presente y futuro.

Cabral, Rivero y Malvinas.

Los peones, los trabajadores, los indios, los negros, los que son más, los que siempre pelean para ser felices...

-Acá estamos en Punta Quebracho. Fue acá donde le ganamos a los ingleses. Fue el 4 de junio de 1846. Pasó mucho tiempo. Pero seguimos insistiendo en ser un pueblo soberano. Y para conseguirlo, no tengo dudas, que vamos a necesitar muchos más peones heroicos como Cabral y Rivero. Porque la verdadera soberanía se conquistará cuando los trabajadores argentinos sean felices – dice Rubén Rada, referente permanente de los ex combatientes de Malvinas.

## Epilogo

Alfredo Zabala era mi abuelo materno.  
Fue estibador del puerto rosarino, cuando la ciudad comenzaba a ser obrera, ferroviaria y granero del mundo.

Pero las riquezas no eran de todos.  
Eran de pocos.

Tuvo tres hijas: Blanca, Florinda y Beatriz.  
La segunda fue mi mamá, a la que llamaban la Pochi.

Don Alfredo tenía espaldas anchas y manos gruesas.  
Y una gran ternura.

Crió como pudo a sus hijas.  
Por las noches, mate cocido y galletas.  
Por las mañanas, muy temprano, antes del sol, caminar y caminar hasta los muelles para ver si había pique, si conseguía conchabo ese día.

Cuando piantó a la pampa de arriba, Don Alfredo solamente reconocía a su nieto, el cronista que balbucea estas líneas. Y a nadie más.

Sus tres hijas guardaron la memoria bajo el cerrojo de un extraño silencio.  
Se ve que le sobró amor porque Blanca, Florinda y Beatriz siempre hablaron maravillas de su padre.

Leía “El Gráfico”, cuando todavía era con páginas en blanco y en negro y, de vez en cuando, le ofrecía una copita de anís “8 Hermanos” a su nieto en aquellas tardes en las que trabajaba de abuelo y protector porque no había con quién dejarlo.

Era peronista porque reconocía en aquel gobierno la primera vez en que fue tratado como un ser humano.

Doña Rosa, su compañera, parecía más jovial y tampoco escondía el cuerpo a la hora de la lucha cotidiana y el trabajo. Alguna vez hablaron que sus padres eran criollos mezclados con indios. Nunca se supo. Quizás alguna carta revele el misterio o los misterios.

Pero hubo cosas que ninguna de las tres chicas Zabala contaron.

Una vez supe, de boca de mi mamá, que hubo un tío, supuestamente hermano de Don Alfredo, que fue dirigente gremial portuario pero que, vaya uno a saber por qué, era anarquista. Y que, por lo tanto, estaba prohibido hablar de él en la familia.

Cuando la Pochi entregó el equipaje, como diría Discepolín, quedó una caja de zapatos donde había fotos, cartas y carnés varios.

Uno de ellos era marrón. Parecía de tela más que de cartón.

Tenía hebras entre sus componentes.

Allí se leía que era la identificación de un delegado del sindicato de los portuarios.

Pero el nombre no mentaba a un tío.

El delegado anarquista era mi abuelo, Alfredo Zabala.

Siempre vuelvo con esta historia.

Porque en ella se refleja el poder devastador de las clases dominantes por ridiculizar y someter a las grandes mayorías.

Le hicieron sentir vergüenza de la lucha de Don Alfredo.

Le hicieron sentir la necesidad de ocultar esa pelea, esa postura de dignidad ante los abusos.

Es un mandato fundacional.

Los obreros no pueden sentir orgullo de sí mismos.

Está prohibido admirar lo propio y lo cercano.

El que lo haga será perseguido, censurado y excluido.

Por eso es fundamental recuperar los retazos de la historia de Cabral y Rivero.

Porque en la vida de estos peones heroicos está el orgullo de los de abajo, de los que siempre pelean para que los que más son también puedan ser felices en una tierra con libertad, justicia y alegría.

A doscientos años del combate de San Lorenzo y ciento ochenta años de la recuperación de Malvinas, la Argentina debe democratizar su historia y comenzar a reivindicar a los que todos los días construyen un futuro mejor.

Cabral y Rivero siguen vivos en todos aquellos que no se resignan, en los que sienten orgullo por pertenecer a un país que es mucho más que la camiseta de la selección de fútbol.

Carlos del Frade  
Rosario, julio de 2012.

## Apéndice 1

### Jujuy, Salta y el fuero gaucho

*“...las fuerzas del enemigo son en mucho superiores a las mías, y éstas no están en estado de operar: es necesario trabajar infinito para darles algún tono que ha de llevar la victoria a todas partes, y el Gobierno debe proponerse que no se muevan hasta que no se hallen en estado; otro tanto deben Vs. hacer con las de la otra banda, mientras se alistan todos los preparativos: sufrir algo más, que teniendo lo que debe llamarse Ejército, instantáneamente se recupera todo: no por mucho madrugar amanece más temprano.*

*La retirada voy haciéndola con pausa, y con el mayor orden posible: hasta ahora se han desertado pocos y según mis medidas no han de ser muchos los que se me vayan: lo que hay es que no se duerme, se come poco y se trabaja mucho; pero no hay otro remedio para conseguir aquel fin”.*

Manuel Belgrano a Rivadavia, el 31 de agosto de 1812, desde el Río Pasaje.

-La sociedad y las clases principales se dividieron. No todos apoyaron a Belgrano en su éxodo. Muchos apoyaron a los españoles. Después de la derrota de Huaqui, en 1811, la revolución está en problemas. De allí la necesidad de la retirada y el bando famoso donde habla de fusilar a los que no acompañen la retirada – cuenta Carlos Aramayo, economista, historiador y militante jujeño.

En la misma noche que los realistas entran en San Salvador, esos sectores pudientes que se niegan a seguir a Belgrano, juran fidelidad al rey de España y forman gobierno provisional con los invasores.

“Pero el problema mayor, lo que jamás le perdonarán a Belgrano, es que en 1818, avala el pedido de Güemes para institucionalizar el llamado fuero gaucho por el cual cada uno de los peones que prestaban servicio en la guerra por la independencia debían ser tratados como hombres libres y no responder entonces a los caprichos de los señores feudales de Salta, Jujuy y Tucumán. Eso genera un odio de clases contundente contra Belgrano y, obviamente, contra Güemes”, revela con claridad, Carlos Aramayo.

He allí la explicación de dos hechos poderosos de la historia argentina que solamente pueden comprenderse en el lugar donde sucedieron.

Belgrano, el vencedor de Tucumán, es engrillado y detenido por el gobernador Aráoz porque él forma parte de la clase social que apoyó a los realistas cuando se produjo el éxodo jujeño.

Y de la misma manera, los Saravia y otras familias salteñas que siempre estuvieron mejor con los realistas, traicionarán a Güemes y lo emboscarán en cercanías de la ciudad en junio de 1821, provocándole la muerte.

-Es la misma clase social la que abandona a Belgrano y mata a Güemes. Y la razón es uno de los documentos menos conocido de la historia argentina, uno de los más profundos, el fuero gaucho. Un documento de emancipación social que hasta el día de hoy tiene vigencia a la hora de pensar la realidad laboral y existencial de los pueblos originarios en estos lugares donde aportaron muchísimo para llevar adelante la epopeya de la independencia – dice Aramayo.

Para el investigador, la guerra de la independencia fue “la única guerra revolucionaria que protagonizaron las masas populares y sus jefes y cuyo escenario principal fueron el actual territorio del Noroeste Argentino y el Alto Perú, hoy República de Bolivia.

Existen distintas apreciaciones sobre la cantidad de combates y batallas que se libraron en territorio salteño y jujeño. Según el Archivo Capitular de Jujuy, que estudió Ricardo Rojas, fueron 159, de las cuales 124 se libraron en Jujuy. En un reciente trabajo, Rodolfo Campero, dice en total fueron 231”.

-Sin que nadie les mandase, los indios de todos los pueblos, con sus caciques y alcaldes, han salido a encontrarme y acompañarme, haciendo sus primeros cumplidos del modo más expresivo y complaciente, hasta el extremo de hincarse de rodillas, juntar las manos y elevar los ojos, como en acción de bendecir el cielo – relató Juan José Castelli a la Junta de Buenos Aires.

-Yo me intereso por vuestra felicidad no sólo por carácter, sino también por sistema, por nacimiento y por religión...es tiempo de que penséis por vosotros mismos, desconfiando de las falsas y seductivas esperanzas con que creen asegurar vuestra servidumbre. ¿No es verdad que siempre habéis sido mirados como esclavos y tratados con el mayor ultraje, sin más derecho que la fuerza ni más crimen que habitar en vuestra Patria? – escribió el mismo Castelli en una proclama el 5 de febrero de 1811.

Dice Aramayo que este contenido revolucionario en Castelli es el mismo que late en el bando redactado por Güemes el 11 de abril de 1818, “a través del cual sanciona el fuero eterno de los originarios y criollos pobres que formaban las milicias de los escuadrones que combatían a los realistas. Por esta posición, Güemes fue víctima de la conspiración de la clase terrateniente de la que provenía, que prepararon con los cabildantes de Salta y de Jujuy, junto al Gobernador de Tucumán, Bernabé Aráoz y el mismísimo General Olañeta, jefe del ejército realista y que terminó en su asesinato”.

En su investigación, dice que la participación de los originarios, criollos pobres y negros fueron aumentando en el transcurso de la guerra.

En Suipacha eran 600 combatientes. En Tucumán, 1.800. En Vilcapugio y Ayohuma, llegaban a 3.500 y el llamado regimiento de artillería de la Patria contó con 1.368 hombres.

Hacia 1810, la población blanca de Salta y Jujuy no superaba las dos mil personas, sobre un total de 18 mil.

Para Aramayo no hay duda alguna: “Lo que entusiasmaba a nuestros antepasados originarios eran las propuestas y las ideas revolucionarias. Dos ejemplos para ello: Juan José Castelli en su proclama leída en Tihuanacu, con motivo del primer aniversario del 25 de mayo de 1810, dice: “Siendo los indios iguales a todas las demás clases en presencia de la ley, deberán los gobernadores intendentes, dedicarse con preferencia a informar de las medidas inmediatas o provisionales que puedan adoptarse para reformar los abusos introducidos en perjuicio de los indios...promoviendo su beneficio en todos los ramos y con particularidad sobre repartimiento de tierras, establecimiento de escuelas en sus pueblos y excepción de cargas e imposiciones indebidas”.

Asimismo cuestiona el supuesto cierre del proceso de guerra de la independencia que la historiografía liberal ubicó en Ayacucho.

“De esta manera los liberales borran la última batalla de la guerra de la independencia librada en Tumuza, departamento Potosí, el primero de abril de 1825. En la batalla se enfrentaron el ejército de Olañeta, proclamando virrey del Perú, que contaba con 1.700 hombres y el ejército patriota de 1.300 combatientes que dirigió el coronel Carlos Medinaceli, hasta Ayacucho oficial del ejército realista. En el combate murieron 500 soldados realistas y 9 oficiales, con 720 heridos. En el fragor del combate un oficial del propio ejército realista, el teniente Francisco Sánchez, baleó a Olañeta en venganza porque este en La Paz había violado a su mujer en su ausencia. A este combate se

alistaban para llegar con refuerzo las tropas de Urdininea y Alvarez de Arenales con jujeños y salteños. Por ello, como dice Guido Medinaceli Díaz, es justo y merecido decir que los chicheños, cotagaites y trarijeños sellaron la independencia definitiva de América del Sur”.

## **Apéndice 2**

### **Otros hechos**

El 8 de enero de 1820, pronunciamiento de Arequito. El estado de subordinación y deterioro económico de las provincias, sumado a otros factores de orden político, diplomático y militar, hace eclosión en el pronunciamiento de los jefes militares – Bustos, Paz y Heredia- que se niegan a combatir a las montoneras artiguistas. López y Ramírez derrotan a Rondeau en Cepeda. Comienza a perfilarse en el interior la acción política y militar de los caudillos Bustos, López, Quiroga e Ibarra. Se firma el tratado de Benegas. Estalla el llamado movimiento del primero de octubre que con su fracaso frustran las aspiraciones del federalismo doctrinario encabezado por Dorrego, Agrelo y Manuel Moreno, en su lucha contra el directorialismo, representado en esos días por el gobierno de Martín Rodríguez que cuenta con el respaldo del joven estanciero, Juan Manuel de Rosas.

En 1821, en el gobierno de Rodríguez, aparecen como ministros de gobierno y hacienda, Rivadavia y Manuel García, respectivamente. Un año después, el tratado del Cuadrilátero. Se autoriza un empréstito con la firma inglesa Baring. Inicia sus actividades el Banco de la Provincia de Buenos Aires.

En 1824, se da a conocer el empréstito de la Baring Brothers por un millón de libras, que deducidos los servicios se redujo a 570 mil libras y significó una de las ataduras más onerosas que debió soportar el país, pues se terminó de pagar en 1901 y exigió a la Argentina un desembolso total de 23.734.766 pesos fuertes. Con la batalla de Ayacucho culmina el proceso de las guerras independentistas contra España.

En 1825, Inglaterra reconoce nuestra independencia. Desembarcan los 33 orientales en Uruguay. En ese año, según el diplomático inglés Woodbine Parish, las exportaciones argentinas (cueros, carnes saladas y sebo) totalizaban cinco millones de pesos, en tanto que las importaciones (tejidos, harinas, manufacturas) la mitad procedente de Inglaterra, superaban los 8 millones de pesos.

Un año después, la presidencia de Rivadavia, que establece las instituciones más características del régimen unitario: banco nacional (antecesor del Banco Central de la década infame), constitución aristocratizante y centralista, “ilustración” de cuño europeo, política de aduanas adversa al interior, enajenación de tierras públicas y minas, sometimiento a los intereses de la metrópoli británica...Guerra con el imperio del Brasil. Guerras civiles: acciones de Tala y Tucumán, entre unitarios y federales. Córdoba desconoce al gobierno central.

Entre 1827 y 1828, triunfo argentino en los campos de Ituzaingó. Alvear derrota a las fuerzas imperiales del Marqués de Barbacena. Rechazo de la constitución unitaria por las provincias y caída de Rivadavia. Gobierno federal de Manuel Dorrego. El 31 de julio, convención nacional de Santa Fe que se propone la organización del país sobre bases federales. El primero de diciembre Dorrego es derrocado por Lavalle –brazo armado de la conspiración unitaria- y fusilado poco después en los campos de Navarro.

Las provincias, acaudilladas por Quiroga, Bustos y López, en 1829, se levantan contra la usurpación unitaria. Batalla de La Tablada. Por la suerte adversa de las tropas

federales, el unitario Paz se apodera de Córdoba. Tratado pacificador de Cañuelas entre Rosas y Lavalle. En diciembre, Rosas asume la gobernación de Buenos Aires con facultades extraordinarias.

Entre 1830 y 1832, las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, suscriben el denominado pacto Federal, en tanto que las provincias de Córdoba, San Juan, Catamarca, Salta, San Luis, Tucumán, Mendoza, Santiago del Estero y La Rioja se nuclean en la Liga del Interior, unitaria. Campaña del general Paz. Hacia 1830 existen en Buenos Aires más de 500 talleres fabriles que cubren rubros como carpintería, alimentación, hojalatería, panadería, sastrería, talabartería y zapatería. El esquema de distribución poblacional se mantiene estable. El correntino Ferré solicita proteccionismo y cambios en la política arancelaria.

En 1833, campaña de Rosas al “desierto”. Revolución de los restauradores en apoyo de Rosas.

Asesinan a Facundo Quiroga en Barranca Yaco, en febrero de 1835. Rosas, como jefe de la Confederación Argentina, inicia un período de gobierno que se extenderá hasta febrero de 1852. El 18 de diciembre de ese año se aprueba la ley de aduanas que se propone estimular la producción agrícola y crear nuevas perspectivas para la manufactura del interior, desbaratadas a partir de 1809 por la concurrencia ruinosa de las manufacturas inglesas. Por esa ley se prohíbe la introducción de herrajes, alfalfas, velas, manufacturas en lata, latón y bronce, espuelas y frenos de hierro, lomillos, cinchas, lazos, peines, botones, sunchos de hierro, telas para jergas, maíz, manteca, rejas para arados, baldes de maderas, entre otras cosas.

En 1836, al revertirse la situación, Argentina vuelve a exportar harinas.

Un año después, guerra con la confederación peruana boliviana. En el mensaje anual a la legislatura, Rosas informa que como consecuencia del régimen proteccionista de la ley de aduanas: “La agricultura y la industria han empezado a hacer sentir su benéfica influencia...los talleres de artesanos se han poblado de jóvenes...”.

Entre 1838 y 1840, luchas entre unitarios y federales. Intervención francesa: Le Blanc bloquea a Buenos Aires. Asociación de Mayor, es la matriz del sector de intelectuales liberales que hará sentir su peso político después de Caseros.

En 1839, estalla la revolución de los libres del sur, expresión de conflictos políticos y económicos con el régimen rosista.

En 1840, la Liga Unitaria de Norte: Tucumán, Salta, Jujuy, Córdoba, La Rioja y Catamarca. Oribe derrota a Lavalle en Quebracho Herrado.

En 1843 se inicia el sitio grande a Montevideo.

A partir de 1845 y hasta 1859, intervenciones anglo francesas en el Río de la Plata. Publicación del “Facundo”, en Chile. Combate de Obligado, el 20 de noviembre de 1845: las fuerzas de la Confederación Argentina, al mando del general Mansilla, impiden que las unidades de la escuadra bloqueadora ocupen las costas del Paraná e impongan con sus cañones el principio de la “libre navegación”. El coronel unitario Martiniano Chilavert considera que la causa de los emigrados –en connivencia con

intereses extranjeros- sacrifica el “honor y el porvenir del país” y pone su espada al servicio de la Confederación. Los unitarios no olvidan y lo fusilarán después de Caseros.

*-...La montonera sólo puede aclararse examinando la organización íntima de la sociedad de donde procede...en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin eso la vida y los hechos de Juan Facundo Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar sino episódicamente en el dominio de la historia...pero Facundo, expresión fiel de una manera de ser de su pueblo, de sus preocupaciones e instintos, siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter, sino por accidentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que pueda presentarse a la contemplación de los hombres que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, las preocupaciones y hábitos de una nación, en una época dada de su historia – escribió Domingo Faustino Sarmiento en “Facundo, civilización y barbarie”.*

En 1846, comienza a funcionar la primera máquina a vapor en el Molino San Francisco. En 1850, una vez más, ruptura con el Brasil.

En 1852, pronunciamiento de Urquiza contra Rosas. La confederación declara la guerra al Brasil. Cuádruple alianza de Brasil, Uruguay, Entre Ríos y Corrientes contra la Confederación.

El 3 de febrero de 1852, batalla de Caseros y derrocamiento de Rosas. Acuerdo de San Nicolás. Revolución porteña del 11 de setiembre. Segregación del estado de Buenos Aires, que durará hasta 1860. Hilario Lagos se subleva contra el gobierno porteño de Valentín Alsina y pone sitio a Buenos Aires.

En 1853, en Santa Fe se sanciona la Constitución Nacional. Con los inmigrantes europeos se fundan las colonias de Esperanza y San Carlos, verdaderos núcleos de la pampa gringa santafesina.

Según los registros de esos años, existen en Buenos Aires más de un centenar de fábricas montadas (fundiciones, jabonerías, fábricas de velas, pianos, licores, cerveza, carruajes...) y más de setecientos talleres, que abarcan los ramos carpintería, zapatería, talabartería, mueblería....Tucumán se coloca en primera línea con sus ingenios azucareros y repunta la zona cuyana como productora de vinos, del mismo modo que Santa Fe y Corrientes con sus afamadas “carpinterías de ribera”. Sin embargo, esta naciente prosperidad comenzó a ser vulnerada por los rebrotes del librecambismo, que retoma gradualmente las posiciones ganadas en 1809 y perdidas en 1835. “La protección es un terreno falso”, dirá Mitre por entonces.

Entre 1854 y 1861, gobierno de la Confederación Argentina con asiento en la ciudad enterrina de Paraná. Actuación de Urquiza y Derqui.

En 1854 se funda la Bolsa de Comercio. Un memorial dirigido por jornaleros y pequeños propietarios a la legislatura refiere las dificultades con que tropieza la industria.

El 30 de agosto de 1857 se inaugura el Ferrocarril Oeste. Creados con activa participación de capitales nacionales y posteriormente transferidos a la esfera del capital británico, los ferrocarriles se transformaron –por su diseño vial, su política de ramales y la forma de regulación de sus tarifas- en una punta de lanza de intereses extranacionales y consiguientemente en un factor primordial de antiprogreso. Se funda la Sociedad Tipográfica Bonaerense, de carácter mutual. Aparece “La reforma pacífica”, de Calvo, y se consolida el grupo porteño antimitrista y adicto a la causa de la Confederación Argentina. Los amigos de Calvo reciben del mitrismo el mote despectivo de chupandinos, un nombre para la historia nacional de la injuria.

El 20 de mayo de 1859 estalla la guerra entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires. Batalla de Cepeda: Mitre derrotado por Urquiza. Alejamiento de Alsina y firma del Pacto de San José de Flores. Se aprueba el Código de Comercio. Un observador europeo, Martín de Moussy, escribe por esos días: “La industria del tejido disminuye día a día a consecuencia de la abundancia y baratura de los tejidos de origen extranjero”.

Hacia 1860, comienza la actuación del Chacho Peñaloza en el interior que desatará una verdadera guerra de policía dirigida y teorizada por Sarmiento. Se establece la primera línea de telégrafos.

En 1861, en Pavón, Urquiza es derrotado por Mitre. Al inaugurar ese año las obras del ferrocarril Sur, Don Bartolomé dirá que la fuerza que impulsa el progreso argentino es el capital inglés.

El 12 de octubre de 1862, Mitre inicia la era presidencial. Vendrá la guerra de la triple “infamia” contra el Paraguay soberano de los hermanos López entre 1865 y 1870.

*Las levass volverán en 1832 y posteriormente en el Código Rural de 1865 y durante la presidencia de Sarmiento será ratificado al ordenarse la integración del ejército de línea mediante la incorporación de destinados.*

*Esta situación injusta y abusiva provocará numerosas deserciones y llevará las cosas hasta el extremo paradójal de que en la línea de fronteras las divisiones de indios aliados actuarán como celadoras para impedir la fuga de los criollos enganchados contra su voluntad.*

*Bartolomé Hidalgo, explicará las diferencias sociales y dirá que los fraques y levitas serán llamados resguardos porque “el que lo usa lleva en sí todos los derechos y regalías del ciudadano, a él no se le pregunta si tiene papeletas o es vago, no va a trabajar a los pantanos y si uno de traje corto está un cuarto de hora en su café que es la pulpería, dicen que es un ebrio y está malentretenido y lo soplan en la cuna para mecerlo; pero los señores del resguardo pueden pasar el día y aun la noche en el café, pueden jugar y hasta ahora he visto destinar ninguno a las tropas cuando de los otros van por docenas”. Y a los señores del resguardo les quedaba, en última instancia, el cómodo y conocido expediente de pagar un sustituto o personero para cumplir el servicio de las armas. Destinado al ejército, la madre del poeta Juan Martí Gutiérrez puso nada menos que diez personeros para reemplazarlo.*

*Esta masa criolla, tanto de la de las provincias como la de la campaña bonaerense, es la primera expresión de la clase trabajadora.  
Es la matriz nacional sobre la que se asentará, en las postrimerías del siglo, el aluvión inmigratorio.*

En 1866 se instala la Sociedad Rural Argentina, una corporación de larga vida que defenderá incansablemente el esquema de la Argentina agroexportadora y apéndice de los intereses comerciales británicos. Sarmiento introduce al país la primera ametralladora norteamericana Gatling, para emplearla en la lucha contra los indios.

Hacia 1869, Calfucurá es derrotado en San Carlos, lo que significa la liquidación de la Gran Confederación de Salinas Grandes y el ocaso del poderío pampa.

Las fuerzas montoneras de Varela y Guayama son vencidas por las tropas nacionales.

El primer censo Nacional señala 1.800.000 habitantes, un tercio de los cuales está radicado en las ciudades, preferentemente del área litoral.

A fines del siglo diecinueve, en 1895, existen en el país 25 sociedades obreras constituidas. El número de establecimientos dedicados a la elaboración de productos alimenticios, ropas, muebles, materiales de construcción asciende a 23 mil. El Censo Nacional de ese año señala una población de 4 millones de habitantes, con un importante número de extranjeros.

Un año después, primera huelga ferroviaria de gran envergadura. Se constituye el Partido Socialista. Entre 1850 y 1896, se han instalado más de 2.500 establecimientos industriales, que ocupan a cerca de 100 mil personas.

## **Entrevistas realizadas**

Aguilar, José Luis, director de cultura de San Pedro.

Aramayo, Carlos, economista de Jujuy.

Barreto, Hugo, periodista de Concepción del Uruguay, Entre Ríos.

Bottazzini, Hugo, escritor.

Campos, Eduardo, historiador de San Pedro.

Carina, maestra de Saladas, provincia de Corrientes.

De Marco, Miguel Angel, historiador rosarino.

Fernández, Armando, periodista y guionista.

Galasso, Norberto, historiador.

Gallo, Alcia, artista de la ciudad de San Lorenzo, provincia de Santa Fe.

González, Elpidio, titular del Centro Tradicionalista de Saladas.

Karen, guía del museo de la Vuelta de Obligado.

Piccagli, Américo, historiador de San Pedro.

Rada, Rubén, ex combatiente de Malvinas.

Rosa, guía del museo histórico de Saladas, Corrientes.

Scapigliati, Juan, director del Museo del Convento de San Lorenzo.

Torres, Rubén, ex combatiente de Malvinas, Saladas, Corrientes.

## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

AGEA, “Argentina, pueblo a pueblo”, Tomos X y XI, provincias de Corrientes y Entre Ríos, Buenos Aires, 2006.

BLANCO, Ramón Julián, “Vida de Juan Bautista Cabral. Y memoria de su pueblo”, Moglia Ediciones, Corrientes, 2009.

BOTTAZZINI, Hugo, “Rivero”, Editorial Ciudad Gótica, Rosario, 2002.

BRIENZA, Hernán, “Valientes. Crónicas de coraje y patriotismo en la Argentina del siglo XIX”, Marea Editorial, Buenos Aires, 2010.

CAMPOS, Eduardo Héctor, “El combate ignorado. Vuelta de Obligado”, Imprex Ediciones, Buenos Aires, 2011.

CHAVEZ, Fermín, “Acontecimientos históricos argentinos. 1553 – 2003”, Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2005.

CHAVEZ, Fermín, “Diccionario histórico argentino”, Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2005.

DE ESTRADA, Marcos, “Argentinos de origen africano”, EUDEBA, Buenos Aires, 1979.

DE LA VEGA, Julio César, “Consultor de historia argentina”, Ediciones Delma, Buenos Aires, 1994.

DI MEGLIO, Gabriel, “Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1516 hasta 1880”, Sudamericana, Buenos Aires, 2012.

FERNANDEZ, Armando, “El gaucho Rivero. Y la conspiración para apoderarse de Malvinas”, Ediciones Argentinidad, Buenos Aires, 2008.

GAITAN, Herminio, “Combate de San Lorenzo”, UNR Editora, Rosario, 1999.

GARCIA LERENA, Roberto, “Los peones de Malvinas”, Ediciones Runa, Buenos Aires, 2009.

GARCIA LERENA, Roberto, “Peones. Los primeros trabajadores argentinos”, Ediciones Runa, Buenos Aires, 2006.

GUTIERREZ, Guillermo, “La clase trabajadora nacional”, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1975.

LATOUR DE BOTAS, Olga Fernández, “Cantares históricos argentinos”, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 2004.

MACHADO, Carlos, “La patria grande. De Bolívar a Perón”, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1974.

NANZER, Angel, “Complejo museológico Pino de San Lorenzo”, San Lorenzo, 2011.

ORGAMBIDE, Pedro, “Gauchos y soldados”, Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires,.

PINEAU, Marisa, “La ruta del esclavo en el Río de la Plata. Aportes para el diálogo intercultural”, Eduntref, Buenos Aires, 2011.

REVISTAS “SOLDADOS”, números de los años 2010 – 2011.

TRIAS, Vivian, “El imperio británico”, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1976.

VENTURINI, Sergio, “El indio guaraní. En la selva, en las Misiones, hoy”, Editorial Tierra Adentro, Durazno, Uruguay, 2011.

WRIGHT, Iones; NEKHOM, Lisa; “Diccionario histórico argentino”, Emecé Editores, Buenos Aires, 1978.